

De la medicina
en Santander

Semblanzas y
Recuerdos

Carlos Cortés Caballero

ESTA OBRA HA SIDO
PRESENTADA A LA
ACADEMIA DE HISTORIA
DE SANTANDER

Dedicatoria

.....

1a. Edición • 2005

A María Isabel, Carlos Andrés,
Catalina María, Ana Isabel,
Mónica, Alejandra y Mariana

Prologo



l Doctor Carlos Cortés Caballero, distinguido médico de la ciudad, me ha pedido el favor de que escriba algunas palabras como prólogo a su obra "Semblanzas y Recuerdos de la Medicina en Santander", y lo hago con gran satisfacción por tratarse de un profesional a quien admiro y aprecio, además porque soy consciente de la aventura intelectual que significa escribir un libro.

Hay varios aspectos dignos de mención, uno, el deterioro de las letras en la época contemporánea, y otro, la importancia que tiene destacar a los profesionales de la medicina cuando han desempeñado su labor con ánimo científico y propósito de servir a la humanidad. La crisis del libro surge de la tecnología moderna que trata de abarcar todos los aspectos de la vida, con un equivocado sentido práctico, que aleja a los hombres de los sueños, de las utopías y aún de los propósitos sublimes.

Es una verdadera controversia entre el libro y la técnica moderna, especialmente el internet. Pero en los ya varios años en que estas técnicas modernas se han generalizado, el libro permanece enhiesto, un poco deteriorado pero cerca de quienes quieren profundizar, investigar, analizar y buscar las intenciones ocultas. El internet llena otro espacio muy importante pero no ha podido derrotar a todas aquellas personas que todavía leen a Don Quijote de la Mancha, Cien Años de Soledad, Eva Luna y devoran intelectualmente obras de medicina, derecho o ingeniería.

El médico Carlos Cortés Caballero se ubica en el lado de quienes creemos que el libro sigue siendo una herramienta de la ciencia, un instrumento de la cultura y un espacio para el solaz y la meditación.

Emprendió una tarea que en principio es muy difícil porque se trata de realizar una especie de saga de los médicos, con criterio científico pero sin descuidar el espíritu de los protagonistas. No es una galería de retratos sino que Carlos Cortés va buscando en cada uno de los galenos programados, las condiciones y características que lo llevaron a destacarse en la ciudad y en la región.

No es la palabra elogiosa y caritativa de la crónica selecta sino que se recrea el autor en todos los aspectos importantes de la vida de cada uno de esos médicos.

Muchos de ellos ya forman parte de la historia, mientras otros continúan en la dura lucha por la ciencia y el servicio. A algunos de ellos los conocí y al leer los párrafos sobre su vida el recuerdo se anima y parece como si todavía estuvieran entre nosotros.

Por ejemplo, la forma como describe la personalidad y el espíritu de Armando McCormick Navas es proverbial, él era un médico dedicado a su profesión, a su familia y un gran ejemplo de vida. Su paso por la política fue efímero y pedagógico, su alcaldía la recuerdan los bumangueses como ejemplo de discreción, progreso y seguridad. Todos sabían que las cosas estaban bien. Todavía se recuerda su estadía en el servicio de salud por la calidad científica de los programas y la manera inteligente como ejercía su autoridad.

Me agradó mucho la especial referencia que hace del Doctor Saúl Rugeles Moreno, médico socorrono, quien durante muchos años fue muy respetado científicamente y quien además conformó una

familia muy destacada, con aportes a la política, a la ciencia y al desarrollo de la comunidad.

Hay médicos que se convierten en leyenda, como Elio Orduz Cubillos. Es el científico por antonomasia, es quien por su especialidad ha logrado grandes éxitos, pero tuvo un privilegio, logró despertar entre la comunidad santandereana una profunda admiración y una gran seguridad en sus conceptos. En situaciones difíciles, en cuadros clínicos muy severos el talento del doctor Orduz Cubillos encontraba la solución. Cuando la medicina científica todavía no estaba lo suficientemente perfeccionada, el médico Orduz Cubillos, como excelente clínico era capaz de resolver cualquier situación. Por eso no me resisto a transcribir las palabras que el doctor Cortés recuerda del médico Primitivo Rey, refiriéndose a Orduz Cubillos: "Cirujano hábil, sereno, recursivo, sin apresuramiento, confiado en sí mismo e inspirador de confianza, sin asomos de temeridad". Fui su paciente; el doctor Orduz Cubillos me salvó de un diagnóstico equivocado.

Me emocioné profundamente al leer las frases escritas por el doctor Cortés sobre mi amigo el doctor Eduardo Hanssen, quien se ha destacado como médico especialista en ortopedia y ha dedicado parte de su vida a realizar una labor humanitaria en el centro de rehabilitación San Juan Bautista. Pero lo que más he admirado de Hanssen Villamizar es que en una oportunidad a un anciano paciente mío lo estaban tratando para la artritis, cuando el Doctor Hanssen llegó a la clínica y con su curiosidad científica se acercó al paciente, lo observó, y afirmó en tono enérgico que el enfermo no padecía de artritis sino que tenía un aneurisma. Era una especialidad distinta a la suya, no era su paciente, pero por encima de todo estaba el médico servidor de la humanidad.

Conocí a Francisco Espinel Salive, de quien nuestro autor hace una semblanza muy especial. Lo recuerda por su aspecto humanitario, ya que además de científico fue un pionero de la liga contra el cáncer y su desempeño en el Club Rotario lo llevó a proyectar muchas obras de beneficio común y a trabajar en forma desinteresada por la amistad entre los seres humanos y a proyectarse como abanderado de causas sociales.

Muy acertadas las opiniones sobre Enrique Barco Guerrero, quien con su temperamento adusto y aparentemente arrogante, compartía su sabiduría y técnicas con sus colegas y en general con la comunidad. Era un hombre bueno, de excelentes condiciones humanas, pero tenía idealizado el temperamento santandereano, claro en sus conceptos y firme en sus ideas. La imagen que nos trasmite el doctor Cortés sobre el médico Barco Guerrero es muy realista, porque como lo dijimos al comienzo describe no solamente su vida y ejecutorias, sino que nos muestra su aspecto espiritual.

Estas son apenas muestras y referencias a las riquezas de los conceptos que expresa el autor sobre un grupo importante de médicos santandereanos con quienes el tuvo alguna relación, así fuera tangencial o directa.

Pero vamos a escribir algunas frases sobre el autor de estas extraordinarias semblanzas. Carlos Cortés Caballero es un médico nacido en la vecina población de Piedecuesta y vinculado desde muy joven a la ciudad de Bucaramanga. Después de graduarse como médico en la Universidad de Antioquia hizo estudios de postgrado de Anatomía Patológica en el The Western Pennsylvania Hospital y posteriormente estudió en Boston, Pittsburg, Cleveland, Tokio (Japón). Ha sido distinguido como científico en muchas oportunidades y su vida ha estado dedicada al servicio de

la medicina y a la creación de condiciones amables para la humanidad. En la Universidad Industrial de Santander fue profesor asistente de Patología y Jefe del laboratorio clínico y patológico. Director del departamento de morfología y patología, profesor de la Universidad Autónoma, patólogo de Profamilia y de la Liga de la lucha contra el cáncer, entre otros cargos que ha desempeñado con eficiencia y profesionalismo.

Pertenece a muchas asociaciones básicamente en su especialidad, que es la Patología. Muchas publicaciones científicas ha entregado a la comunidad el doctor Carlos Cortés, siempre con un notable espíritu científico y de servicio. Sería prolífico enumerar todas las ejecutorias de este médico entregado a su profesión, a sus pacientes, a su familia, pero también servidor de la comunidad. Además de su gran honestidad médica, Carlos Cortés ha estado vinculado por muchos años al Club Rotario con un gran criterio de servicio y desinterés.

Para mí es un gran honor que mi amigo y compañero Rotario, el doctor Carlos Cortés Caballero, me haya escogido para escribir estas deshilvanadas palabras, que solo tienen un gran sentido de sinceridad y realidad.

GUSTAVO GALVIS ARENAS

Prologo



ara la administración de la Clínica Bucaramanga constituye un motivo de satisfacción entregar en esta oportunidad, como recuerdo de las fiestas Navideñas y de fin de año, esta recopilación cedida generosamente por el autor, quien ha sido miembro de nuestro grupo de profesionales desde hace cerca de cuarenta años.

Lo hemos hecho con la idea de rendir un homenaje a distinguidos miembros de la Medicina Santandereana; algunos nos honraron con su confianza al haber atendido a sus pacientes en nuestra Clínica y esta es una manera de mostrarle a los suyos nuestra gratitud. Es el caso de los Doctores Enrique Barco Guerrero, Hugo Castellanos Escobar, Eduardo Hansen Villamizar, Jorge Ordóñez Puyana, Elio Ordúz Cubillos, Daniel Peralta Escalante, Primitivo Rey Rey, Jorge Villabona Abril. También hemos tenido en cuenta el contribuir a difundir algunos valores y virtudes de nuestra medicina que podrán mirarse como ejemplos de una época.

Como una contribución solo de carácter histórico hemos adicionado el facsímil del acta de fundación de la Clínica Bucaramanga y algunos datos relacionados con la vida de esta prestigiosa Institución Asistencial con más de medio siglo de existencia.

Esperamos que este esfuerzo sea del agrado suyo.

OMAR CASTELLANOS CHALELA
G E R E N T E

ACTA DE FUNDACIÓN DE LA CLÍNICA BUCARAMANGA



7554

Mero mil quinientos cincuen-
ta cuatro (Nº 1554) En
el Distrito Municipal de
Bucaramanga, Departamento de Santander, Repu-
blica de Colombia a seis de julio
de mil novecientos cuarenta y nue-
ve, ante mi, Jorge Gómez Buc-
aramanga, Notario Primero del
Círculo de Bucaramanga, y los
siguientes instrumentos testigos:

Eran presentes D. J. Espino, Ruiz J. - veci-
nos del mismo Circulo, may-
ores de edad, de buen crédito y
en quienes no existe causal de
impedimento a comparecer los señores
Doctor Escobar Gómez, Doctor
M. Ruiz Pineda, Doctor
Corrales Gómez, y Manuel G. Tam-
bién J. mayores de edad, vecinos de
esta ciudad y cedulados en su orden
con los números 2956 974 de Bucaramanga,
2097654, 2880332 ambos de Bogotá, 18-
51381 del Socorro, a quienes comparecieron
personalmente y dijeron: Que han con-
venido en formar una sociedad comer-
cial de responsabilidad limitada, la
qual constituyen por la presente pú-
blica escritura y bajo las siguientes
bases: Primera. - La sociedad
se denominará "Clínica de Iglesia
y Maternidad, sociedad ltda." de na-
cionalidad colombiana y con domicilio en
la ciudad de Bucaramanga, Departamento

Hoj 3 de Acta de 6 de julio 1949

de Santander, pero podra estable-
cerse otro u otros y establecer sucursales
en cualquier ciudad de la Republica.

Segunda. - El objeto principal
de la sociedad sera el de la hospitali-
zacion de enfermos, tratamientos medico-
quirurgicos y todos aquellos otros relacio-
nados con la explotacion economica del
ramo de la medicina en general.

Tercera. - El capital de la sociedad
sera de Veinte Mil Pesos (\$20.000 =)
moneda legal, que los socios han a-
portado por partes iguales en dinero
los cuales fueron cubiertos en su totalidad
Los aportes no pueden ser representados
por títulos, ni tienen el carácter de
negociables, pero podran cederse por
escritura publica, previo aviso a los
demas socios, quienes tendrán derecho
preferencial para la compra en igual
dad de circunstancias.

Cuarta. - La
sociedad durara por el término de
cinco (5) años contados desde la fecha
de la presente escritura, pero podra ser
prorrogada por la determinación con-
junta de los socios y podra disolverse
por la muerte de uno de ellos o a soli-
citud de los herederos; por acuerdo de
todos los socios; por la pérdida
del cincuenta por ciento (50%) del
capital o por cualquier otra causa
legal.

Penta. - La responsabilidad
de los socios queda limitada al valor
de sus aportes.

Sexta. - La adm-

Hoj 3 de Acta de 6 de julio 1949

Notario: Llorente, 3245 -
Bogotá -



initiaciones de la sociedad
correría a cargo de un gerente
nombrado por unanimidad
y por el término de
un año, y atendería a la
gestión diaria de los negocios, dirigiría
la contabilidad y la correspondencia y
mantendría bajo su custodia el dinero
y los bienes de la sociedad que debían
guardarse y los que a ella se confiaron;
podría encargar, negociar cheques, letras
de cambio y otros documentos a la orden,
representar a la sociedad en juicio,
tomar dinero en custodia, hipotecar
inmuebles, comprar, permutar y en
general representar a la sociedad
como persona jurídica debiendo
tener al corriente de los negocios y
operaciones que haya ejecutado
el resto de los socios, quienes podrán
en todo momento examinar todo si
o por medio de recomendado al efecto
las cuentas y libros en que se lleva
la contabilidad de la sociedad y
el de verificar la conformidad de los
asuntos con los comprobantes y la reali-
dad de las operaciones hechas pudiendo
hacer uso de la razón social, cuando
de así lo determine la mayoría de
los socios, la calidad del negocio y la
conveniencia de la sociedad. —
Obligaba la junta seis (6) meses de
guardar balances de prueba y en el mes
de diciembre inventarios y balance ge-

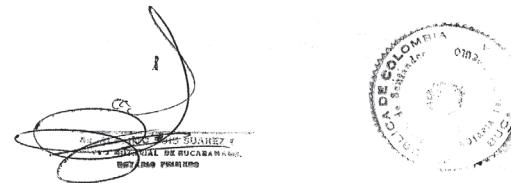
16/13/03
16/13/03
16/13/03

nural, los que aprobados por los socios
se entraría a repartir utilidades de
conformidad con lo establecido en la
cláusula siguiente. Octavo. — Las
utilidades se distribuirán a proporción
de los aportes previa deducción de
un cuarenta por ciento (40%) de las
mismas, que serviría a formar un
fondo de capitalización para un pos-
ible y posterior aumento de capital.
Las perdidas serían las igual entre
las partes. — Noveno. — Las diferen-
cias que ocurrieran a los socios con
la sociedad o con los socios entre
si por razón de la sociedad du-
rante el contrato o al tiempo de
la disolución o en el período de la
liquidación, serían sometidas a la
decisión de árbitros nombrados por
las partes y se procedería de conformi-
dad con lo dispuesto por la ley 24 de
1938. Los árbitros harán en con-
cilio y podrán transigir las presta-
ciones demandadas. — Será el juicio del
omicidio de la sociedad a quien
corresponda designar en cada de-
fensión de la parte requerida al arbitro
de que trata el artículo 6º de la es-
tada ley.
Se han presentado los siguientes com-
probantes. Recibo Oficial número
112802. — Recaudación de Rentas Par-
lamentales. Bucaramanga. 16 de
diciembre de 1949. — Recibido de Gober-



Escobar Bucaramanga, y tener
Cuenta de \$ 40 - para registro
y anotaciones para constituir
sociedad con capital de
\$ 20.000 = 1% + 4% = Total \$ 40-
el ministerio de hacienda
y Credito publico. Dicre Minero
El Administrador de Hacienda
de Santander certifica: Que
los señores Hechos ejecutar Bucaramanga
cedula Minero 2956974, Hechos Pinz
Pinz, cedula Minero 2097654, Rafael
Carvajal Gómez, cedula minero 2280532
Manuel P. Ramel P. cedula numero
1851381 del Diccionario, todos vecinos de
este Municipio, estan a paz y Juego
con el Estado Nacional, los conceptos
de impuesto sobre la renta, renta
patrimonio y exceso de utilidad
sobre miliar hasta el año de
1.947 inclusive. - Dicho por
los Municipios de Santander
Advertidos los otorgantes
de la formalidad del repuesto se
les lego este instrumento que presentan
los señores y a ellos
se aprobaron los señores
a saber por ellos presentados
Pineda, todo por ante mí que
doy fe.
Hechos Bucaramanga
Manuel P. Ramel

Dafne Cora y Jiménez
Hechos D. Pineda
Testigos: G. Ramel Pineda
J. Espinosa Jiménez
1555
6 de Julio de 1949
N.



- Esta acta de su fundación fue registrada en la Notaría Primera, por escritura pública No. 1554 del 6 de Julio de 1949, con el nombre de CLINICA DE URGENCIAS Y MATERNIDAD SOCIAL LTDA.
- En 1951, con el ingreso de nuevos socios se decide cambiar el nombre a CLINICA BUCARAMANGA LTDA.
- Por vigencia expirada de la Sociedad, en Abril 20 de 1959 se liquida y se constituye una nueva sociedad con el mismo nombre, pero con diferentes profesionales de la salud.

- En 1965, queriendo ampliar el círculo se modifica la razón social de Ltda. a Anónima y entran a formar parte de la Sociedad otras personas no médicas.
- Durante este lapso cambia de sede en dos oportunidades, adaptando y uniendo edificaciones antiguas con tal fin, hasta que se construye la propia, donde funciona actualmente.
- Su número de socios ha ido creciendo paulatinamente para cubrir sus necesidades según las especializaciones, hasta el punto de contar hoy día con 144 asociados y un Centro eminentemente quirúrgico ha debido diversificar su atención para acomodarse a un nuevo modelo de ejercicio médico según las normas vigentes. Es así como ha hecho realidad la atención en la maternidad que pasó por la mente de los fundadores.



Su actual ubicación, sobre la Carrera 33, en el prestigioso sector de Cabecera

De la medicina en Santander semblanzas y Recuerdos

Carlos Cortés Caballero

CARLOS CORTÉS
CABALLERO



Médico Cirujano, Universidad de Antioquia.

Board Americano en Anatomía Patológica y Patología Clínica, Estados Unidos. Especialista en Patología No. 80. Asociación Colombiana de Facultades de Medicina.

Asistente del Instituto de Cancerología, Tokio (Japón).

Exprofesor de Patología, Universidad Industrial de Santander y Universitaria de Santander UDES.

Profesor de Medicina Legal, Universidades Autónoma y Santo Tomás de Bucaramanga.

Exjefe de la Seccional de Medicina Legal en Santander.

Expresidente Sociedad Colombiana de Patología y Academia Nacional de Medicina de Santander.

Miembro Honorario del Colegio Médico de Santander y Asociación Colombiana de Citología.

Presidente del Colegio Médico de Santander.

“Caring Physicians of the World”. Asociación Médica Mundial.

Agradecimientos

· · · · ·

Al Dr. Efraim Otero Ruiz, por sus observaciones, correcciones y prólogo; a la Sra. Leonor Wilches de Rangel, por la corrección de textos; al Sr. Christian Vega, por la elaboración de la portada; a la Dra. Siomara Cepeda, por la diagramación de la obra; al Sr. Luis Domingo Rincón “Domingó”, por las ilustraciones; a todos los familiares de los médicos, por sus sugerencias y colaboración.

C O N T E N I D O

<i>A</i> manera de introducción	13
Amaya Mujica, Antonio Vicente.....	17
Arenas Buenahora, Isaías	29
Barco Guerrero, Enrique	37
Correa Henao, Alfredo	43
Dangond Flórez, Manuel	53
Díaz Gómez, Orlando	59
Durán Velasco, Fabio.....	65
Espinel Salive, Francisco	73
Espitia Sierra, Hernando	81
García Gómez, Héctor	85
Hanssen Villamizar, Eduardo	91
López Ardila, Luis Ernesto.....	97
McCormick Navas, Armando	107
Mogollón Sánchez, Gustavo.....	113
Nova, Luis Alejandro.....	123
Ordóñez Puyana, Jorge	127
Orduz Cubillos, Elio.....	133
Peralta Escalante, Daniel	145
Rey Rey, Fidel.....	151
Rey Rey, Primitivo	157
Rugeles Moreno, Saúl.....	163
Sánchez Puyana, David Enrique	167

Serpa Flórez, Roberto.....	173
Suárez Padilla, Víctor Julio.....	179
Vásquez Ordóñez, Fernando.....	183
Villabona Abril, Jorge.....	189
Villar Galvis, Ángel Octavio.....	199
Cortés Zaraza, Carlos Julio	203

Otros recuerdos y Reflexiones sobre la Medicina

Patología regional	213
Conferencia en el Socorro	217
X Asamblea Nacional de Ligas de	
Lucha contra el Cáncer	223
Segundo Curso Taller para Histotecnólogos	225
Bodas de Plata Universidad Javeriana,	
Departamento de Patología (1991).....	237
A los Nuevos Colegiados	239
El Médico General	241
Algo sobre Citología	247
XXX Congreso Colombiano de Patología,	
Discurso de Inauguración.....	251
Medicina Legal - Reseña Histórica -	259
Primera Jornada de Citología,	
Costa Atlántica.....	269
Recuerdos de mi Colegio.....	275
Perfil del Médico de Provincia.....	281
Imposición al autor de la Cruz de Esculapio	293

A manera de

I N T R O D U C C I Ó N



o fue tan fácil hallar un título para estas anotaciones.

A través de ellas trato de resaltar algunos valores extraídos de la vida de personas que admiré, como mi padre; de otras, que conocí por medio del colegaje, o con quienes algún tipo de nexo tuve y considero que han influido de alguna manera en mi existencia. A muy pocos escuché desde la silla de estudiante, pero por sus actos pude captar mensajes útiles para mi vida como profesional y como ser humano.

Me queda sí una inquietud que de pronto pueda resolver algún interrogante. ¿Por qué ellos sí y otros con mayor trascendencia ó influencia en el campo en el cual les correspondió ser autores, no? Por la sencilla razón de que no tuve contactos con ellos, ni directa ni indirectamente, o si la tuve, su marcha temprana de este mundo, como es el caso del doctor Gilberto Peralta Vega, no me permitió conocerlos mejor.

En la segunda parte he seleccionado algunas de mis intervenciones en distintos escenarios, ya que quizás, ingenuamente, pienso que allí expreso conceptos que aunque personales ayudan a comprender el ejercicio de nuestra profesión en Santander, en la segunda mitad del siglo XX.

La personalidad del patólogo, decía uno de mis profesores en esta especialidad, no es fácil. En algunos la timidez, en

otros la soberbia, la frialdad o la indiferencia, no nos permite ver más allá del microscopio. Yo, sin embargo, he tratado de hacerlo y si no lo he logrado les pido mil disculpas, así como también a todos los familiares que tuvieron que soportar algún tipo de interrogatorio; espero sepan perdonarme si hay imprecisiones. Confío además en que no habrán de mirarse estos párrafos con la severidad del historiador; no he pretendido serlo. Espero no haberme excedido en algunos detalles, pero mi intención ha sido mostrar, ante todo, la parte humana que tan olvidada está hoy día en el ejercicio de nuestra profesión.

EL AUTOR.

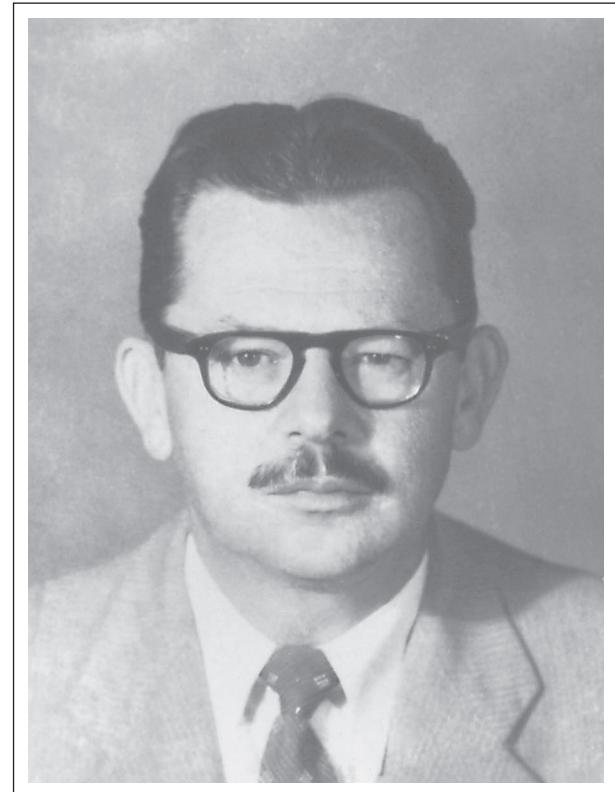
CONCEPTO Y CRITERIOS
PARA LA REALIZACIÓN
DE LAS ILUSTRACIONES.

DESPUÉS DE LEER ATENTAMENTE EL AMABLE LIBRO "SEMLANZAS Y RECUERDOS" ME PARECIÓ MÁS QUE UN VIAJE POR LUGARES Y ESPACIOS SOCIALES, SENTÍ QUE SE TRATA DE UN RECORRIDO AL INTERIOR DEL ALMA HUMANA, DONDE RECUPERA VALORES Y SENTIMIENTOS, DENTRO DE UN MARCO DE UNA PROFESIÓN QUE TIENE QUE LIDIAR CON EL DOLOR PARA TRATAR DE MITIGARLO O CURARLO Y DEVOLVER EL ALMA A UN ESTADO DE ALEGRÍA - UN MARCO ÉTICO SIN DUDA - . ME PARECIÓ FRENTE AL ENCARGO, QUE SE LE HARÍA JUSTICIA AL LIBRO SI SE INTENTARA UN RECORRIDO POR LAS GRANDES OBRAS Y LOS GRANDES MAESTROS DEL ARTE UNIVERSAL, TOMANDO FRAGMENTOS DE SUS OBRAS QUE TRATAN A MANERA DE RETAZOS O PEQUEÑAS MUESTRAS DEL ESPÍRITU LOS GRANDES AVATARES DE LAS SEMBLANZAS Y RECUERDOS QUE CON GRAN CARÍÑO EL AUTOR NOS CUENTA.

A/E:


ANTONIO VICENTE AMAYA
MÚJICA

(1909 - 1996)



 a Federación Médica Colombiana está conformada por diversos Colegios Médicos creados legalmente con el fin, según los Estatutos, de “velar por el cumplimiento de las normas sobre ética y defender la dignidad de la profesión y enaltecer su ejercicio”.

Este último objetivo me llevó a someter a la Asamblea Ordinaria del Colegio Médico de Santander del año pasado, una proposición en la cual solicité la aprobación de la imposición de una condecoración al doctor Antonio Vicente Amaya Mujica, con motivo de haber cumplido 50 años de ejercicio profesional. Superada esta primera etapa, en compañía de los doctores Rafael Orduz Cubillos y Hernando García Gómez, solicitamos a la Asamblea de la Federación Médica la ratificación de lo ya mencionado, lo cual no tuvo tropiezo alguno dadas las calidades del profesional a quien hoy exaltamos en este recinto.

Cuando hace algunos meses comentaba con algún colega sobre el homenaje que en esta noche se rendiría al doctor Amaya, me manifestó lo difícil que sería ofrecerlo por la ausencia en su currículum de cargos públicos o privados, que a veces llegan sin saberse por qué; le contesté que, al contrario, me sería muy fácil, pues referirse a la honradez, a la bondad, a la sensibilidad social, a la dedicación y a las buenas maneras vinculadas al ejercicio de una profesión, daban mucho más tema que una larga lista de títulos administrativos.

Por esta razón nos hallamos reunidos en esta noche alrededor de un colega a quien podrían aplicarse aquellas frases que el doctor Fernando Sánchez Torres usó para referirse al profesor José del Carmen Acosta Villaveces en su libro sobre

la Medicina y los Médicos. “Su transcurrir en la vida pública y privada ha sido nítido, límpido como un cristal sin paño. Su actuar ha estado despojado de mezquinas pasiones; sin poseer la investidura académica y fría de un Master, ha enseñado con su vida, su sencillez, su bondad, su consagración, su dedicación, su honestidad, sin ostentación y sin esperar prebendas”.

Pero veamos, así sea someramente, algunos detalles de la vida del doctor Antonio Vicente Amaya. Nació en Guapotá en 1909 del hogar formado por don Celso Vicente Amaya quien se desempeñó como Notario en Barichara y Micaela Mujica Ruiz, quien fue Pedagoga. Tuvo cuatro hermanos de los cuales sobreviven dos: Chepe, abogado, y la Hermana Carmen Helena, quien reside en Manizales. A los dos años emigró a la siempre hermosa y señorial Barichara donde se inició en el aprendizaje de las primeras letras en las escuelas oficiales.

Continuó su formación en el Seminario del Socorro, hoy día situado en San Gil, para pasar al Colegio del Rosario de Bogotá en donde obtuvo el título de Bachiller en 1929. Allí mismo, en la Universidad Nacional, dio comienzo a sus estudios universitarios en la carrera de Medicina habiéndolos concluido en 1936, modestamente como ha sido todo en su vida, sin despliegues y sin bombo. Siguiendo con la rutina establecida en ese entonces, pasó en 1937 a la Clínica de Marly donde hizo su internado y su entrenamiento informal en anestesia, el cual posteriormente habría de servirle en el desempeño de la obstetricia.

Para 1938, regresó a la provincia a trabajar como Médico en el Ferrocarril de Puerto Wilches en la estación La Gómez.

Posteriormente se presentó a concurso en 1939 para ingresar como residente en el Hospital San Juan de Dios de Bogotá y allí bajo la dirección del mencionado profesor José del Carmen Acosta, en el servicio de Obstetricia y Ginecología, inicia su entrenamiento formal del Postgrado como hoy día se le conoce, perfeccionando no sólo sus conocimientos médicos sino también acumulando grandes dosis de humanismo; de ese que se irradió con la benevolencia y con la afabilidad.

Fruto de su esfuerzo, constancia e interés en la Obstetricia es la Tesis de Grado que presentó para obtener el Título de Médico y Cirujano con el nombre de “Consideraciones sobre el Calcio en la sangre del recién nacido”, trabajo éste declarado meritorio por la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, según acta No. 15 firmada el 10 de septiembre de 1940 por el entonces Decano doctor Jorge E. Cavalier y publicada en ese mismo año por la Imprenta del Departamento de Bucaramanga.

Llegó el año de 1941. Ejercía entonces las funciones de Director del desaparecido Hospital San Juan de Dios de Bucaramanga el doctor José Antonio Jácome Valderrama, quien vio la necesidad de crear el servicio de Obstetricia. Para cumplir esa misión fue nombrado Antonio Amaya y en esta institución trabajó por espacio de 25 años junto a colegas ampliamente conocidos en la medicina santandereana, como son los doctores Mario Acevedo Díaz, Roberto Cadena Menéndez, Manuel Camargo Martínez y otros más. Más tarde como colaboradores se le unieron los doctores Manuel Guillermo Rangel, Germán Motta Tarazona, Isaías Arenas Buenahora, Primitivo Rey Rey, Fabio Durán Velasco, Gonzalo García Gómez, Alfredo Angulo Cornejo y otros. El primer

paso fue lograr que la facultad de Medicina de la Universidad Nacional validara el internado rotatorio de nuestro hospital.

Combinaba entre tanto el doctor Amaya la práctica hospitalaria con la privada. La primera clínica obstétrica que hubo en Bucaramanga en el mismo hospital fue testigo de sus desvelos. Allí transcurrieron muchas horas esperando que el embarazo coronara y que ocurrieran las rupturas de las fuentes, como decían nuestras comadronas; fueron incontables los atardeceres y las alboradas que Antonio Amaya no pudo gozar y que Alicia, su esposa, sí tuvo la oportunidad de contar, esperando que su Amayita regresara. Pero ¿cuándo apareció Alicia? Fue por allá en 1940 cuando se conocieron. Aunque ambos son muy parclos en su recuento dice ella que en ese entonces era tildada de coqueta, que lo atendió “porque me pareció muy serio”; él sólo sonríe al escucharla. Lo cierto es que ella fue alumna del Colegio San Façón y agrega que “Antonio siempre me transmitió seguridad y ha sido muy condescendiente”.

Esto lo pueden corroborar sus hijos José Antonio, Ingeniero; Carlos Francisco, Médico quien continuó la práctica tradicional de la obstetricia y ginecología; Hernando, Administrador; Carmen Alicia, Socióloga, Margarita, Psicóloga e Ignacio dedicado al Comercio.

Habiendo concluido su etapa hospitalaria en la cual mucho enseñó con su ejemplo, buenas maneras y buen genio, comienza a laborar inicialmente en el Instituto de Seguros Sociales de Santander, siendo su primer “Partero” como él repite con mucho orgullo, y pasa luego al Instituto Colombiano de Seguros Sociales, de donde se ha retirado. Su labor médica aún continúa en la seccional de la Cruz Roja de San-

tander, “como en sus viejos tiempos, con la misma devoción; con el mismo cariño, siempre con la preocupación por sus pacientes”, al decir del periodista Domingo Cáceres (V. L.).

Han sido más de 50 años de intermitente labor sólo temporalmente suspendida cuando viajaba a descansar a la parcela de la Mesa de los Santos, que había adquirido desde 1939. Pero fueron muchas las veces cuando no bien acababa de instalarse con el ánimo de descansar, debía regresar a Bucaramanga porque unos padres ansiosos lo esperaban para recibir a su nuevo bebé. Serían interminables los episodios que podrían narrarse a los cuales estuvo ligado nuestro homenajeado durante su ejercicio profesional, pero sólo me detendré en algunos que puedan servirnos de marco para describir el momento histórico.

Le tocó al doctor Amaya en la década de los 40 atender partos a la luz de la vela. Con su maletín que contenía todo el arsenal obstétrico de la época, se le vió transitar por muchas calles solitarias y entrar a muchas casas y a distintas horas; a veces iba a cumplir con la rutinaria consulta prenatal que se hacia a domicilio y estrictamente cada mes; en otras, a la atención del parto. El sitio de la escena eran o la cama o la mesa del comedor; cuando debían aplicarse las concebidas cucharas o fórceps para nosotros, se utilizaba la copa de un sombrero que se llenaba de algodón para impregnarlo del anestésico de moda que era el cloroformo. Se hacía uso de la procaína como anestésico local y a veces la suturas eran con crines traídas de Florencia que a los 8 días debían retirarse; en otras oportunidades hubo de amarrar el cordón umbilical con un cordón de zapato previamente desinfectado, a la usanza de entonces.

El obstetra era también quien veía del recién nacido y no el pediatra. Las «dietas» eran rigurosas y religiosamente guardadas por 40 días; la madre debía protegerse de todo y hasta las rendijas de las puertas se tapaban. No existían los cómodos métodos de hoy día como la ecografía y por eso las situaciones habrían de resolverse a base de tacto, manual y clínico. Fueron millares los nacimientos en los cuales estuvo involucrado Antonio Amaya, más de 12.000 partos; algunas familias enteras de hasta 9 miembros fueron recibidos por él mismo. Mellizos, trillizos y hasta un niño de 12 libras pasaron por sus manos; también algunos de sus hijos y hasta el ya trágico y absurdamente desaparecido doctor Luis Carlos Galán.

Cuenta que alguna vez fue llamado de urgencia a arreglar una situación cuando un interno aterrorizado al aplicar incorrectamente unas cucharas y no sabiendo qué hacer, había abandonado presuroso el sitio de trabajo. Fueron muchas las fiestas y reuniones sociales que vanamente esperaron a Antonio y Alicia y en su lugar resultaron algunos partos elegantemente atendidos con smoking o con frac.

En sus escasas excursiones fuera de su especialidad, fue miembro fundador del Colegio Médico de Santander, cuya secretaría ejerció por espacio de veinte años; de Asmedas y de la Sociedad Santandereana de Obstetricia y Ginecología. La Alcaldía de Bucaramanga el 6 de diciembre de 1971 le confirió la orden de Bucaramanga en la categoría de Gran Cruz. La Federación Colombiana de Obstetricia y Ginecología lo hizo Miembro de Honor y la Academia Nacional de Medicina, Miembro Correspondiente el 6 de mayo de 1982. Juntos trabajamos en un documento sobre el aborto que debíamos presentar en Medellín a nombre del Capítulo Santander de la Academia de Medicina.

El Tiempo en su edición del 29 de abril de 1981 lo destaca como uno de los miembros Patriarcas de la Medicina Nacional junto a los también santandereanos doctores Mario Acevedo Díaz, Héctor Forero Blanco y Luis A. Nova Carreño.

Mas ustedes, señores asistentes, se preguntarán por qué mi interés como miembro del Colegio Médico de Santander en ofrecer este tributo. Podría resumirlo todo diciendo que aunque en el profesional que hoy distinguimos se conjugan indudablemente muchas cualidades personales que podrían descartarse, como hijo, como hermano, como esposo y como padre, solamente quiero hacer énfasis en las que han rodeado el ejercicio de su profesión como Médico. Es preciso resaltarlas, porque lo bueno, lo ético, lo moral, debe pregonarse para servir de enseñanza y estímulo a quienes se inician en la carrera y de honda satisfacción para quienes también así se han comportado.

Para Antonio Amaya nunca existieron dos tipos de pacientes como suele suceder en la Medicina contemporánea: el privado y el institucional. Hay en su vida una sola medicina, la de quien lo necesita y lo busca y a ese ser se dedica con abnegación y constancia. A él nunca le han faltado el calor humano ni el interés por sus pacientes y su relación con ellos siempre fue directa, sin intermediarios, aunque su patrón fuese una institución.

Pero veamos en qué campo de esas relaciones médico-paciente podemos situar las de nuestro obstetra y quienes él atiende. El doctor Luis Alfonso Vélez Correa, Decano de Medicina del Instituto de Ciencias de la Salud, en su libro Ética Médica sostiene que existen tres modelos de relaciones

entre el médico y el paciente: la Paternalista, cuando es el médico quien toma las determinaciones, alegando éste que “el enfermo no puede opinar por su ignorancia en medicina”¹; la Autónoma, cuando es el paciente quien quiere convertir al médico en un simple espectador, y la Responsable, cuando las dos partes asumen ese compromiso acatando ambos puntos de vista y aceptando y respetando el médico la vulnerabilidad de quien lo consulta por su condición de enfermo. Esta fue la practicada por mi colega.

Ese respeto por sus pacientes lo llevó muchas veces a que él mismo ayudara a trasladar a la Clínica algún objeto que pensaba sería importante en el momento del parto: una almohada o algo a qué aferrarse. Cuando era llamado nunca trató de desplazar de su actividad a otros profesionales ni a la comadrona, porque los creía colaboradores útiles.

Aprendió lo que muy pocos colegas saben; a mantener su mirada inexpresiva para que no se adivinase en su rostro que estaba desaprobando o poniendo en duda determinada conducta. Antonio resistió a las dos grandes tentaciones que según el citado autor, tiene, ha tenido y tendrá el médico: “El dinero y la fama”; por eso no deja una fortuna, pues nunca ha tenido interés económico alguno.

Al decir de su esposa, “el único vicio de Antonio fue el trabajo”. Y cuando yo le pregunté a él cuál había sido su satisfacción más grande en la vida, sin vacilar contestó: “Mis hijos y haber desempeñado honestamente una profesión; nunca haber practicado un aborto ni una cosa indebida de la cual pudiera arrepentirme”. Su complacencia por la labor

¹ Vélez Correa Luis Alfonso. Ética Médica. CIB Medellín 1987

cumplida se refleja en la respuesta que me dio al interrogarlo sobre qué le había quedado en la vida por hacer: "Nada", añadió.

El doctor Amaya, como cariñosamente aún se le llama desde sus épocas de estudiante, ha cumplido con la prueba cuádruple y «dió de sí antes de pensar en él mismo» sin ser Rotario; «construyó con su ejemplo y dedicación» sin ser miembro de los Kiwani, y «sirvió a la comunidad» sin ser León.

Tampoco ocupó ningún cargo directivo; él mismo lo dice: "Nunca fui presidente ni director de nada". No ha tenido hobbies pues sólo ocasionalmente juega king. No ha tenido tiempo para dedicarle al amigo íntimo que nunca ha existido, pero con su honestidad, su ética, su ejemplo, su dedicación a la profesión que tanto ama, lo ha hecho todo.

Bucaramanga, 7 de septiembre de 1989.
Club del Comercio.

DISCURSO PRONUNCIADO CON MOTIVO DE LA IM-
POSICIÓN DEL ESCUDO DE ORO DE LA FEDERACIÓN
MÉDICA COLOMBIANA.

DE RENOIR

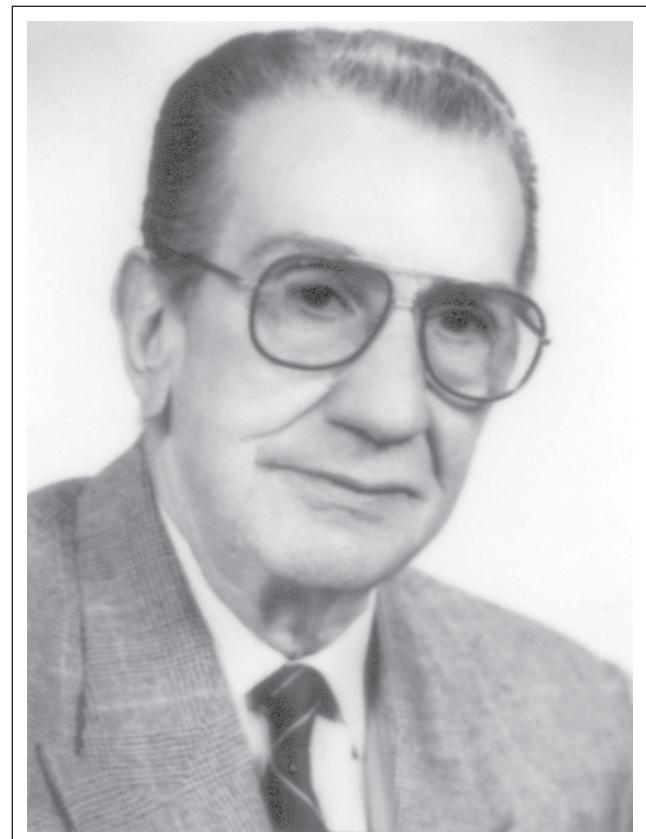
EL MOTIVO TIENE VITALIDAD
YA SEA POR LOS TRAZOS
ENVOLVENTES ALGO DESPERDIJADOS
PERO SIN DUDA UN MOMENTO DONDE
SE SIENTE LA ESPERANZA.



ISAÍAS ARENAS

B U E N A H O R A

(1924)



 on plena alegría y porque lo considero justo he aceptado el derecho de presentar ante ustedes a un buen colega, a un gran amigo y a un paisano admirable. La vida de Isaías Arenas Buenahora es muy natural, práctica y descomplicada, pero no por ello menos meritoria.

No puedo decir que juntos conocimos Los Llanitos, Hoyo Grande, Hoyo Chiquito, La Pesa, La Loma de la Cantera, Guatiguará, La Chorrera del Obispo y tantos otros lugares que conformaban la Piedecuesta de entonces y que hoy recordamos con nostalgia, pero sí puedo añadir que fuimos testigos en diversas épocas de aquellos atardeceres llenos de colorido y que le adicionamos involuntariamente un tinte de melancolía cuando sentimos impotentes que lo agradable se nos escapa irremediablemente.

Su adolescencia se la imagina uno con todos los altibajos, aventuras, picardías y emociones vividas intensamente, propias de esta soñadora etapa de la vida, a la cual afortunadamente se le mezcla un poco de estudio, que en este caso tuvo como epicentro el Colegio de Santander en donde obtuvo su primer diploma, el de bachiller.

En 1944 ingresa a la Universidad Nacional, primer centro de enseñanza médica donde al lado de profesores como José del Carmen Acosta Villaveces, Rafael Ramírez Merchán, Víctor Rodríguez Aponte y tantos otros más, va aprendiendo lo que sabiamente se enseñaba junto con la medicina y que lo preparaba a uno para saber un poquito de casi todo, “sin hacer

alardes de cultura”. Durante este tiempo fue además monitor y preparador de Anatomía I y II en la misma Facultad.

Ya cumplido ese ciclo regresa a Bucaramanga para hacer su internado y completar su entrenamiento en Obstetricia, en el Hospital San Juan de Dios, hoy rebautizado con otro nombre, bajo la Jefatura del doctor Antonio Vicente Amaya.

Allí junto a Guillermo Sorzano, Manuel Guillermo Rangel, Hernando Sorzano, Mario Acevedo Díaz, Carlos H. Burgos, Lope Carvajal Peralta y otros, integra la nómina de colaboradores de ese centro asistencial al cual se unirían posteriormente Primitivo Rey Rey, Fabio Durán Velasco, Germán Motta Tarazona, Alfredo Angulo Cornejo, Leonor Becerra de Cáceres, Gonzalo García Gómez, Enrique Sánchez Puyana, Hernán Quijano Mulford, Mario Cortés Enciso, Arides Alvernía Solano y Reynaldo Guerrero Ortega, quienes conformaron el grupo de estudiosos primero y de especialistas después que con Reynaldo Mora Restrepo, configuraron el núcleo a cargo de la cátedra de este nombre en la nueva Facultad de Salud y fueron en esa década la garantía del bienestar de la mujer santandereana.

En octubre de 1950, se gradúa con la tesis “PROCEDIMIENTO DEL PROFESOR AGREGADO RAMÍREZ MERCHÁN PARA APLICACIÓN DE FORCEPS EN LAS VARIEDADES POSTERIORES DE VÉRTICE”, por la cual recibe también pergamino, al ser clasificada como meritoria.

Ya doctorado se dedica a laborar primero como Médico Agregado del Servicio, posteriormente como subjefe del Departamento y más tarde como su cabeza entre 1963 y 1971, contribuyendo a las primeras operaciones de Wertheim que se

practicaron en ese tiempo y a popularizar la anestesia en silla turca para las aplicaciones de fórceps y otras intervenciones obstétricas. En 1965 la ASCOFAME le reconoce su dedicación otorgándole el título de especialista en Ginecología y Obstetricia.

Su inquietud académica lo ha llevado a diversos eventos nacionales y mundiales como el de Fertilidad y Esterilidad en Río de Janeiro en 1962 y a otros muchos más sobre temas de su campo como la endocrinología, la oncología, la genética, los esteroides sexuales, el uso del rayo láser y otros mas.

Fue fundador de la División de Ciencias de la Salud de la Universidad Industrial de Santander junto con el académico Roso A. Cala Hederich y otros distinguidos profesionales de nuestra comunidad. Allí fue profesor de tiempo completo y coordinador de la carrera de medicina en su comienzo, habiendo recibido posteriormente por ello una mención honorífica. Más tarde, cuando decidió emigrar de Bucaramanga, estuvo como profesor adjunto en la Universidad Javeriana y profesor titular de la Escuela Juan N. Corpas. Al establecerse en Tunja fue el encargado de la educación médica en el Hospital San Rafael, siendo de los pocos inmigrantes a esa ciudad en las postrimerías del siglo XX.

Ha publicado alrededor de 15 trabajos relacionados con su especialidad en la Revista Colombiana de Obstetricia y Ginecología; otros tantos no se editaron. Además de la Academia pertenece al Colegio Colombiano de Cirugía, a la Sociedad Santandereana de la misma especialidad, a la Federación Colombiana y a la Sociedad Santandereana de Obstetricia y Ginecología y Psicoprofilaxis Obstétrica y es miembro de la Sociedad Internacional de Fertilidad.

Certera pero pausadamente y con paso firme ha recorrido todos los peldaños en nuestra Academia. Primero fue vicepresidente, después presidente del Capítulo y ahora acaba de culminar su ascenso al ser aceptado como miembro de número, con el trabajo que expondrá a continuación y que se llama “LA INDUCCION DEL PARTO CON PROSTA-GLANDINA E INTRACERVICAL”. Este trabajo es muestra de lo que es capaz.

Hoy día continúa ejerciendo con la misma modestia y dedicación de siempre, en un medio que no era el suyo, pero parece como si siempre lo hubiera sido y en donde gracias a su trabajo y constancia no solo también se le respeta, sino que se le aprecia. Quizá si tuviera la oportunidad de viajar a otro planeta allí también, con su modo de ser, se sabría ganar su sitio de honor. Aún no quiere que como a tantos colegas, el tiempo les gane la partida y que “mueran antes de morir”, según el decir de Fernando Sánchez Torres. En pocas palabras, este es el resumen de la hoja de vida del nuevo académico de número doctor Isaías Arenas Buenahora; sencilla, como él siempre lo ha sido, porque así lo ha querido.

Pero detengámonos unos instantes en su fascinante personalidad. Habría muchos epítetos que podrían describirlo y estoy seguro que si abriésemos una encuesta entre sus colegas y sus compañeros de universidad, Jorge Ordóñez Puyana, Rafael Mantilla Giraldo, Carlos Caballero Castro y Gregorio Mantilla Cadena, cada uno agregaría algo más. Así, el doctor Mantilla Cadena se refiere a él como un hombre tenaz, no con el sentido actual que se le da a esta palabra, sino como “quien saca adelante lo que se propone” y además dice que admira “la seriedad que imprime al sentido de la amistad”.

Veamos algunas otras cualidades que le son características: la amabilidad, que según él se debe a que goza con su trabajo, porque ama su profesión, y por eso trata a todos sus pacientes igualmente sin distingos de ninguna clase. Es respetuoso, siendo éste otro atributo que lo adorna y que esgrime ante sus colegas, sus pacientes y sus alumnos. Tiene un gran sentido de la responsabilidad. Es un amigo sincero, noble y leal. A él debo mi presencia en este recinto, esta noche, por haberme presentado ante la Academia.

Es un hombre indudablemente exitoso porque, en sus propias palabras «ha ejercido a conciencia su especialidad y por ello no tiene resentimientos». Sus pocas aficiones las practica por ancestro; son las labores del campo.

Si alguien le pidiera consejo él le diría: «Ejerza la medicina con el mismo criterio mío; siendo agradecido con ella, sin perder nunca el interés y el entusiasmo y tratando de comunicar sus experiencias a los demás».

Hoy día solo ambiciona poder escribir un “Manual de normas de la especialidad para Hospitales”.

Ha sido un viajero incansable; siendo de las pocas personas de nuestro medio que ha visitado el África.

El destino ha sido duro con él. Ha tenido tiempos cruciales en su existencia; pero a todos ellos ha sabido sobreponerse y ha alcanzado lo que muchos y en mejores circunstancias no han logrado.

No he dicho mucho pero espero haber cumplido con mi deseo de presentarles a un profesional con muchas satisfacciones; sin mezquindades y a quien hoy rendimos este cálido homenaje de admiración y aprecio.

Gracias, señor académico, por permitirnos compartir con usted estos momentos de euforia y de honda satisfacción.

Bucaramanga, 22 de septiembre de 1992.

Club del Comercio.

DISCURSO PRONUNCIADO CON MOTIVO DEL HOMENAJE
QUE SE LE RINDIÓ POR SU PROMOCIÓN A MIEMBRO DE
NÚMERO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA.

ENRIQUE BARCO GUERRERO

(1923 - 1992)



Bumangués de pura cepa, nació el 22 de marzo de 1923. Hijo de Luis Eduardo Barco Céspedes y Luisa Margarita Guerrero Jordán; son sus hermanas Cecilia e Isabel, quienes le sobreviven.

Sus estudios de secundaria los hizo en el colegio San Pedro Claver de Bucaramanga, en el Provincial de Pamplona y en el Santander de Bucaramanga de donde salió bachiller en 1941.

Su medicina la estudió en la Pontificia Universidad Javeriana; perteneció a la primera promoción y obtuvo su título de Médico General el 28 de octubre de 1950. Prácticamente desde ese año hasta uno antes de su muerte, tuvo su consultorio particular, el cual solo cerró temporalmente en 1962, cuando viajó a Rochester, USA, a la Clínica Mayo para hacer una especialización en gastroenterología.

Ya en 1953 se había casado con María Cristina Soto Olarte, en Cúcuta. Sus hijos fueron: Helena Margarita. Silvia María, Juan Manuel y Fernando Enrique.

Abusivamente podría decir que su vida la consideraría en dos capítulos: el estrictamente médico en la primera parte y la del servicio en la segunda, aunque hasta su muerte estuvo vinculado a la Clínica Bucaramanga como fundador, como director científico y en el staff de cirugía. Mucho de lo que representa esta Institución hoy día se les debe a él y al doctor Hugo Castellanos Escobar. Era usual encontrarlo en las horas de la mañana deambulando por los diferentes servicios, muy atento no solo a oír sugerencias, sino también a exigir la limpieza y el orden.

Fui testigo de su habilidad en el quirófano cuando a principios de 1961, ante la escasez de internos en el salón de cirugía del tórax, ya desaparecido, del Hospital San Juan de Dios, le ayudé con mis torpes manos de Patólogo en una decorticación pulmonar. Me pareció seguro, metódico, sin premura, sin angustias. Sin embargo, el fuerte tono de su voz hacía suponer lo contrario. Seguramente como todos los especialistas en esta rama aparecía como exigente, pero no impaciente, quizá rígido porque deseaba que las cosas se hicieran bien. Mantuvo así sus nexos con el único centro de práctica para algunos, de investigación para otros, de trabajo para los demás, que era el Hospital San Juan de Dios.

Mi colega Jorge E. Arenas, cirujano también, decía que el doctor Barco “era bueno” en ese campo y conozco pacientes que él intervino cuando laboraba activamente en la Clínica Bucaramanga. Se desempeñó como médico de Bienestar Universitario de la Universidad Industrial de Santander - UIS.

Incursionó con fanatismo sano en la política habiendo recorrido todos los peldaños hasta llegar al senado. Un día lo escuché cuando urgía a su colega y copartidario Roso Alfredo Cala a que ejerciese el deber ciudadano de votar apoyando a quienes seguían su misma ideología y con razón se quejaba de la apatía de los profesionales, culpables hasta cierto punto de los vicios y males del país. Fue gobernador de nuestro departamento de Santander, cuando la honestidad era un requisito para serlo.

Durante muchos años estuvo de presidente de la “Junta Constructora del Hospital Ramón González Valencia.” como representante del cuerpo médico de Santander junto con

los doctores, Antonio Báez Díaz, Juan Francisco Villarreal, Roso Alfredo Cala, Armando Mc.Cormick y Gilberto Arias Delgado² quienes la conformaban a nombre del Ministerio de Salud Pública, de la Universidad Industrial de Santander, de la Asociación Colombiana de Facultades de Medicina, del Servicio Seccional de Salud de Santander y del Hospital San Juan de Dios de Bucaramanga, respectivamente. Mediante ese cargo honorífico contribuyó a que fuese realidad este proyecto del gobierno, -Ley 0793 del 13 de abril de 1951- y cuya construcción se había iniciado en 1952 para honrar la memoria de uno de los expresidentes de la nación. Afortunadamente para la comunidad santandereana, esta obra al fin pudo culminarse.

Me correspondió como decano encargado de la División de Ciencias de la Salud en 1969 asistir a la puesta en marcha del Banco de Sangre de la Cruz Roja que funcionó en el actual servicio de urgencias y posteriormente en 1971 trabajar allí como jefe del laboratorio después del doctor Henry Hanssen y dar vida definitivamente al Banco de Sangre del Hospital Ramón González Valencia con las bacteriólogas María Eugenia Álvarez y Cecilia de Rivera., cuando la Cruz Roja se trasladó a su actual sede.

Al final de sus años se retiró el doctor Barco de la política y se dedicó a la Clínica Bucaramanga. Tuvimos la oportunidad de asistir en su compañía a un curso en la UNAB sobre responsabilidad médica antes que fuese realidad la ley 100 y cuando escaseaban las demandas a los colegas.

PALABRAS ESCRITAS CON MOTIVO DE SU MUERTE.

¹ Plan de Desarrollo Hospital Ramón González Valencia. Departamento de Planeación. División Ciencias de la Salud. Bucaramanga, Marzo 1968

DE ROUAULT.

UN DIBUJO DE TENSIONES
COMO LA COTIDIANIDAD,

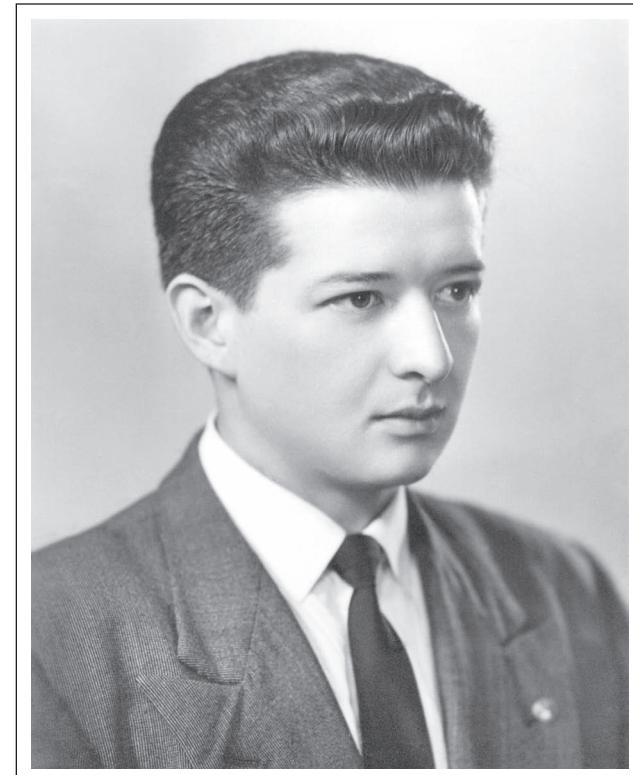


Javier

HUGO CASTELLANOS

ESCOBAR

(1931 - 1988)



Oriundo de la Provincia de García Rovira; San Andrés fue su pueblo natal de donde emigró, desde muy joven, involuntariamente quizá, pues era la costumbre de la época; nuestros padres lo convertían a uno sin querer, en cerebro fugado y sin mucho chance para protestar tamañas decisiones. Fue enviado a la Nueva Pamplona, como se le conocía en ese entonces para diferenciarla de la española, la ciudad capital del estudiantado pues allí estaban representadas, con sus internados de moda, todas las órdenes religiosas habidas y otros colegios mas, como el San Juan Bosco, la Escuela Normal Superior y el Seminario Conciliar de Pamplona, que fue mi sitio de estudio, no predilecto, pero sí el único que tuve durante siete años. A lo mejor nos cruzamos con Hugo en medio de la niebla y de las procesiones que eran frecuentes, largas e interminables y contaban con la presencia de Monseñor Afanador y Cadena, el jerarca de la iglesia que debía velar por la grey en un extenso territorio que abarcaba el Norte y Santander.

Allí en el tradicional Colegio Provincial de los Hermanos Cristianos realizó sus estudios de primaria y secundaria, no sabemos si alentado por la presencia de su tío, quien mas tarde fuera mi profesor de varias asignaturas, el Pbro. José Joaquín Emiro Escobar Fonrodona, sacerdote bueno y modesto a quien recuerdo, siempre con sus lentes oscuros, pues decía que lo aquejaba un trastorno visual, “que no sabía porque Dios se lo había enviado, pero que El sabía cómo hacía sus cosas”.

En ese tradicional centro obtiene su diploma de bachiller en 1949.

Cambia entonces el clima de la ciudad Colonial por uno más cálido. El de Bogotá, nuestra capital, para ingresar a la Universidad Nacional a estudiar medicina.

Por inconvenientes personales debe abandonar su carrera por dos años para buscar fuentes de financiación para él, su madre María Escobar Fonrodona y ocho hermanos, pues a ello lo obliga la desaparición de su padre, el abogado Pablo Emilio Castellanos. Después de grandes esfuerzos culmina su carrera en 1957.

Allí también realiza su entrenamiento en Anestesiología. Regresa al Norte a llenar una vacante de su nueva especialidad en Toledo.

La vida de los pueblos no es fácil y se torna más difícil y monótona para los especialistas, por lo cual animado por su tío Héctor decide viajar a Bucaramanga, ya en 1962, ciudad a la cual nunca abandonaría.

Fue su primer escenario laboral el Hospital San Juan de Dios de Bucaramanga; diría yo que en la época dorada de esa Institución cuyos servicios médicos y quirúrgicos eran lo mejor de la ciudad y se ufanaba uno de pertenecer a ese grupo, sin competencia en la ciudad donde descollaba la calidad sin que se hablase de ella; la atención, el buen servicio, el orden y el aseo a lo cual contribuía la comunidad de las Hermanas de la Presentación, quienes eran las piezas claves en los diferentes servicios desempeñando funciones de enfermeras, auxiliares y administradoras; fueron las primeras “secretarias de piso” que velaban porque todo anduviese sobre ruedas. Colaboraban en otras mas sofisticadas actividades como era la asistencia en las anestesias y en cada institución había una “monja dura”

para los gases, pues estos constitúan la base de la anestesia. En el año de 1967 ingresa a la Clínica Bucaramanga; se inicia un nuevo periodo en la Anestesiología, que pasa de las manos de las religiosas y de los empíricos a las de los especialistas y se da allí por concluido el ciclo de la Hermana Belarmina.

Yo diría que todos los profesionales tenemos un segundo hogar que siempre se relaciona con el sitio de trabajo; para algunos es la Universidad, para otros el Hospital y para algunos mas afortunados las Clínicas o Centros de atención similares. Para Hugo lo fue la Clínica Bucaramanga. Allí llegaba junto con el día y a veces se marchaba también con él. Su jornada se interrumpía o para practicar su deporte favorito que era el golf o para ir a su consultorio, pues no dejaba de ejercer oficialmente como médico general; fue mi vecino en el centro de la ciudad; mas tarde se trasladó a Cabecera, como lo hemos hecho la mayoría.

En mis poco frecuentes visitas a esa Institución, usualmente a practicar biopsias por congelación, lo veía desarrollando su actividad con la seguridad y responsabilidad que dan el saber que lo que se hace se está realizando bien. Otras veces lo encontré tratando de solucionar problemas diferentes, a veces de índole mecánica o eléctrica, en los cortos intervalos que solían presentarse entre uno y otro acto quirúrgico, porque trataba de arreglar cuanto equipo se descomponía, dicen los suyos. Bien sabemos lo poco eficientes que continúan siendo los departamentos de mantenimiento en las instituciones asistenciales y por ello trataba de suplir esas deficiencias haciéndolo él mismo, como lo atestigua Hugo Jr., quien varias veces fue invitado a colaborar durante su época de vacaciones.

En nuestro siglo podríamos decir, parodiando a Gunter Grass, creábamos espacio aún para las cosas que se salían del terreno estrictamente profesional. Y así se fue compenetrando con la Clínica y su personal hasta llegar a ser no solo el eje central del quirófano sino además quien con Pedro Gómez, Alberto Rey, Enrique Barco Guerrero, se encargaban de sortear las dificultades que fuesen apareciendo.

Tuvo tiempo para la docencia informal; Jorge E. Chona y Martha Trujillo Cabrera, hoy especialistas en esta rama, fueron sus más constantes alumnos.

Eran contadas las cirugías que se cancelaban pues las evaluaciones prequirúrgicas, aunque no tan sofisticadas como lo son actualmente, se fundamentaban en un buen juicio clínico y la mayoría de los problemas que a posteriori surgían se solucionaban en la mesa de cirugía y no en las temidas unidades de cuidado intensivo, que afortunadamente no existían. Los especialistas en otros campos, muy contados, solo eran requeridos en casos de extrema urgencia.

Hoy cuando se ha convertido en costumbre pretender olvidar a quienes nos antecedieron, como si solo existiese la generación presente, quizás con la esperanza de ganar reconocimientos inmerecidos, en honor a la justicia hay que reconocer a la familia Castellanos por sus aportes a la Clínica.

Son ya tres generaciones que han estado íntimamente vinculadas a ella. En su fundación Héctor Escobar Fonrodona; Hugo Castellanos Escobar en su segunda etapa y ahora los hermanos Castellanos Chalela.

Quizás los anestesiólogos vigentes no han oído hablar de él, como de muchos otros especialistas que algún lugar ocupa-

mos en la Medicina Santandereana, por derecho y al cual no hemos renunciado. A veces “los nuevos”, decimos los antiguos, se preguntan el porqué la Clínica Bucaramanga ha gozado siempre de buen nombre. Se olvidan que esto no es fruto del azar sino del trabajo arduo y constante de un grupo de profesionales médicos y no médicos que aunaron esfuerzos a mediados del siglo pasado para lograr una institución de calidad.

En 1963, contrae matrimonio con la profesional de la bacteriología Victoria Chalela Chalela, de las pocas sobrevivientes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Pilar, quien laboraba en el Hospital San Juan de Dios, en el Banco de Sangre, el único de la ciudad y era dirigido por el Hematólogo Álvaro Gómez Vargas. Por costumbre, los anestesiólogos son quienes solicitan la sangre cuando lo requiere el acto quirúrgico. Así se hablaron por primera vez, por medio del teléfono fijo, como se diría en este siglo. Seguramente, Hugo, como todos los enamorados, anhelaba que todos sus pacientes padeciesen de anemia para poder comunicarse con el Banco de Sangre y sin proponérselo cumplió con los anhelos de Primitivo Rey Rey, quien recomendaba, aunque no lo practicó, que los profesionales de la salud deberíamos casarnos entre si, para poder hablar continuamente de medicina. Qué hartera, le dije yo alguna vez, con la confianza que le tenía a mi paisano, hablar siempre de lo mismo.

Fueron sus hijos: Hugo, igualmente profesional de la medicina y quien heredó su afición por “el arte de los dioses”; amable, bondadoso, bonachón, muy servicial, infatigable en su trabajo. No ha tenido que pensarlo mucho en la escogencia de su segundo hogar.

Smaya, con estudios en Administración Hospitalaria, de quien dicen sus hermanos que posee el mismo carácter del padre, a quien admiré por su tesón; y Omar, administrador de Empresas de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, compinche del padre en la afición de observar y practicar algunos deportes, fueron los otros frutos que surgieron de esa unión. Con Omar viajaban a esquiar a Barrancabermeja, miraban peleas de boxeo, partidos de foot-ball y practicaron el ajedrez. Era un padre exigente pero responsable, leal con sus amigos, trabajador infatigable, generoso, dicen sus hijos. Buen marido, buen hijo, excelente hermano, gozaba con la buena comida. Su única debilidad fue su hija Smaya, agrega Vicky. En las Provincias ha resultado difícil la integración según las especialidades. Se esgrimen diversos argumentos en contra y de antemano se nos matricula en determinados grupos. La de anestesiología no fue una excepción y aunque eran pocos los reconocidos especialistas en esa rama no hubo mucha unión entre ellos. En este caso no eran razones de “competencia desleal”, como hoy día suele presentarse. Hugo, sin embargo, se mantenía, calladamente, actualizado. Asistía a Congresos y cursos de su especialidad. Prueba de ello fue que los monitores para salas de cirugía hicieron su aparición más tardíamente en otras instituciones.

Algunos dicen que fue el afán de ayudar a la clínica a prestar un servicio oportuno, como dirían los médicos administradores o auditores de hoy, que lo llevó a una riesgosa exposición a los rayos X en las salas de cirugía durante algunos procedimientos que lo requerían, o aún en ese mismo servicio cuando el Dr. Alberto Rey andaba muy ocupado y había necesidad de tomar fotofluorografías, pues este examen se pedía para

ingresar a los colegios; otros que la impaciencia o la imprudencia. En todo caso siempre obró de buena fe.

Lo cierto es que se fue apagando su vida sin que hubiese tenido tiempo para el descanso. Ella que tantas satisfacciones le dio, prefirió contra el querer de los suyos y de sus amigos, dejarlo definitivamente, cuando aún no era tiempo. Como dice Vicky, qué irónico resulta saber que a “Hugo, quien amó tanto la vida y la disfrutaba, le faltó tiempo para gozarla a plenitud.”

Sobre los hombros de sus tres hijos, todos profesionales, asesorados por “Vicky”, descansa en este nuevo siglo la responsabilidad de continuar la obra de sus antecesores, porque la memoria del padre ya se ha perpetuado.

Los tiempos y las circunstancias no son fáciles por los múltiples factores externos e internos que confluyen en el campo de la salud.

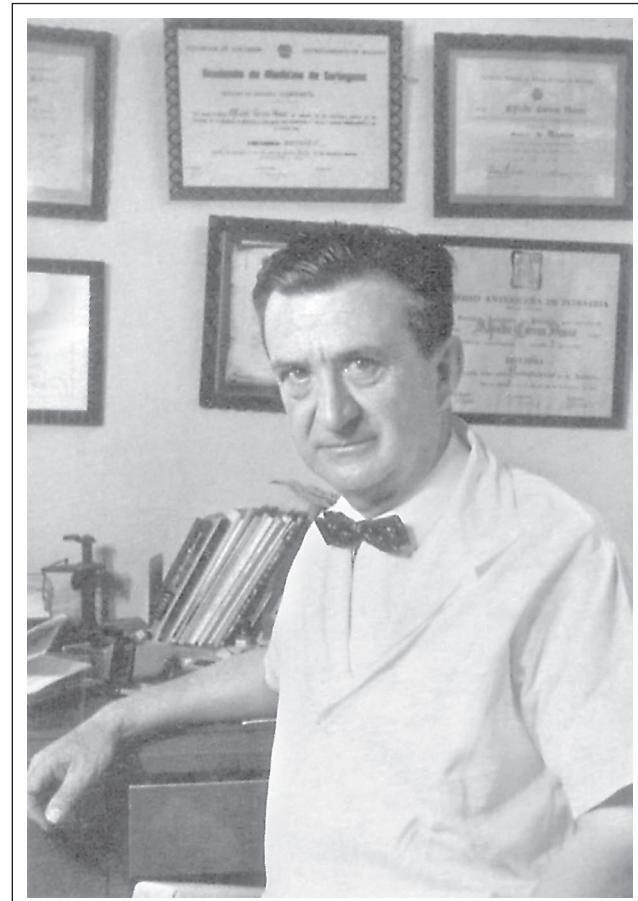
Quienes nos preciamos de ser sus amigos tenemos la certeza de que saldrán avante.

BUCARAMANGA NOVIEMBRE 2 DE 2005.

HOMENAJE INÉDITO.

ALFREDO CORREA HENAO

(1903 - 1967)



 e había concertado una cita en Medellín para conmemorar los cincuenta años del Departamento de Patología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia y rendir un tributo a quien fuera su creador, el doctor Alfredo Correa Henao. El elegante, sobrio y solemne recinto del paraninfo de la Universidad de Antioquia, testigo de sus reconocimientos; el auditorio de la Facultad de Medicina de la misma Universidad que llegó a ser ampliamente reconocido por las conferencias que él instituyó; el Instituto que lleva su nombre y la nueva sede de la Academia de Medicina de Medellín cuyo escudo él ideó, fueron los escenarios escogidos para rememorar ese acontecimiento.

Se contó con la asistencia de representantes de las autoridades civiles, departamentales, municipales, del Alma Mater, de la Escuela de Medicina, de la Academia Internacional de patología y con la presencia de su viuda, doña Stella Londoño de Correa, sus hijos, su cuñada Lucía, de algunos de sus discípulos y de algunos colegas médicos que fueron sus compañeros en el trabajo hospitalario y en el difícil campo de la docencia.

Hubo varias intervenciones salpicadas de recuerdos y de fragmentos de historia de los albores de la Patología en Medellín.

La parte académica programada con el nombre de «Simposio Avances en Patología», estuvo a cargo de los doctores Pelayo Correa, Carlos Restrepo y Gonzalo Uribe, patólogos que hoy laboran en Estados Unidos, discípulos del doctor

Correa Henao, quienes hablaron sobre Gastritis Crónica, el primero; Patología Quirúrgica del Tubo Digestivo y Arterioesclerosis el segundo y Patología del Sida, el tercero.

El aspecto histórico giró principalmente alrededor de la vida del doctor Correa Henao y sus colaboradores. No es fácil resumir en un artículo sesenta y cuatro años de existencia de quien, al decir de su hija Pilar, «tuvo dos grandes pasiones en la vida: el arte y la medicina», pero sí constituye un deber para mí, en calidad de santandereano, el hacer un público reconocimiento al maestro que en 1935 cuando trabajaba con la Fundación Rockefeller recorrió a “lomo de mula” nuestro departamento, habiendo estado en San José de Suaita, Barbosa, Jesús María y Puente Nacional.

Mas tarde vino a Bucaramanga, colaborando en eventos científicos, cuando al decir de Max Olaya Restrepo, «aún en la Ciudad Bonita no había patología ni patólogos y muchos cuellos uterinos, muchos hígados, muchas vísceras de muertos bumangueses iban a Medellín en busca de la luz de la verdad», por lo cual “la medicina santandereana tiene con el doctor Correa Henao una incalculable deuda de gratitud”. Por ello puede decirse que la Anatomía Patológica en Santander nace con acento paisa, el cual aún persiste en los profesores Alfredo Acevedo, Reynel San Juan, Kleber Zamora y quien esto escribe.

Veamos algunos detalles de su vida: Nace el profesor Correa el 30 de marzo de 1903 en Sonsón, Antioquia, y se gradúa en la Universidad de Antioquia el 26 de abril de 1935, con una tesis sobre el Hemograma. Contrae nupcias con Stella Londoño Jaramillo, también de Sonsón, el 29 de julio de 1939, de cuya unión hubo seis hijos. En febrero de

1943, dos años después de haber estado como estudiante de patología en el John Hopkins Hospital de Baltimore, es llamado por el decano doctor Hernán Posada González para “iniciar el servicio de Anatomía Patológica” en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, lo cual hace al año siguiente convertiéndose así en el primer profesor de tiempo completo y dedicación exclusiva en el país. En esta cátedra le sucedieron los profesores Pedro Nel Cardona y Alonso Restrepo Moreno.

El segundo piso del edificio de Morfología y el sótano del Pensionado del Hospital San Vicente de Paúl fueron los primeros testigos de su ardua y tesonera labor que empezó con la búsqueda de elementos de trabajo, los cuales a veces él mismo debía improvisar.

El 23 de febrero de 1944 practicó la primera necropsia que había de servir para dar comienzo al tipo de conferencias que desde el siglo anterior se realizaban en los hospitales europeos y aquí ni siquiera se conocían, las famosas C.P.C. -Conferencias Clínico-Patológicas-. Aunque se trataba de un adulto de 40 años de edad, el caso fue discutido por el pediatra profesor Benjamín Mejía Cala y resultó ser una T.B.C. miliar, que había sido tratada sin éxito como un paludismo.

Este tipo de ejercicios y el estudio de biopsias y especímenes quirúrgicos, fueron la base para las reuniones científicas de las diversas especialidades y el material adecuado para la formación de un museo que aún persiste.

Empieza así una nueva etapa en la medicina antioqueña, la de confirmación o descarte de posibilidades clínicas diagnósticas. Algunas entidades como la “apendicitis crónica” desaparecerían de los tableros de cirugías programadas y la

actividad quirúrgica por patología de ese órgano se reduciría a un 25% gracias al trabajo del doctor Hernando Vélez Rojas. Esto llevaría en palabras del citado profesional a “examinar más y mejor y operar menos”.

La docencia pasó a un terreno más práctico y con ello aparecieron los primeros estudiantes interesados en la patología: Aquileo Asmar, Óscar Duque y Jorge Mora, quienes como “preparadores” se mostraban interesados en la rama médica que el doctor Alfredo Correa promocionaba.

El 11 de octubre de 1951, se inaugura el Instituto de Patología, que a su muerte llevaría su nombre, el cual permite una mejor distribución de las diversas actividades docentes y asistenciales. Ya entonces lo acompañaba el doctor Óscar Duque Fernández. Allí recibimos sus enseñanzas varias generaciones de egresados, escuchamos clases magistrales de sus labios, oímos por primera vez lo que era la *serendipia* al decir que el parásito de la malaria había descubierto a Laveran. Algunos temas eran tan detallados como los relacionados con la sífilis, que se dictaban en varias sesiones. Asistimos al museo a “cortar” los especímenes que a través de los años se iban acumulando, para mostrarnos lo que hacían algunas enfermedades en los diferentes órganos. A veces mezclaba el humor con sus explicaciones y siempre trataba de comunicarnos su interés en las alteraciones microscópicas, logrando despertar en algunos de nosotros su afán de intentar identificarlo todo.

Gracias a un auxilio conseguido por el doctor Oriol Arango Mejía se creó el Departamento de Fotografía Médica, con la colaboración de don Diego García. Entre tanto se habían publicado algunos trabajos sobre enfermedades parasitarias,

micóticas, vírales, rickettsias y hematológicas. Uno de ellos fue el primer caso de Quiste Hidatídico ocurrido en Colombia y en el cual aparece en calidad de asistente del instituto, el doctor Emilio Bojanini N., quien también ocuparía la jefatura del mismo departamento, después del doctor Duque Fernández.

El 8 de diciembre de 1955 se funda la Sociedad Colombiana de Patología, la cual por tener un número tan reducido de miembros “cabía en el sofá de la casa” según el doctor Correa Henao, su primer presidente. Se hacen eventos en Cartagena, Medellín (1957-1961), Bogotá, Manizales, Cali, Cartagena (1958-1963-1966) y Barranquilla (1967), el último al cual asistió el profesor. También en esta época se abre el servicio de citología vaginal en el Instituto, pues antes solo se practicaban estudios de líquidos.

Durante este tiempo desfilaron en busca de entrenamiento formal muchos médicos colombianos, otros venidos del Brasil, del Ecuador, de la Argentina, del Salvador, de México y de Venezuela. Algunos llegaban, como él mismo decía al presentarlos “sin conocer un leucocito”. Más tarde se vincula al instituto otro “preparador” egresado de allí, el doctor Mario Robledo Villegas, también especializado en Estados Unidos y quien habría de ser el cuarto jefe del Instituto.

En 1961 se organiza el tercer Congreso Internacional de la Especialidad en Medellín bajo la dirección del doctor Correa Henao. Fue el primer evento internacional al cual tuve la oportunidad de asistir. Me sentí muy complacido al observar el respeto y la admiración que rendían a mi profesor, pues siempre he pertenecido a la escuela antigua de quien vive agradecido con quien le ha enseñado.

En 1972 se da al servicio el Microscopio Electrónico, de valiosa ayuda en las áreas de investigación y diagnóstico, pasando Medellín a ser la tercera ciudad, después de Bogotá y Cali, con tecnología sofisticada. Fue el doctor Víctor Bedoya quien estuvo a cargo de este aparato.

Lamentablemente el profesor Correa Henao no sería testigo de este avance pues había fallecido el 11 de noviembre de 1967, cuando su hipertensión pudo más que su deseo de seguir viviendo. Afortunadamente y a pesar de su modestia, se lograron reconocer en vida sus méritos, pues la Universidad de Antioquia había galardonado su tesis sobre Hemograma, autorizándole para que al pie de su firma pudiera usar el título de Laureado de la Facultad de Medicina y Cirugía. El Gobierno de Colombia lo condecoró con la Cruz de Boyacá en 1964.

La Academia Nacional de Medicina le otorgó el premio Manuel Forero en 1967. La Universidad lo distinguió además con la orden del Mérito Universitario Francisco Antonio Zea en 1964. Recibió la Orden del Arriero de Sonsón, su pueblo natal, cuyo escudo había ideado y dibujado y donde había fundado la “Casa de los Abuelos” cantada por el poeta Jorge Robledo Ortiz : “Aquí duermen los hitos que alcanzaron el destino y escribieron la historia vertical de una raza”.

Qué más podría decirse de quien perteneció por espacio de veintitrés años al departamento de Patología, casi la mitad de su existencia, cuyas bodas de oro se celebraron. Él y su hermana Lucía, quien sirvió por espacio de 33 años a la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, suman más de un siglo de servicio al Alma Mater y Lucía aún a sus 80 años decía que su segundo hogar era la Facultad de Medicina.

Por haber gozado del privilegio de ser uno más de sus discípulos por varios años, como alumno regular y posteriormente como auxiliar de Patología Quirúrgica y de la Morgue, debería poder contar muchas otras cosas. Soy consciente de que no puedo analizarlo desde el punto de vista del arte, pero conocí su afición a la pintura manifestada en las clases magistrales de Anatomía Patológica, siempre matizadas por anotaciones históricas; la lectura de figuras en su niñez y adolescencia, la elaboración de cometas, la confección de banderillas para las corridas de toros, constituyen un testimonio de este aspecto de su vida.

Al mirarlo como médico era un apóstol, estricto, humilde, recto, bondadoso; un alma sensitiva, un servidor de la ciencia, un maestro verdadero sin tiempo limitado para enseñar. Su léxico era abundante y pretendía que así fuera el nuestro. "No acciones", nos decía, "la lengua española es rica y mediante ella se puede describirlo todo sin utilizar las manos". Estaba pronto a corregir cuando no se usaban las palabras adecuadas: "No digan eso", anotaba.

Era un estudioso incansable. Se decía, y lo corroboraba Jorge Emilio Restrepo, que leía acostado y por ello sus anteojos eran incompletos ya que les faltaba un enganche, pues lo suprimía para apoyar su cara directamente sobre la mano o la almohada. Como maestro, era exigente, sin egoísmo, buen consejero.

Su único desinterés estaba en el dinero. Como hombre tuve la oportunidad de observarlo fuera del recinto de trabajo; en su finca de "Pajarito". Allí pude apreciar su sencillez, su modestia, su timidez.

Fue reservado, tenaz, constante. Un observador incansable. Un verdadero humanista y un amigo fiel. Cuando fui a contarle que me marchaba a perfeccionar mis conocimientos de Anatomía Patológica y a despedirme, no tuvo recato en presentarme como uno de sus discípulos aventajados, lo cual me hizo ruborizar pues mis compañeros de clase sabían que eso nunca fue cierto.

Como todos los humanos alguna imperfección debía tener; era irascible con quienes asumían una actitud de indiferencia cuando les hablaba o presumían saber lo que en realidad ignoraban. Oportuno en sus observaciones que causaban risa, por lo espontáneas. Era usual verlo con su bata blanca, sus anteojos sobre la cabeza lo cual a veces olvidaba y los buscaba afanosamente en medio de sus libros y revistas hasta que alguien le hacía caer en cuenta dónde se encontraban.

Esto y mucho más fue el profesor Alfredo Correa Henao.

Ya se han mencionado algunos nombres de sus colaboradores en el Instituto, de quienes fueron los encargados de continuar con su obra; sólo quedan por citar otros colegas que heredaron la Jefatura del Departamento en estos cincuenta años, como el doctor Mario Robledo; le siguieron la doctora Constanza Díaz, luego el doctor César Augusto Giraldo quien introdujo en el Instituto la patología forense y en los últimos años el doctor David Suescún.

A ellos deberían agregarse los de todos los profesores, algunos "ya en la edad tranquila" del retiro y "solo con la satisfacción de haber hecho algo útil y significante en la vida" como dice el doctor Óscar Duque Fernández. Lo mismo los de las histotecnólogas, secretarias, auxiliares de fotografía

y de anfiteatro aquí presentes y los de aquellos que ya se han marchado pero que gracias a su empeño y dedicación recordamos en este cincuentenario que a todos enorgullece.

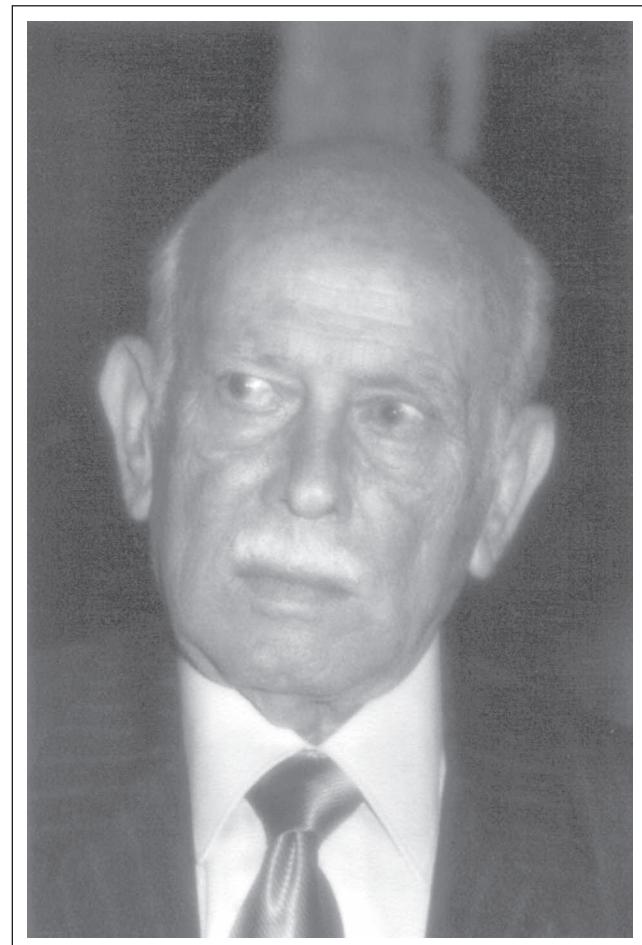
Bucaramanga, 10 de marzo de 1.994

M A N U E L D A N G O N D F L O R E Z

(1927 - 2003)



ESCRITO HECHO CON MOTIVO DE LOS 50 AÑOS
DEL SERVICIO DE PATOLOGÍA DEL HOSPITAL SAN VI-
CENTE DE PAUL.



Cuando se escribe sobre un amigo puede caerse en el pecado de exagerarlo todo, máxime cuando existe algún interés de por medio, así sea la amistad o un simple reconocimiento. De este colega se han dicho muchas cosas y otras no se han escrito; afortunadamente la mayoría de las que aquí escribo tuve la oportunidad de hacérselas conocer y escuchar de mis propios labios, con la sinceridad que ha caracterizado mis actos y sin las influencias de diversa índole que los actos sociales suelen traer.

Manuel Dangond y Ernesto Suescún fueron con sus esposas, Beatriz y Stella, quienes me acompañaron en calidad de padrinos en uno de los momentos más felices de mi existencia, aquellos que uno nunca olvida, en mi boda. Más o menos los había conocido al mismo tiempo, recién llegado a Bucaramanga desde mi Universidad de Antioquia a fines de 1960.

El escenario en el cual los hallé fue el Hospital San Juan de Dios de Bucaramanga. Ambos pertenecían al departamento quirúrgico. Ernesto, uno de los primeros epidemiólogos con los que contó el Servicio de Salud de Santander, trabajaba en el de Ortopedia y Traumatología, el cual contaba también, entre otros, con Argemiro Vargas, Óscar Martínez, Rodolfo Rueda y años después Álvaro Chaparro. Manuel ejercía en el de Cirugía General junto con un amplio grupo conformado por los doctores Elio Orduz, Eduardo Camargo, Hernando Abril, Héctor García, Javier Serrano, Jorge Ordóñez, Carlos Burgos, Enrique Barco, Eduardo Cáceres, Héctor Hazbón y otros más.

Manuel era un cirujano innato; ágil, diligente, estudioso, innovador, constante, no dependía de los turnos. A cualquier hora del día o de la noche estaba dispuesto a ofrecer sus servicios a quien los necesitase y aunque consciente de las limitaciones del medio, siempre trataba de hacer un poco más de lo que se podía. Además de cuanto aprendía en los libros, iba perfeccionando sus técnicas en los cadáveres que Medicina Legal le entregaba para las necropsias, a donde había llegado en calidad de perito en 1956. Con esta misma finalidad, tuve su compañía en algunas que practiqué en el San Juan de Dios.

Aunque quien introdujo la cirugía de tórax en nuestro Hospital fue el doctor Elio Orduz Cubillos, podría decirse que Manuel la popularizó. Lo observé haciendo un injerto homólogo para un aneurisma aórtico abdominal. En otra oportunidad, el quirófano fue testigo del primer transplante de riñón que se hizo en Bucaramanga. También, calladamente, ya que no era amigo de la bulla que hacen las emisoras ni los periódicos, implantó una mano que un machetazo de uno de nuestros campesinos había cercenado violentamente.

Asistí a los reconocimientos que las respectivas Sociedades Científicas le hicieron por ello, como la de Traumatología en 1962 aquí en Bucaramanga y ví películas que se filmaron con algunos de estos procedimientos. Es quizás quien por sus méritos ha sido miembro del mayor número de sociedades como las de Angiología, Cardiología, Cirugía General y Vascular Periférica, Gastroenterología, Urología y otras más.

Con razón dijo el nunca olvidado y siempre temido Max Olaya Restrepo: "Los primeros y más brillantes casos de cirugía vascular han sido operados y reparados con injertos

por el notable cirujano samario doctor Manuel Dangond Flórez, pionero de la cirugía vascular en Santander y entre los primeros de Colombia.”

Conocí a dos pacientes especiales que tuvo y con quienes me unían nexos de amistad, aunque de diferentes épocas. Por razones obvias omito sus nombres. El uno, con un impacto de bala sobre su corazón, revivió gracias a que Manuel se hallaba con su atuendo de cirujano listo para practicar otra intervención menos urgente y ante la gravedad del recién llegado optó por preferirlo abriéndole el tórax y suturando el corazón, el cual como dice la gente, dejó de sangrar. Sabemos que los segundos de espera en este tipo de lesiones son fatales. El otro, con el problema de una tumoración reproducida en varias oportunidades en su cuello, me había confesado que si Manuel no lo curaba definitivamente, acabaría con su vida. Angustiado ante la situación, estuve presente en la sala de operaciones y cuál sería mi satisfacción al observar que el cirujano había hallado y extraído una espina de pescado, la causante de toda la problemática.

Si consideramos la medicina como un arte podría afirmarse que Manuel fue un mecenas. Sin méritos de mi parte, me acogió brindándome su amistad y su apoyo cuando más lo necesitaba, pues aún no gozaba de mi especialidad y quienes no estudiaban en Bogotá eran considerados profesionales exóticos. Animó mi viaje en busca de especialización y a mi regreso, quizá con muchos pergaminos y muchas ilusiones pero con escaso presupuesto, puso a mi disposición las nuevas instalaciones de la Clínica Quirúrgica para que iniciara esta segunda etapa de mi vida. Allí, con la ayuda de don Guillermo Acosta, su suegro, mantuve durante algún tiempo mi

antiguo equipo para biopsias por congelación que utilicé en múltiples oportunidades, cuando mi afición por la docencia en la UIS me dejaba disponer de algún tiempo para ello.

Como suele suceder en Bucaramanga, este hecho hizo que algunos de mis colegas me bautizaran como perteneciente a la “rosca de la Quirúrgica” y me manifestaran que debería buscar un patrocinio más acorde con mi preparación.

En cierta oportunidad un colega en tono poco amable me llamó para solicitarme un bloque de parafina de un estudio que había hecho allí y que deseaba fuera enviado a Bogotá por no estar de acuerdo con el diagnóstico. Puede que en otros aspectos de mi vida me haya sentido acomplejado, pero nunca en mi campo profesional, por lo cual accedí a su solicitud poco acorde con mis apellidos. Lo satisfactorio para mí fue que semanas más tarde, cuando lo encontré y le averigüé sobre el resultado de la consulta no quiso contestarme, por lo cual yo muy orondo le mostré copia del concepto de los patólogos capitalinos en la cual palabra más, palabra menos, se decía que “aunque la preparación del tejido no era la adecuada” sí habían coincidido con mi diagnóstico. Hay todavía quienes tienen conceptos equivocados sobre la amistad.

Nadie se alegró más que Manuel cuando Neftalí Puentes Centeno me hizo el nombramiento de Decano de la División de Ciencias de la Salud de la citada Universidad y fue quien indujo a Max Olaya Restrepo para que llevara la palabra en el más grande homenaje que he recibido en mi vida de parte de la ciudadanía bumanguesa. Debo confesar que al recordarlo aún se debilita mi voz, me tiemblan las extremidades y siento los emocionados latidos de mi corazón.

Pecaría de egoísta si dijese que fui el único protegido de Manuel porque fuimos varios y muchos. A algunos enseñó técnicas quirúrgicas con la sencillez de un maestro; a otros con su comportamiento ético, como lo escribió Roberto Serpa o con “el modelo de su vida familiar”. Tuve la oportunidad de sentir el calor de ese hogar en algunas ocasiones.

A su paso por la dirección del Hospital Ramón González Valencia, siendo yo jefe del Laboratorio, encontré que era un jefe respetuoso, amable y exigente. Se hace difícil administrar estas instituciones por muy buena voluntad que se tenga y por eso Manuel, aunque conocía el negocio, como se dice, duró poco allí y en los últimos años de su vida se entretuvo en lo suyo; su cirugía, su Clínica y posteriormente su Instituto Quirúrgico. Desafortunadamente esta última etapa de su vida coincidió con la implementación de la Ley 100. Algunos nos adaptamos a la realidad y ahí continuamos. Otros como él, no pudieron tolerar este cambio fundamental en nuestro ejercicio profesional en el cual priman el “lobby”, el compadrazgo, las comisiones, los descuentos y otros vicios más que nos pusieron en desventaja a quienes por formación no hemos estado interesados en este tipo de ejercicio.

O R L A N D O D Í A Z G O M E Z

(1927 - 1983)



DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CLUB DEL COMERCIO

CON MOTIVO DEL DÍA DEL MÉDICO.

DIC. 3 DE 1991

ablar de alguien a quien no conocemos resulta laborioso y se hace con temor de excederse o de quedarse corto. Cuando con esa persona se ha mantenido contacto durante algunos años y en diversas actividades, resulta fácil y se logra mayor objetividad. Espero no defraudarlos en mi intento por presentar a ustedes a un profesional de la Medicina con quien en los últimos años de su vida me unieron nexos de amistad y a quien hemos condenado prematuramente al olvido, porque no hemos querido entender el último capítulo trágico de su vida.

Para las nuevas generaciones de profesionales graduados en la Universidad Industrial de Santander su nombre, como el de tantos otros que fuimos iniciadores de una cátedra, nada les recuerda. Para quienes hemos observado por cerca de siete lustros el desarrollo de la medicina santandereana, su nombre nos resulta familiar y nada más agradable que refrescar durante este evento la memoria del primer Rector Médico que tuvo nuestra universidad (1981-1983). Me refiero al doctor Orlando Díaz Gómez.

Orlando Díaz Gómez tenía una recia y estricta personalidad que hacía honor a su origen santandereano y a su ancestro de Zapotoca, pueblo que lo recuerda y perpetuó su nombre con un busto. Había nacido allí el 8 de noviembre de 1927 en el hogar formado por el comerciante Guillermo Díaz y doña Eliana Gómez y de cuya unión hubo 8 hijos, siendo Orlando el mayor.

Su formación primaria ocurrió en su pueblo natal. Los estudios secundarios los realizó en Tunja donde obtuvo el título de Bachiller en 1945. Ingresó después a la Universidad

Nacional para comenzar a estudiar Medicina, habiéndose graduado en 1954. Su compañero Enrique Sánchez Puyana dice que era “meticuloso y cositero”.

Posteriormente hace el rural en San Vicente de Chucurí, ocupando allí el cargo de Director del Hospital y colaborando por espacio de nueve años a través de las diversas organizaciones sociales, civiles y culturales para el mejoramiento de las condiciones de la comunidad. Practicaba una misma medicina para todos, ayudando a quienes más lo necesitaban; su única preferencia era la que imponía la gravedad del paciente.

Fue muy caritativo y perteneció al grupo de aquellos que trabajaron mucho y les quedó poco; porque su lema fue servir ante todo. Los chucureños más antiguos aún recuerdan al médico impecable en el vestir, consagrado en su actuar y presuroso en la atención.

El 14 de septiembre de 1957 se une en matrimonio a Leonor Orejarena, quien lo describe “como una persona culta, educada, detallista, muy especial”; según ella, “también cautivaba su pulcritud”. No hubo hijos de esta unión pero ello no fue obstáculo para que en su hogar brillaran la armonía, el respeto y el mutuo apoyo. De allí que Leonor lo clasificara como un esposo inmejorable, aunque tenía un fuerte temperamento que se decía había heredado del general Pablo Vicente Gómez, su abuelo.

Personalmente era un perfeccionista de dedicación exclusiva, exigiendo lo mismo a los demás. Esto indudablemente le acarreó algunos problemas en los puestos que desempeñó. Su tenacidad lo llevaba a obtener cuanto se proponía. Como hermano mayor era comprensivo pero exigente.

Buscando nuevos horizontes viajó a principios de 1964 a Sao Paulo para estudiar Salud Pública y Medicina Tropical. Allí permanecería por espacio de dos años. Regresó con la idea de crear un Instituto para Medicina Tropical en la ciudad. Desafortunadamente no alcanzó a ver su sueño hecho realidad pues se adelantó Medellín, con el Instituto Colombiano de Medicina Tropical; más tarde se fundó en Bucaramanga el Centro de Enfermedades Tropicales.

Sus primeros y únicos pasos en la política lo llevaron a la Beneficencia de Santander y a la Secretaría de Salud Departamental; sin embargo rápidamente se hastió de la manera como se manejaban las cosas en ese campo en nuestro medio.

En el año de 1967, junto con un selecto grupo de médicos, se dio a la tarea de estudiar la factibilidad de una Escuela de Medicina para Santander. Aún conservo el documento original en el cual se incluía también la puesta en marcha del Hospital Ramón González Valencia, lo cual haría realidad más tarde mi suegro Pedro María Buitrago Roa. Allí colaboró inicialmente como Director del Departamento de Medicina Preventiva y una vez andando la nueva Facultad decide incursionar en el campo de la Parasitología.

Siguiendo la tradición de los profesores de básicas médicas de formarse en sitios de reconocido prestigio, viaja a Medellín en calidad de alumno de los profesores David Botero, Ángela Restrepo y Marcos Restrepo, con el fin de actualizar y complementar sus conocimientos en esta especialidad, los cuales había iniciado en el exterior, ahora con la ayuda del microscopio, para poder transmitirlos a sus estudiantes.

Enseñó estas asignaturas en el nuevo Departamento de Ciencias Microbiológicas del cual fue director entre 1971-1973 y amplió la docencia a las cátedras de enfermedades tropicales, semiología y epidemiología. Para ese entonces ya había llegado a ser Presidente de la Sociedad Colombiana de Parasitología y Medicina Tropical, y Miembro de Número de la Asociación Colombiana de Medicina Interna. Fue un profesor serio, dogmático, que miraba hacia el futuro.

En la naciente División de Salud, juntos estuvimos dedicados a la docencia de los primeros egresados, algunos hoy profesionales de éxito no solo en Bucaramanga sino en otras ciudades. Tratamos de integrar el estudio de la Parasitología con la Patología, como se está llevando a cabo hoy en día en algunas Escuelas de Medicina. Su excesivo celo con los alumnos lo llevó a manifestarse en contra de mi deseo de que en cualquier momento los estudiantes que compartíamos pudiesen desplazarse al anfiteatro, como solía hacerse en algunas universidades del extranjero que yo conocía. Para su respetable punto de vista la Parasitología era tan importante como la Patología y ninguna de estas materias debía cederle tiempo a la otra.

Se requería al parecer que estuviese en la gobernación un médico para que la Universidad Industrial de Santander contase como Rector con un profesional de esta carrera. En 1967 el Consejo Superior presidido por el neumólogo Rafael Moreno Peñaranda, exalta a Orlando a esa posición a la cual dedica todas sus energías y pasión. En su discurso de posesión de la Rectoría dijo: "La resignación es signo de estancamiento y a esa debilidad mental debemos oponer el valor de la iniciativa. Hay dos polos opuestos en la vida, que

son la resignación y la creación. Nuestra Universidad es una Universidad resignada y es por consiguiente una universidad que está por volverse a crear”.

Nunca abandonó su consultorio y en una época en que la obesidad no era tan común, ejerció este tipo de consultoría. Retirado voluntariamente de la Rectoría, regresa a la docencia la cual ejerce hasta su trágica desaparición. Como colega fue respetuoso, comunicativo, franco. Era afable con sus pacientes, los escuchaba y no hacía alardes de sus conocimientos.

Ejerció una medicina práctica, sencilla, sin dejarse deslumbrar por los adelantos tecnológicos; por el contrario, se quejaba del abuso de la tecnología, como tuvo oportunidad de decirlo en su discurso como Presidente ante la sociedad Colombiana de Parasitología y Medicina Tropical. “Se hace cada vez más relevante el estrechamiento de intereses comunes por el adelanto de la tecnología industrial; por el incremento del mercadeo común, por la dinámica integración de intereses puramente políticos, con olvido angustioso del elemento básico: el hombre y la salud”.

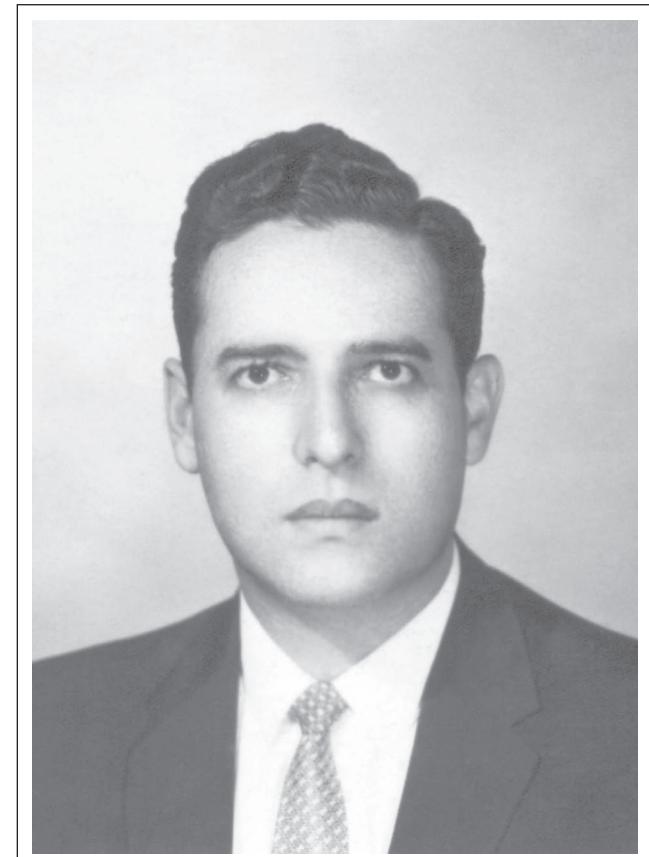
Muchas gracias por darme esta oportunidad de recordar a alguien cuya vida podría resumirse así: “Un hombre de bien, un buen médico, un excelente esposo, un dedicado profesor y un directivo cumplidor, inquieto y exigente”.

Barrancabermeja, 21 de julio de 1994

HOMENAJE RENDIDO EN EL PRIMER SIMPOSIO DE
MEDICINA TROPICAL DEL MAGDALENA MEDIO.

FABIO DURÁN VELASCO

(1924 - 1997)



 nesperadamente aún para los suyos, y sin despedirse, se marchó Fabio a reunirse con su compañero de Quirófano, Primitivo Rey Rey. Están integrando en el más allá el mismo staff que funcionó en el San Juan de Dios de Bucaramanga, iniciado por Antonio Vicente Amaya Mujica (q.e.p.d.), al cual se fueron agregando: Isaías Arenas Buenahora, Germán Motta Tarazona, Alfredo Angulo Cornejo (q.e.p.d.), Gonzalo García Gómez y otros.

Las nuevas generaciones no prestan ningún interés a estos capítulos de la historia médica y por el contrario algunos más osados, ante nuestro silencio cómplice creen que ellos la están escribiendo. Para evitar que esto suceda y con el ánimo de hacer justicia es bueno recordar algunos hechos.

¿Pero quién era este colega? Fabio Durán Velasco había nacido en Bucaramanga el 22 de febrero de 1924, en una familia pobre pero honesta. Su padre, como todos los nuestros, quiso que estudiase para que pudiera forjarse un porvenir mejor; desafortunadamente desapareció muy tempranamente sin ver a su hijo culminar su carrera.

Fabio ingresó a la facultad de medicina de la Universidad Nacional. Allí ya era un alumno “muy influyente”, según Rafael Moreno Peñaranda, quien sería más tarde su gran amigo y prometió ayudarlo. Combinó el estudio con el trabajo para poder llevar a cabo su sueño y fue así como llegó a ser Inspector de Higiene en Bogotá cuando aún la mayoría de sus compañeros no pensaban en trabajar y terminó su carrera sin tropiezos. Cuando uno en verdad lo quiere, como que las cosas se dan más fácilmente.

En 1948, después de ganar su puesto por concurso, hace su internado en el servicio de Ginecología del Hospital San Juan de Dios de Bogotá, y en ese mismo año el 2 de diciembre se gradúa con la tesis “A propósito de los miomas uterinos”, esa neoplasia que no daba mucho de qué hablar pero sí bastante para operar, tesis premiada con Pergamino de la Universidad con la calificación de Meritoria.

Viene a Bucaramanga al también Hospital San Juan de Dios, al servicio de Ginecología llamado entonces de “Cirugía de Mujeres”. En 1951 viaja a Estados Unidos a Montclair, en New Jersey, ingresando al servicio de Ginecología y Obstetricia del Mountainside Hospital.

Un año más tarde regresa nuevamente a Bucaramanga y se vincula en calidad de Médico Agregado al Departamento de Obstetricia y Ginecología. Después asciende a subjefe y durante 1962 a 1969 se desempeña como jefe.

Cuando el ISS abre sus puertas en Bucaramanga el doctor Jorge Ordóñez Puyana lo nombra como uno de los integrantes del equipo de Ginecología. Junto con Primitivo Rey Rey hicieron las primeras intervenciones en Bucaramanga de cirugía radical para cáncer del cérvix; se creyó temporalmente que ese era el tratamiento ideal para esta neoplasia, aún frecuente.

Ellos se encargaron de escribir con frecuencia en el tablero de cirugía el nombre antes desconocido de Werthain. Lo habían aprendido en sus lecturas de las revistas “Journals” como dicen ahora, que semanalmente repasaban los jueves en la mañana en la casa de Primitivo situada en los Lagos del Cacique.

Primitivo descansaba leyendo el inglés con su acento piedecuestano como el mío, y de común acuerdo habían decidido dedicar al estudio esos ratos ya que era casi imposible hacerlo a otras horas pues la clientela no les dejaba tiempo.

Fabio fue un excelente Gineco-Obstetra con innatas habilidades para la aplicación del fórceps en cualquiera de sus tipos. Estos se usaron antes que la "ventosa" y las "cucharas" y por ello el índice de cesáreas no era tan alto; sin embargo constituían un verdadero peligro en manos inexpertas. Lo vi aplicarlos en mi segunda hija Catalina María, hoy médica del Rosario. Cuando nuestro Pediatra, el doctor Gregorio Mantilla Cadena, la examinó, no encontró huellas en su frágil cráneo. El obstetra en ese parto había logrado "una presa ideal", como se decía en el argot de los especialistas.

Algunos de sus compañeros de equipo comentaban que nadie usaba los fórceps mejor que él. Llegó a ser el mejor cirujano Ginecólogo de Bucaramanga y también de Santander. Sus dedos, como todo su cuerpo, eran largos, delgados, ágiles y ello al decir de los expertos le facilitaba las maniobras quirúrgicas.

Cuando nadie osaba ir contra las normas tradicionales, en noviembre de 1968 tuvo la personalidad suficiente para aceptar la dirección de Profamilia que le había ofrecido don Pedro María Buitrago Roa. Allí resistió durante casi seis lustros todos los embates y sinsabores que produjo la implementación de nuevos métodos anticonceptivos en una comunidad tachada, religiosamente hablando, de demasiado rígida, conservadora y quizás hasta farisaica, que siempre manifestaba sus tendencias seudo-religiosas a través de sus pastores de extrema derecha y de algunos colegas que les hacían eco.

En este Centro, contra viento y marea encontraron ayuda, a través de los diferentes métodos, quienes no comulgaban con aquello de "cada niño trae su pan debajo del brazo". Fueron sus compañeros de lucha, Mario Cortés Enciso, Gonzalo García Gómez y más tarde Alfonso Rodríguez Pérez e Isaías Buenahora Arenas, quien lo reemplazó años mas tarde en la dirección.

Profamilia Bucaramanga fue considerado piloto durante muchos años y de allí surgieron varios trabajos que servirían de representación a nuestra Sociedad Santandereana de Obstetricia y Ginecología, donde fue miembro y presidente entre 1967 y 1969. Con él publicamos en Tribuna Médica en 1973 el primer caso de Adenocarcinoma de la Trompa de Falopio en Bucaramanga y Santander, y su nombre figura en otras siete publicaciones médicas que hicimos en conjunto y que reposan en los archivos de Tribuna Médica. Nos inquietaban entre otras cosas los anticonceptivos orales y los lípidos, las T's de cobre y los efectos de este metal al absorberse.

Cuando éramos directivos de Asmedas en Santander, estuvimos "representando" a nuestros colegas en la inauguración de las Cabañas de esta institución en Santa Marta. Fabio fue miembro activo del Colegio Médico de Santander y además miembro correspondiente de la Academia Nacional de Medicina del capítulo de Santander.

Junto con su labor en Profamilia ejercía una exitosa práctica privada que le trajo muchas satisfacciones, al ver colmados algunos de sus deseos de vestir y vivir bien, porque nunca fue egoísta en este aspecto y siempre estaba a la moda. Nunca le faltaron su impecable corbata de acuerdo a la moda, y el saco, cuando estos atuendos formaban parte del distintivo

médico. Me causó hilaridad el verlo en una oportunidad mudándose de residencia, como se dice, pero cargando los objetos vestido de saco y corbata.

Fue un profesional que supo vivir cuando uno podía programar su vida. Fueron varios los viajes a Miami para actualizar su vestuario. No con tanta suficiencia como su íntimo amigo Rafael Moreno Peñaranda, excelente catador, pero sí sabía saborear un buen trago y un añejo vino. Asistió a múltiples eventos nacionales de su especialidad y a algunos cursos internacionales, Chile en 1970, Chicago en 1975 y Virginia en 1976.

En un congreso de su especialidad en Cali, conoció a Lucy Cadena, mujer hermosa, alta, de talante distinguido y elegante, con quien más tarde uniría su vida para ser su compañera inseparable, como lo reza el Evangelio “en las buenas y en las malas”. A ella dedicó todo su amor y su vida; a consentirla y a complacerla, sin importar el precio que ello demandara. Anotaba un día cómo, preocupado porque el dinero desaparecía fácilmente, había decidido abrir un libro con las dos columnas de ingresos y egresos, constatando que efectivamente todo cuanto entraba salía; al verificar esta realidad, al mes siguiente lo había cerrado.

«Cuando llegué a Bucaramanga», dice Lucy, «estaba joven, llena de ilusiones, colmada de amor». Tuvieron tres hijos: Fabio Mauricio, Arquitecto de carrera pero Administrador por vocación; Juan Carlos, Médico Imagenólogo exitoso en Cali, y Mónica, quienes no solo lo recuerdan por su generosidad sino por su buen trato, ya que así siempre lo quiso él.

Aunque Lucy encontró en esta ciudad cariño y aprecio, siempre añoraba el Valle y su «Cali Lindo» y lo mismo sus

hijos; por ello pensó que Fabio podría participar de estos sentimientos y la familia entera, previo acuerdo, se trasladó a esa ciudad, a pesar de que los colegas de Fabio, siempre metidos en todo y aun sin ser invitados, le aconsejasen lo contrario. Pero Fabio no pudo adaptarse y regresó a Bucaramanga.

Quizás lo que decía Primitivo Rey era cierto: “En esta nuestra ciudad se nos conoce y se nos trata con respeto. Fuera de aquí somos una persona más, que pasa inadvertida. Cuando yo llego al aeropuerto, siempre me preguntan si voy para la casa o al consultorio.”

Fabio en su época dorada era una persona amena, agradable; hablaba de las Galaxias y compartía este tema con el doctor Mario Cortés Enciso. Sus anécdotas eran interminables; como muchos de nosotros, en sus noches de bohemia componía sus coplas y también figuraba en ellas, como en aquella de Rafael Moreno Peñaranda que decía: “Y el Fabeo le camina y le camina ...” Tocaba el acordeón; gozaba del oportunismo en sus observaciones. El “tinteadero” de la Clínica La Merced fue testigo mudo de sus cuentos, sus apuntes, matizados de todos los colores.

Pasaron los años; desapareció su consultorio de la Carrera 21; llegaron las jubilaciones, primero la del ISS, después la de Profamilia. Sus compañeros también fueron siendo cada vez más escasos, ya fuera por la marcha hacia lo indeterminado o por retiro de su profesión.

La clientela particular, el fuerte de los médicos de prestigio, se fue acabando y así también su vida, hasta que finalmente se extinguío en noviembre de 1997, cuando su familia se hallaba programando un segundo y definitivo viaje a Cali. No le quiso caminar más a la vida y prefirió irse al más allá.

A él, al amigo, al buen colega, al vecino ejemplar, al anfitrión incondicional, a esa larga y elegante figura que supo sacrificarse en las largas noches junto a sus pacientes, y a su familia, van estas palabras de reconocimiento y gratitud.

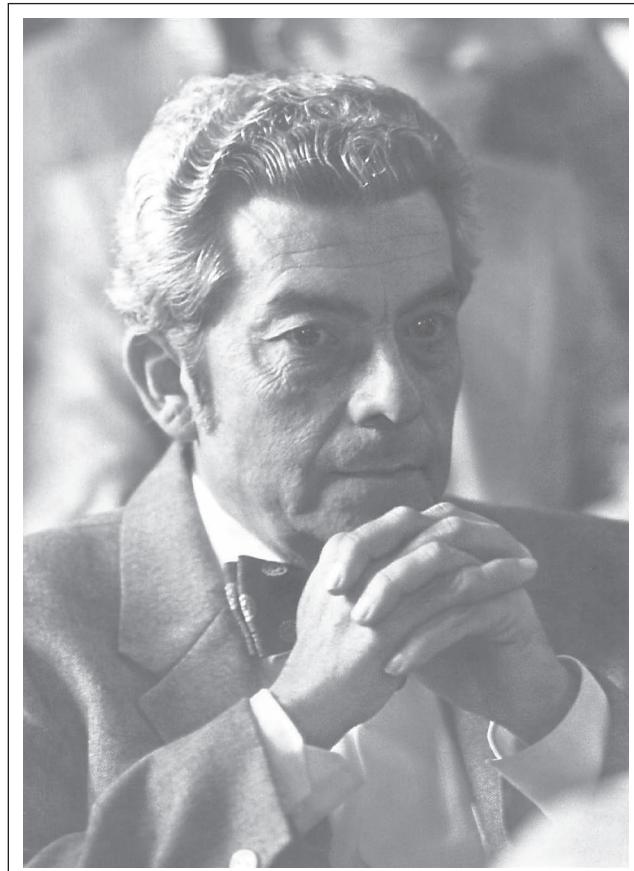
Seguiremos extrañando en febrero las celebraciones de su cumpleaños.

ESCRITO INÉDITO A RAIZ DE SU MUERTE.

F R A N C I S C O E S P I N E L

S A L I V E

(1930 - 1985)





l pasado 13 de agosto se cumplió un año de la dolorosa desaparición del doctor Francisco Espinel Salive. Con este motivo, el Tribunal Seccional de Ética Médica de Santander descubrió su fotografía en la sala de reuniones donde este ilustre galeno desde su creación ejerció sus funciones como “magistrado” todos los últimos viernes de cada mes. Con el ánimo de rendirle un póstumo homenaje al amigo y colega transcribimos en esta semblanza algunos apartes del discurso pronunciado por el doctor Hernando García Gómez el día de su sepelio:

“El Colegio Médico y el Tribunal de Ética Médica de Santander, que me honro en presidir, se encuentran hoy profundamente heridos, por la definitiva ausencia de Francisco Espinel Salive.

«Mis palabras de despedida no pueden ser otra cosa que el homenaje sincero y la apología emotiva a una de las figuras médicas más descollantes en Santander, en la segunda mitad de este siglo.

«Porque Pacho, como familiarmente le decíamos, fue el precursor, el pionero y el organizador en nuestro departamento, del Servicio de Radioterapia y el promotor de la Liga Santandereana de Lucha contra el Cáncer, junto con Gustavo Mogollón Sánchez el primer patólogo que llegó a Bucaramanga; por ello cuando entre nosotros se menciona este flagelo, aún misterioso, de la humanidad, se plasma condicionadamente en nuestra mente la figura impresa de estos dos médicos, quienes desde 1958 se habían establecido en nuestra ciudad, aportando lo que hoy llamarían la tecnología

de punta en el diagnóstico y el tratamiento de esta terrible enfermedad. Traía él en su equipaje científico, además de la preparación técnica que le dieron aquellos insignes maestros que se llamaron José Antonio Jácome Valderrama y Mario Gaitán Yanguas, grandes dosis de esa droga hoy tan escasa como es el humanismo.

Porque así era la docencia en nuestras universidades, con un concepto holístico Y con ella un entusiasmo y sencillez, poco comunes hoy día en los colegas que se inician, porque en él no se vislumbraban manifestaciones tan frecuentes como el famoso “síndrome del recién llegado”. Fui durante varios años su vecino cuando comenzaba yo a recorrer el largo camino de la Patología en el servicio de Gustavo y Alberto Mogollón, pues éste, su hermano, era el histotecnólogo de confianza quien también ayudaba a las necropsias y a tomar y revelar las fotografías para las diversas conferencias que usualmente programaban los recién llegados los sábados en la mañana, antes de irse a pescar con Argemiro Vargas Mariño, Jorge Vargas Cantillo y otros.

«La Liga de Lucha contra el Cáncer y la Unidad Oncológica del Hospital Ramón González Valencia, son mudos monumentos a su memoria. Él como animador científico, fue el conductor de un conjunto de almas generosas, unas ausentes, pero imborrables de nuestra memoria.

«Antes de ellos usualmente las muestras eran enviadas a Medellín para su diagnóstico y los pacientes con tumores malignos se remitían a Bogotá.

«Fue un luchador infatigable por el bien de los enfermos, para quienes siempre tenía un espacio y no se contentaba con

aplicarles lo referente a su especialidad, sino también trataba otras complicaciones que fuesen apareciendo.

«En alguna oportunidad narró su viaje a Manizales en busca del radio para aplicar a sus pacientes con cáncer del cérvix. .No tenía como meta el beneficio personal, el lucro o el muelle epicureísmo aldeano. Él trajo de la fría altiplanicie la medida y la serenidad, en esa sangre que al calor de este clima estimulante le habría de convertir en un Quijote romántico de la Cancerología, para beneficio de nuestras gentes. Si “todo el que pisa tierra de Santander es santandereano”, ¿qué gentilicio debemos darle y con qué calificativo debemos adornarlo, para hacer justicia a quien dedicó los mejores años de su vida y la mejor lucidez de su inteligencia, al servicio de nuestros paisanos?».

«Francisco fue además, un apóstol de la colectividad Hipocrática, brindó su amistad a manos llenas en el seno de la fraternidad Rotaria, el único club de servicio en esa época en Bucaramanga. El Club del Comercio fue testigo de algunas de las tertulias en las cuales declamaba e improvisaba para amenizarlas. Con sus colegas era respetuoso, servicial y no escatimó su precioso tiempo para avivar la llama del compañerismo y lealtad, acompañándolos inicialmente en el Colegio Médico de Santander y después en ASMEDAS.

«Demostró su liderazgo espiritual, contribuyendo a la gestación del Capítulo de la Academia de Medicina, al principio llamado de Bucaramanga y ahora de Santander.

«Hizo alarde de ecuanimidad y sensatez en la aplicación de las normas de la Ley de Ética Médica, en los casos que le correspondía instruir y en las deliberaciones del Tribunal. Todavía está fresco en mis oídos el timbre de su voz, cuan-

do orgulloso nos saludaba con el título de Magistrado, que compartimos en aquel recinto. Había que oírlo, para comprender la magnitud de sus calidades humanas: defendía con vehemencia pero sin pasión sus puntos de vista; apreciaba con inteligente consideración a los inculpados; planteaba con modestia sus argumentos y sabía aportar las luces de su criterio cuando llegaba la hora de la aplicación de la justicia.

«Cuando los avatares de la vida profesional se convertían en tema, él hablaba sin alardes de sus ejecutorias y ponía un velo caritativo a las incomprensiones de sus impugnadores.

«Francisco no negó jamás su concurso para el engrandecimiento de nuestra profesión; era un ser descomplicado y sin pretextos ante la necesidad de servir, gozaba inmensamente con sus aciertos terapéuticos.

«Esa fue la personalidad de este querido colega que estamos acompañando a su última morada. Hemos de agradecer al Creador los bienes que nos concedió permitiéndonos disfrutar de este benefactor, cuya ausencia nos contrista. Y hemos de pedirle que le premie con la gracia de su santa gloria». Hasta aquí las palabras del doctor Hernando García Gómez.

Sufría y hacía cuanto estuviera a su alcance por lograr el diagnóstico que le condujera a la terapéutica apropiada. Ello lo llevó a puncionar las masas en busca de la “célula guía” que orientase al patólogo por medio de un extendido, procedimiento éste que hoy ostenta el nombre de BACAF. Así sin buscarlas encontramos algunas de nuestras enfermedades tropicales como micosis y otras. Para satisfacción de nosotros los patólogos era de los pocos que llegaban a que le compartiéramos el fruto de nuestras observaciones. Des-

afortunadamente se nos escaparon estos casos que hubiesen podido ser el motivo de publicaciones, hoy tan abundantes.

Calladamente., como fue su vida, sin hacer alardes, sin despedirse, un viernes sesionamos como solíamos hacerlo en el Tribunal de Ética. Al día siguiente fuimos despertados para informarnos que Pacho no había respondido a la llamada de Leo para que se tomara su “primer Sello Negro del día”. Así, jocosamente, se refería al tinto que tanto solíamos degustar.

Bucaramanga, noviembre de 1.986.

PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL TRIBUNAL DE ÉTICA
MÉDICA DE SANTANDER CON MOTIVO DE SU FALLECI-
MIENTO.

DE TIZIANO

FIGURA DISPUESTA DIAGONALMENTE.
¿PORQUÉ SI LA DIAGONAL ES INESTABLE,
LA FIGURA, TAN PLÁCIDA SE ENCUENTRA?
MUCHAS VEZES AL DESPEÑADERO VAMOS SIN
DARNOS CUENTA. PLÁCIDOS DORMIMOS
MIENTRAS NOS DESLIZAMOS CUÉSTA
ABAJO.



H E R N A N D O E S P I T I A S I E R R A



Por circunstancias ajenas a nuestra voluntad hay que reconocer que la historia de la Medicina en Santander aún no puede escribirse por etapas o edades como nos enseñaba la Historia Universal, sino que debe escribirse por capítulos, entendiendo que cada especialista es el único protagonista de cada uno de ellos. Hace unos meses el doctor Max Olaya Restrepo nos daba un buen ejemplo de ello en un artículo publicado en este mismo periódico. Hoy no es nuestra intención revivirlo sino el hacer unos comentarios sobre el desenvolvimiento de la Patología entre nosotros, aprovechando el nombre de un gran colega y amigo que se marcha de la ciudad.

Quizá para algunos de nuestros lectores su nombre sea completamente desconocido, aunque estuvo con nosotros por casi dos años y medio, ya que llegó a Bucaramanga sin la pompa y sin el despliegue periodístico que a veces se acostumbra. El Hospital San Juan de Dios, humilde como él, podemos decir que se constituyó en su casa. Allí pasó sus más largas, penosas y angustiosas horas esperando que junto con el nuevo amanecer arribasen los reactivos y el equipo mínimos indispensables para poner en funcionamiento a toda máquina ese complejo y obsoleto laboratorio. Pasaron nuevas Juntas Hospitalarias, uno y otro nuevo Director hasta completar cinco, y las promesas de auxilio se repetían una y otra vez haciendo revivir momentáneamente un eco y una esperanza, los cuales también con el correr del tiempo se marchaban, dejando solo un vacío de descontento y frustración al ver que la obra planeada no podía llevarse a feliz término.

Quizá por eso el doctor Hernando Espitia no pudo dejarle al Hospital una larga lista de realizaciones, para cumplir con este requisito tan de moda. Sin embargo, puede tener la seguridad que el testimonio de sus inmediatas colaboradoras debe serle más que suficiente y satisfactorio como constancia duradera de una labor cumplida. Algunas de ellas, estamos seguros, lo recordarán con cariño y respeto, porque algo le aprendieron y sólo los verdaderos maestros enseñan sin hacer tanto bombo.

Después del San Juan de Dios fue la Universidad Industrial de Santander su segundo centro de actividades. Fuimos testigos de sus grandes dosis de entusiasmo, de su inquietud. No contento con dirigir al estudiante a pensar sobre los cambios de forma causados por la enfermedad, trataba de guiarlos a que observasen también otros aspectos igualmente morbosos y letales, estudiando lógicamente la dogmática educación universitaria implantada por el poder; como desafortunadamente la mente no tiene las mismas defensas naturales del resto del organismo para contrarrestar estos enemigos, era necesario formarlas, y en ese papel también el profesor debía compenetrarse y comprometerse. Una gran cantidad de alumnos que pertenecieron al ambiente hospitalario de la época, tendrá que hacer justicia algún día a sus profesores y recordar el nombre de este otro Patólogo bogotano que, como él mismo decía constantemente, “puso su granito de arena” para ayudarles en su formación.

Posteriormente su nombre habría de aparecer ligado al desarrollo de los programas de Patología Regional en Barranca, Málaga, Ocaña, San Gil y Socorro. Mas pecaría yo de egoísta si sólo me refiriese al aspecto profesional de este

galeno, pues fueron indudablemente su simpática personalidad, su elocuente poder de convicción, su afable trato, su original espontaneidad que rayaba en el permanente sentido del buen humor para hacer frente a las peores dificultades, las cualidades que constituyeron sin duda atributos de gran valía que repercutieron y seguirán repercutiendo hondamente en el ejercicio de la Patología en Bucaramanga.

Estas frases podrían prolongarse más, pero en realidad mi sola intención es que además de expresar en público cuanto hemos sentido quienes nos consideramos como amigos de Hernando Espitia, ellas sirvan para que permanezcan como recuerdo imperecedero y cuando algún día se quiera hablar de la historia de la Patología en Santander, se deba agregar junto a los nombres de Alfredo Correa Henao, Gustavo Moggollón, Carlos Cortés, Alfonso Martínez y Alberto Carrillo, el del colega que hoy vemos partir, el doctor Hernando Espitia.

Ese es el sentido que trae consigo este mensaje.

PALABRAS PRONUNCIADAS CON
MOTIVO DE SU DESPEDIDA.
MAYO DE 1.973.

HÉCTOR GARCÍA GÓMEZ

(1917 - 1990)





acido en Zapatoca, la ciudad levítica, egresado de la Universidad Nacional, me encontré con él cuando laborábamos en el San Juan de Dios de esta ciudad y él ejercía como cirujano y gineco-obstetra después de haber cumplido su año rural en Bogotá en la Fábrica de Cementos Samper junto con el ya también desaparecido ortopedista doctor Óscar Martínez. Combinaba su actividad en el Hospital con otra diferente en San Camilo; donde como psiquiatra era el encargado de ayudar a los pacientes muy deprimidos mediante la aplicación de electrochoques, terapia de moda usada en aquel tiempo y que había reemplazado, con menos complicaciones, a los choques de insulina. Por eso se decía en mi época universitaria que “los psiquiatras tenían callo en su mano a consecuencia de la electroterapia”. Terminaba su actividad diaria con la práctica privada, casi totalmente desaparecida hoy en día.

También tuve la oportunidad de dialogar con él cuando era miembro de la Junta Directiva en el Comité Zonal de la Liga de Lucha Contra el Cáncer, siendo yo el único patólogo de aquella institución a donde había llegado en 1968 llevado de la mano de Francisco Espinel Salive cuando Gustavo Mogollón, después de diez años, resolvió regresar a Estados Unidos. Fue por su estilo diplomático el encargado de conciliar conmigo una inquietud laboral que tuve; sobra decir que rápidamente resolvimos el conflicto. Con una gran capacidad de trabajo y responsabilidad dentro de un estricto marco de honestidad, se dedicaba a su medicina y sus pacientes.

Amante de nuestra música colombiana, especialmente en la época decembrina, acompañándose con instrumentos de

cuerda y otros varios, junto con sus familiares interpretaban Los Abedules, Mariposita Azul, Pescador Lucero y Río, sus canciones predilectas. Tenía una voz vibrante; en su juventud, seguramente con un poco de bohemia, hizo estremecer muchos corazones, pues pertenecía a una familia de artistas “con buen oído”, como decimos quienes no sabemos mucho de este arte.

Un señor, un caballero; serio, respetuoso; su timidez, como la mía, a veces equivocadamente mal interpretada como signo de superioridad o soberbia, era mitigada cuando entraban en el escenario nuestras esposas. Pues Isabelita, como cariñosamente la llamaban sus amistades, con quien se había unido en matrimonio el 12 de diciembre de 1953, día de la Virgen de Guadalupe, con sus anotaciones y ocurrencias era capaz de cambiar por una sonrisa el rostro poco expresivo del doctor. A mí me sigue sucediendo lo mismo después de treinta y dos años con el mismo ser amado. Tampoco gustaba mucho de las actividades sociales.

Hubo cuatro hijos en ese hogar, todos profesionales: María Emma, colega en el campo de la Patología, la primera en su género en Santander, con quien tuve oportunidad de compartir en el Instituto de Seguros Sociales trabajo y amistad. Ha sido profesora de esta asignatura en las primeras generaciones de estudiantes de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, pertenece al staff de la Fiscal y actualmente es miembro del Honorable Tribunal de Ética Médica de Santander. Excelente profesional, amiga incondicional, buena colaboradora, heredó la simpatía y la sociabilidad maternas. Laura Isabel, fonoaudióloga; seria y dedicada al trabajo como su padre; Héctor Fernando exitoso economista, presidente

de Postobón, y José Luis, comunicador social con estudios de Maestría en Literatura en el Instituto Caro y Cuervo.

Padre estricto de ideas definidas; gustaba de la lectura y diariamente devoraba Vanguardia Liberal, El Espectador, El Tiempo. Leía sobre psiquiatría y humor de aquel que brotaba de la irremplazable pluma de Lucas Caballero, Klim. Escuchaba los programas radiales de la época: El Corcho, La Tapa, Ebert Castro y al Hombre de las mil voces como se llamó a Montecristo. Era excesivamente puntual, según dice José Luis.

Como mi padre, “liberal disciplinado”. Quizás por esta razón hubo un tiempo durante el cual ofrecía consulta gratis en Tona, baluarte de nuestro partido. A pesar de ser una persona reservada gozaba también del don de oír y por ello algunos de sus amigos lo apodaban “el oidor”.

Sus pacientes de San Camilo, Cajasan y la Cárcel Modelo lo apreciaban mucho; según cuentan sus hijos. “En una ocasión el Capellán de esta última, comentaba que el consultorio del doctor García estaba siempre lleno de personas pidiendo consejos mientras su oficina (la del Capellán) se hallaba vacía.”

Fruto de esa entrega eran los cariñosos presentes que antes se nos hacían, a veces con la incomodidad que ocasionaba el tener temporalmente un ave en el consultorio. Hoy son escasos; si llegamos con legumbres, huevos o frutas, es porque hemos tenido tiempo para parar en el supermercado.

Buen miembro de familia disponía de tiempo, además, para visitar diariamente a su madre y sus hermanas. No era una persona de apegos; lo único que siempre cuidó como algo

especial fue su Volkswagen verde jade. El almacén Leo fue finalmente testigo de los encuentros con sus amigos para contarse los aconteceres de este país, que cada día pensamos son nuevos cuando en realidad «nada nuevo hay bajo el sol».

Sin esperarse, su vida se extinguió y solo quedó el recuerdo del padre sincero, comprensivo, del profesional dedicado, del consejero que se valía de sus conocimientos psiquiátricos para ayudar y servir a los demás, y del colega leal y ético.

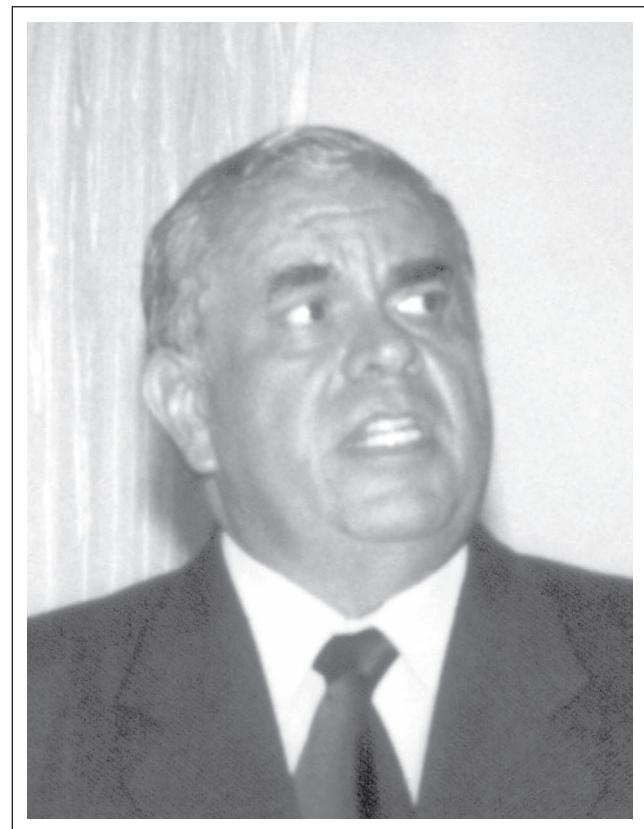
HOMENAJE PÓSTUMO INÉDITO AL PADRE
DE UNA GRAN COLEGA.

JULIO DE 1991

E D U A R D O H A N S S E N

V I L L A M I Z A R

(1954)



Hay presentaciones fáciles como cuando se trata de revelar la vida de alguien, cuando se le honra de algún modo especial; pero hacerlo con fines como el que aquí nos convoca en esta oportunidad, suele resultar más complicado cuando no se tiene la experiencia en este campo como me ha sucedido hoy; porque se trata y así lo entiendo, de motivar a una selecta audiencia a dar un apoyo.

Sería muy sencillo si lo hiciéramos como nuestra clase polígrafa, buscando las debilidades de los demás en contienda, pero mi formación no me lo permite. ¿Qué hacer entonces y por qué acepté la designación que me hizo el doctor Eduardo Hanssen Villamizar para que lo acompañara en esta oportunidad? Lo más elemental sería repetir las palabras del colega columnista doctor Orlando Pinilla y decir: "Nuestro candidato es un hombre de bien".

Desafortunadamente no me conformo totalmente con lo expresado por los demás y siempre quiero ir más adelante. Por ello decidí aceptar esta honrosa solicitud para hablar de alguien, sin el sesgo de una profunda amistad de por medio que podría resultar inclinando la balanza y porque hallé que esta sería una excelente oportunidad para ensalzar la honestidad y el deseo de servicio resultantes de su formación, primero en el hogar y luego complementada en el Liceo Pío X del Socorro, en el Colegio San Pedro Claver y en la Universidad Javeriana, la cual le otorgó su título profesional.

Eduardo hizo sus estudios de postgrado en el Hospital Militar, en el Lorencita Villegas y en el Instituto Franklin D. Roosevelt. Desde su culminación en 1976 se vinculó a

nuestra comunidad santandereana ofreciéndole sus conocimientos a través de los diferentes centros asistenciales de la ciudad, Ilámense San Juan Bautista, Clínicas, Hospitales como el Ramón González Valencia o Institutos como el de Seguros Sociales, a cuyos pacientes ha dedicado su capacidad y entereza profesionales.

Ha incursionado también en la parte administrativa: en la UIS, como Coordinador de Carrera y Especialización; en el ISS como jefe de la División Médica, y como Director de nuestro máximo Hospital. Es miembro titular de las Sociedades Científicas de su especialización y tiene publicaciones en ese campo. Su esposa aquí presente es Ángela Pérez; sus hijas Natalia, Ana María y María Carolina constituyen el ejemplo vivo y reconfortante de esa unión.

En su afán de profundizar en la atención a la comunidad, ahora ha programado cambiar la cátedra universitaria, aspirando a ganar una curul como edil en representación de nuestros intereses desde un punto de vista más social que médico. Por ser Eduardo un hombre práctico no le vamos a pedir muchos compromisos. Queremos resumir en tres puntos nuestra petición:

1. Que como concejal ayude a ejercer un control político sobre la Administración Municipal en cabeza de quien quede, por ser ésta una función del Concejo.
2. Que conforme un equipo que trabaje de una manera organizada y planificada en el mejoramiento y cobertura de la salud y la educación.
3. Que habiendo estado involucrado por tanto tiempo en el área de la salud y conociendo la problemática que la

envuelve, lidere un plan integral, como lo hay en otras ciudades, para que todas las instituciones que deben velar por ella puedan desempeñar su labor sin las incertidumbres presupuestales y dentro de una planificación técnica para evitar los traslados de partidas, equipos físicos y humanos.

Porque lo conocemos, confiamos en su éxito y en su gestión, para que una vez más la satisfacción de la labor cumplida se refleje en su rostro, en el de los suyos y en los de quienes lo estamos apoyando.

Bucaramanga, octubre 16 de 2003

PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL CLUB DE PROFESIONALES CON MOTIVO DEL LANZAMIENTO DE SU CANDIDATURA COMO CONCEJAL DE BUCARAMANGA.

DE VELAZ QUÉ

LA VENUS DEL ESPEJO.
NOS REFLEJA LOS MOMENTOS
EN QUÉ QUISIERAMOS
REGRESAR AL VIENTRE
MATRINO. Y DORMIR
PLACIDAMENTE SIN
LA ANGUSTIA DE DESPERTAR
A LOS AVATARES DE
LA VIDA.



Javier

L U I S E R N E S T O L Ó P E Z

A R D I L A

(1930)



Ka sido costumbre en nuestra Asociación aprovechar este día para resaltar la labor de algunos colegas que se han distinguido, ya sea durante su actividad como colegiados o en el ejercicio del servicio profesional.

No es posible hacer un reconocimiento a todos, porque esta ceremonia se haría fatigante e indeseable y por ello se seleccionan algunos candidatos. Tampoco voy a referirme a todos ellos, sino solamente a quien recibirá hoy el máximo galardón.

Pero antes de hacerlo, quiero que por unos minutos al menos nos olvidemos de toda la problemática que nos rodea y disfrutemos de la alegría y complacencia de los homenajeados, porque las fechas memorables no se han hecho para lamentaciones sino para celebrar las satisfacciones.

Cuando propuse ante mi Junta Directiva los nombres de los doctores César Uribe Piedrahita y Luis Ernesto López Ardila, encontré que no eran familiares para mis colegas; por ello me impuse como tarea el recopilar algunos datos informativos.

César Uribe Piedrahita fue un médico antioqueño graduado en la Universidad de Antioquia, quien al decir de Alfonso Bonilla Naar “con su microscopio al hombro anduvo por las tierras del Chocó, Bolívar ó Atlántico, siempre al servicio de la comunidad, en contacto con los desamparados y su predilección por la Parasitología y Protozoología, siendo el fundador de esa cátedra y del Departamento en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, habiéndola regentado brillantemente durante catorce años”.

«En nuestro país además dirigió el Instituto Nacional Samper Martínez y fundó los laboratorios CUP, así llamados por las iniciales de su nombre. También fue autor de La Mancha de Aceite y Toá, además de ser músico, dibujante, acuarelista, tallador de madera, escritor, poeta y maestro. Pasó por Harvard donde siempre lo trataron como un niño mimado. En Egipto el Rey Farouk lo distinguió con un pergamo». En su memoria la Federación Médica Colombiana estableció la condecoración así reconocida.

Luis Ernesto López Ardila nació en Bucaramanga, el 9 de marzo de 1930; fue bachiller del Colegio Santander en 1948 y se graduó como Médico en la Universidad Javeriana en 1956, siendo sus compañeros de promoción, entre otros, Gonzalo García Gómez, mi médico de cabecera Carlos Guarín Rueda y Cristian Pinto.

Con su diploma a cuestas, llega a Bucaramanga en busca del rural que lo lleva al totalmente desaparecido Sanatorio Antituberculoso, hoy día convertido en parqueadero del Servicio Seccional de Salud, entonces bajo la dirección del ya forzosamente retirado, doctor Rafael Moreno Peñaranda. Allí con su constancia, dedicación y estudio se gana la confianza de los enfermos al obtener estos una atención de tipo integral, la cual ha sido disociada por la moderna medicina.

Cuando más tarde se inicia el servicio de cirugía del tórax con la orientación de quien hoy día se considera su mejor amigo, el doctor Elio Orduz Cubillos, se convierte el doctor López en el auxiliar indispensable e incansable en el equipo quirúrgico e insustituible en los postoperatorios, pues sin ser cirujano los seguía muy de cerca y meticulosamente.

Allí laboró por espacio de 17 años habiéndole correspondido trabajar con los doctores Mario Acevedo Díaz, Hernando Sorzano González y Elio Orduz Cubillos, directores en aquella época del Hospital San Juan de Dios, del cual dependía el Sanatorio. Él mismo dice que lo retiraron cuando llegó el famoso Frente Nacional porque era una pieza sobrante en aquello de la milimétrica paridad, entendida solamente por nuestra clase política. Nunca se conocerá ampliamente la labor allí desarrollada por un equipo que trataba de ayudar a esos enfermos, cuando se creía que los procedimientos invasivos podrían contribuir a la terapia de la TBC.

Afortunadamente disponía de otro sitio de trabajo al cual se había vinculado también desde 1958, la Clínica La Merced. Estas instituciones han sido testigos de su consagración al paciente, que incluía no solo la cura de sus dolencias físicas, sino también el soporte psicológico en los momentos de crisis porque como dice el doctor Orduz, tiene "el don de escuchar a los enfermos, antes de formularlos presurosamente". Quizá sus historias clínicas, como las de la mayoría de los médicos, fuesen cortas, solo un resumen, pero sus interrogatorios eran extensos. Y por eso quizá aliviaba antes de que se iniciase la terapia.

Durante los actos quirúrgicos participaba de la seriedad que imprime la tensión de los quirófanos, hoy disimulada por los ritmos musicales o por apuntes de diversa índole. Estos los compartía el doctor López en los tintaderos donde se actualizó mucha crónica de la Bucaramanga de hace treinta años, y en los cuales salía a relucir su personalidad inteligente y vivaz, con una respuesta a flor de labios que a veces rayaba, sin herir, en el sarcasmo.

El otro campo de su actividad estuvo en la práctica privada, totalmente exitosa, ya fuera en su consultorio de la Carrera 18 o en las visitas domiciliarias, cuando era requerido. Dice que por ello no tuvo tiempo para ejercer otros cargos, aunque el doctor Jorge Ordóñez Puyana le hizo una oferta de empleo cuando el ISS abrió sus oficinas en Bucaramanga.

Nunca tuvo quejas de sus pacientes por mala atención y por ello su numerosa clientela le permitió total independencia. Ejerció una medicina práctica, sin ser temeraria, procurando no someter al paciente en forma innecesaria a los rigores de la tecnología moderna. Cuando remitía enfermos cuya situación no podía solucionar, no esperaba ser llamado para compartir otros intereses diferentes a los académicos.

Luis Ernesto López pertenece a aquel grupo de profesionales que sin practicar la docencia en el ambiente universitario, enseñó con su ejercicio honesto y responsable, sin aspiraciones económicas. Ello convence más que todo un arsenal de filminas o frases repetidas a veces maquinalmente.

Sus dos únicos puestos, ad honórem, fueron el de médico de la primera división del Atlético Bucaramanga, cuyas vicisitudes algunos lunes compartía con el colega Antonio Vicente Amaya, ex-directivo de esa divisa, y el de tesorero del Colegio Médico de Santander, habiéndose desempeñado en este último por veinte años, tiempo suficiente para una jubilación. En la práctica no la recibió, por ser el único empleado y estar fuera de nómina; debía actuar además como secretario y cobrador de tiempo completo, pues personalmente o por teléfono desempeñaba estas labores. Además trató de promocionar la afiliación al Colegio, por lo cual a veces recibió fuertes recriminaciones.

Recuerda Juntas Directivas presididas por Julio Vanegas Ramírez, Elio Orduz Cubillos, Armando McCormick Navas y Ángel Octavio Villar. Las cuentas eran religiosamente estrictas, sin contadores públicos ni revisores fiscales; él mismo recibía, daba las constancias, consignaba, relacionaba y siempre en las Asambleas hubo informes de tesorería.

Por este servicio a nuestra asociación se ha solicitado la presente distinción, pues este tipo de funcionarios, indispensables para la supervivencia de las Instituciones, es cada vez más escaso.

A sus colegas les ha dado buen trato, reconoce sus méritos a quien los tiene, se alegra por sus triunfos y sus satisfacciones, los acompaña en los momentos de pena. Su concepto de la amistad es tan sagrado que en su ánimo no tiene cabida la falsa adulación, como suele ocurrir hoy día entre los integrantes de un mismo equipo interdisciplinario.

Acostumbraba celebrar citas semanales con sus amigos; muchos jueves lo vimos departiendo en estas instalaciones con los colegas Aníbal Serrano, Álvaro Africano, Gregorio Mantilla Cadena, Ernesto Serrano Pinzón, Miguel Daccaret, Mario García y otros más con deseos de relajarse.

Aunque su afición favorita es la música, muchos sábados lo vimos por la carretera del Mortiño, rumbo a San Antonio en maratónica carrera con el pretexto de hacer compras. Otro de sus dominicales pasatiempos era la ida al Alfonso López a ver jugar football.

Formó en 1960 un hogar con Lucila Gómez a quien él mismo describe como “pintora y pianista”, fue este hogar otro orgullo más en su existencia. Tres hijos médicos son el

resultado de una vida dedicada a su familia y fundamentada en un buen ejemplo y alto sentido de responsabilidad. Son ellos Luis Ernesto, Cirujano General; Jorge Iván, también médico, en entrenamiento de postgrado en Cirugía Reconstructiva y Estética en México, y Jaime actualmente en su año rural. En criterio de uno de ellos, es un padre libre de egoísmo, bondadoso y generoso.

Ante la pregunta que le formulase acerca de si algo le había fallado en la vida, sin vacilar respondió: “Creo que estoy realizado”.

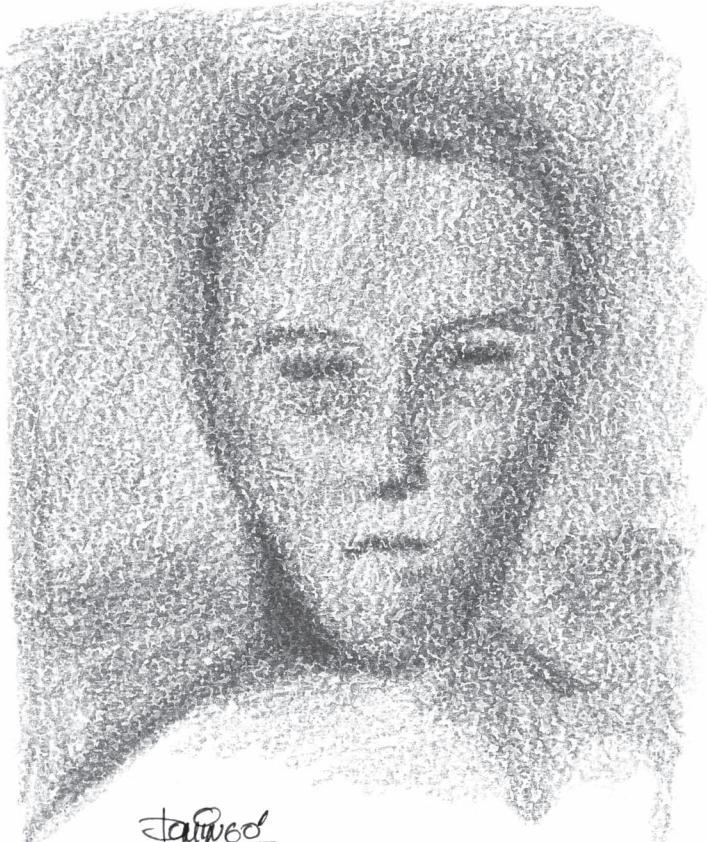
Colegas, señoras y señores: éste es el doctor Luis Ernesto López; un hombre sencillo, un profesional honesto, un colegiado cumplidor, un buen esposo, un padre responsable y un gran amigo.

Bucaramanga, 2 de diciembre de 1994.

DISCURSO EN EL CLUB DEL COMERCIO PRONUNCIADO
EL DÍA DEL MÉDICO, CON MOTIVO DE LA IMPOSICIÓN
DE LA MEDALLA CÉSAR URIBE PIEDRAHITA.

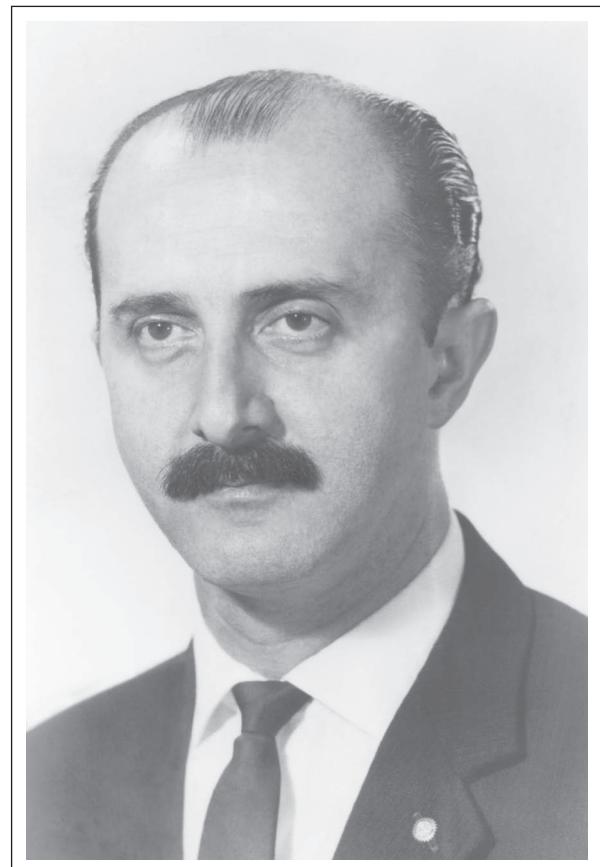
DE SEURAT

A PRIMERA VISTA UN DIBUJO
DE SEURAT PARECE UN TROZO
DE PAPEL ENNEGRECIDO Y SUCIO
PERO EN SEGUIDA SI SOMOS ATENTOS
EMPEZAMOS A ADVERTIR LA FEROZ
LUCHA DE LA LUZ POR EMERGER
Y GANARLE A LA OSCURIDAD. COMO
EN LA VIDA NOS PASA, LUCHANDO
POR ENCONTRAR LA LUZ. EL
SENTIDO DE NUESTRAS VIDAS.



ARMANDO MCCORMICK
NAVAS

(1924 - 1981)



Olvidando la modestia pedí que se me permitiese ofrecer este sencillo pero sincero y cálido homenaje por ser él un colega, un amigo, a quien además debo el privilegio de ser Rotario. Su vida fue corta desde cualquier ángulo que se le mire. Murió sin llegar a la total madurez; a los 57 años, cuando aún podía brindarnos mucho como profesional de la medicina y como Rotario.

Algunas personas actúan a título personal y calladamente; otros se reúnen bajo un emblema y una filosofía en una sociedad o en un club de servicio. El método es lo de menos; lo importante es hacer algo por nuestros semejantes sin olvidar, eso sí, que la caridad debe empezar por casa.

Armando McCormick Navas nació en Bucaramanga el 1º de febrero de 1924 en un hogar formado además por otros cuatro hermanos, dos hombres y dos mujeres. Su infancia transcurre bajo la tutela de sus padres Samuel y Amelia, así como el aprendizaje de las primeras letras. Ingresó más tarde al Colegio Santander, el del parque del Centenario, donde obtiene el título de mejor bachiller en 1943; esta distinción le permite entrar sin examen a la Universidad Nacional donde se gradúa de Médico Cirujano, el 12 de diciembre de 1950 con la tesis titulada Observación clínica sobre anestesiología y cardiología.

Para ese entonces ya lo seguía la inseparable compañera de su vida, Libia Ramírez Correa, con quien había contraído matrimonio el 30 de septiembre de ese mismo año. Más tarde vino a hacerles compañía Adriana en calidad de hija.

Se especializa para llegar a Bucaramanga en 1951 a ejercer su profesión como Jefe de Servicios de Anestesiología en el desaparecido Hospital San Juan de Dios, hoy Instituto Quirúrgico. Sirvió a Bucaramanga siendo Director del Hospital San Juan de Dios en 1960, como Alcalde de la ciudad en 1965, Director del Hospital Ramón González Valencia en 1977 y como miembro del H. Concejo Municipal.

Fue Presidente de la Sociedad de Mejoras Públicas, fundador de la Cooperativa de Profesionales de Santander, del Club de Profesionales y del Colegio Médico. En dos oportunidades colaboró con el Departamento, como Secretario de Higiene en 1964 y posteriormente como Director del Servicio de Salud de Santander en 1968.

En el rotarismo Armando recorrió todos los puestos de servicio durante los cinco lustros que perteneció al Club y en el desempeño de todos ellos puso el amor, el entusiasmo y la simpatía que le producían el entregarse a servir a los demás. Por doquier iba pasando supo sembrar amistad, comprensión. Como dijo Gerardo Mantilla “fue un peregrino de la fe y el amor, un mensajero de la paz, que sufrió y se dolió de la indiferencia de sus semejantes”.

Como esposo, en concepto de Libia, fue un hombre complaciente, sin frustraciones, sin nada de que arrepentirse en la vida, a quien nunca se le vio malhumorado porque sabía controlarse. Todo lo disimulaba y nada lo desalentaba; su mayor cualidad era la prudencia. Aunque sus hobbies eran la pintura y la guitarra podía suspenderlos en cualquier momento si alguien acudía en búsqueda de su ayuda; no sabía inventar excusas, y agrega ella “Armando vivió su vida plenamente y en ella no hubo espacio para el aburrimiento”.

Fue un político elegante de aquellos no muy comunes hoy día. Como médico fue un verdadero colega, sencillo, honesto, jovial, presuroso. Para él no existían distancias; el tiempo tampoco fue obstáculo para atender a quien le solicitaba.

Además, como dijo el compañero Pieschacón, “Por su altísima profesionalidad, si todos los médicos fuésemos como él no habría necesidad de hacer normas para indicarles a los discípulos de Hipócrates dentro de qué marco ético deben desenvolverse”.

Mediante la anestesiología y la cardiología transitó por este mundo siempre haciendo el bien como reza el evangelio. Aplicó su afán de servir proyectándolo en el mundo Rotario y consideró el cumplimiento de esta filosofía como puente para acercarse a los demás.

Aún ya enfermo, acudía a su biblioteca rotaria a dirigir los grupos, pues como lo describió Luis Sarmiento “Fue infatigable apóstol del bien que no daba término a sus jornadas filantrópicas; el sabio conocedor de cuantos conocimientos acumuló el rotarismo en tres cuartos de centuria; el hombre incapaz del más ligero comentario desfavorable ante las fallas de sus compañeros”.

Es este, compañeros rotarios, señoras y señores, un breve recuento de un hombre a quien aprecié como colega y amigo y a quien tanto admiré como Rotario. Es probable, como decía Harri Libelson, periodista norteamericano, “que se desarrollen computadores de redes neurales que se encarguen de pensar por nosotros. Es posible que ello sea una perspectiva que nos atemorice pero que inevitablemente tendrá que ocurrir”.

Sin embargo, para que simultáneamente se fomente el amor a la comunidad, a la poesía, a las artes y se estimule el desarrollo de la sensibilidad humana, se requerirán compañeros como Armando. “De lo contrario es posible que en el futuro hayamos logrado un mundo muy avanzado, pero frío y sin calor humano”.

Bucaramanga, 29 de marzo de 1990

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CLUB DEL COMERCIO
CON MOTIVO DE LA CONFERENCIA DEL DISTRITO
ROTARIO.

G U S T A V O M O G O L L Ó N

S Á N C H E Z

(1926)



Para dar cumplimiento al deseo expresado en la última reunión del año pasado de conmemorar el día Panamericano del Médico y despedir el año, solicité a la Honorable Academia de Medicina, Capítulo de Santander, que en esta oportunidad dedicáramos dicha sesión a traer algunas anotaciones con motivo de los treinta años de la Anatomía Patológica en Bucaramanga. No pretendía que se nos permitiera hacer un pormenorizado recuento histórico de mi especialidad, sino un público reconocimiento a un colega, quien aparentemente actuando en contravía, había emigrado de la capital a la provincia para abrir el primer servicio de Anatomía Patológica en el Oriente Colombiano y con quien tuve la oportunidad de trabajar algunos años, antes de mi entrenamiento formal en esta especialidad.

Entonces, el Académico Presidente resolvió que sería más cómodo para él y más honroso para mí, ciertamente, permitirme hacer la presentación de nuestro invitado especial en la noche de hoy, el doctor Gustavo Mogollón Sánchez. Mis pocas dotes de historiador, estoy seguro, sólo me permitirán hacer un sencillo pero breve recuento, a mi manera lógicamente, sobre los albores de esta rama de la medicina, tan querida por quienes la practicamos, tan alabada por quienes la entienden y a veces tan poco comprendida por otros, alegando la veracidad de aquello que “nosotros todo lo sabemos pero tardíamente”.

Pero veamos en palabras de un verdadero historiador cuál era el panorama médico desde este ángulo, antes de la llegada del doctor Mogollón: “La anatomía patológica la establece-

mos como la primera ventaja positiva del Congreso de Gastroenterología (1951); es el propio profesor Alfredo Correa Henao quien nos ofrece, junto con Ignacio Vélez Escobar, Decano entonces de la Facultad de Medicina de Medellín, procesar todo material que fuera enviado de Bucaramanga. El ochenta por ciento gratuitamente y un poco de material pagado, cuando los pacientes fueran de clientela privada. Puedo asegurarle que en siete años que funcionó el correo aéreo entre Bucaramanga y Medellín, se enviaron más de dos mil piezas de laboratorio a la Facultad donde usted se hizo doctor en Medicina. Solamente el doctor Primitivo Rey Rey, ejemplo de modestia profesional, envió más de ochocientos cuellos uterinos en biopsias. Yo remití a Medellín, cerca de cien biopsias hepáticas, método diagnóstico que introduce a Santander y muchos otros médicos, cirujanos y las ortopedistas las enviaban a Bogotá y algunas veces al olímpico, distante y antipático, Instituto de Cancerología. Junto con el doctor Gilberto Peralta Vega, infortunadamente fallecido, enviamos piezas enteras de autopsias, burdamente hechas en el cuarto del olvido”. Hasta aquí las palabras del nunca olvidado doctor Max Olaya Restrepo.

Entre tanto la Junta de la Beneficencia Municipal de Bucaramanga trataba sin éxito de conseguir entre los médicos de la ciudad alguien que quisiese dedicarse a la Anatomía Patológica, buscando con ello la estabilidad del servicio. Mientras yo asistía al Instituto de Patología en el Hospital San Vicente de Paúl de Medellín, en calidad de preparador en 1957, tuve la oportunidad de describir algunos especímenes de los mencionados por el doctor Max Olaya y también de conocer en este intento, que a la postre resultó fallido,

al doctor Carlos Guarín Rueda quien infructuosamente en dos oportunidades trató de iniciarse en la especialización de la anatomía patológica sin ningún éxito, por razones que no son del caso considerar, constituyéndose así en el primer patólogo frustrado de nuestro departamento.

Posteriormente en unas vacaciones charlé con las directives del Hospital San Juan de Dios para comunicarles mi afición, al parecer innata, a la anatomía patológica, tratando de hacerles comprender cómo yo podría ser el candidato que afanosamente buscaban y que solo requería de algún apoyo. Desafortunadamente la falta de confianza en lo nuestro dió al traste con mis aspiraciones de convertirme en el primer patólogo, cronológicamente hablando, de mi departamento.

Llegó así 1958 y este año trajo al doctor Gustavo Mogollón a Bucaramanga. Se sabía que era Patólogo, bogotano de pura cepa, que se había Doctorado en Medicina en la Universidad Nacional de Colombia a donde había llegado después de terminar su bachillerato en el Colegio Camilo Torres de esa capital; También que su acento extranjero era bostoniano pues había hecho un *fellowship* en esa ciudad en la Universidad de Harvard, en el Massachusetts General Hospital.

De allí no solo había traído sus conocimientos de anatomía patológica, sino también a su esposa Mary y parte de su familia. Para él era muy familiar el nombre de Arthur Hertig que apenas nosotros empezábamos a balbucear. En su corto paso por Bogotá se había vinculado a las facultades de Medicina y Odontología de la Universidad Nacional, como profesor asociado de Patología.

También había sido fundador de la Sociedad Colombiana de Patología como consta en la segunda acta de dicha Sociedad,

fechada el 20 de julio de 1956, reunida en el Paraninfo de la Universidad de Cartagena.

Este era el colega que llegaba a Bucaramanga a iniciar una nueva etapa en su vida y en la del Hospital San Juan de Dios, con la ardua misión de hacer comprender a sus colegas que los especímenes quirúrgicos antes de servir de alimento a los cuervos debían ser examinados adecuadamente para poder brindar alguna garantía pronóstica a los pacientes.

Se estudiaron entonces las primeras piezas en nuestra ciudad y se hizo la primera necropsia realizada por un especialista. En el primer año son 357 los estudios; en 1959, 1.127 y en 1960 ya el número asciende a 1.351. Se practicaban alrededor de veinte necropsias anuales que se utilizaban para las diversas conferencias Clínico Patológicas C.P.C. o de mortalidad. Además se programaron ruedas médicas en ginecología y cirugía y se constituyó el comité de tejidos.

Así, a la vez que el laboratorio de Anatomía Patológica se fue ampliando porque lo exigía el trabajo y aparecían nombres de coloraciones especiales hasta entonces desconocidas en nuestro medio, era usual encontrar al señor Alberto Mogollón, el mejor colaborador de su hermano el doctor Gustavo, alternando en los procedimientos de inclusión, cortes, coloraciones o en el revelado de filminas que se utilizarían en las diversas presentaciones.

Es preciso, además, reconocer que gracias al modo de ser de Gustavo Mogollón, siempre dispuesto al diálogo, al buen trato, a colaborar, a enseñar, se creó una atmósfera muy agradable alrededor de las pequeñas pero eficientes instalaciones del San Juan de Dios, hoy parcialmente ocupadas por Medicina Legal, a donde constantemente llegaban los colegas

a indagar sobre sus casos y en ese medio de sana camaradería se discutían armónicamente conductas y se programaban terapias quirúrgicas, a las cuales era invitado forzoso el ya fallecido doctor Francisco Espinel Salive.

Algunos de los académicos aquí presentes fueron testigos de esta actividad que fue complementada con la organización de los primeros seminarios sobre el cáncer en Bucaramanga y las revisiones que se hicieron sobre micosis profundas, enfermedades renales y otros tópicos. Desafortunadamente estos trabajos no se publicaron por lo cual hoy día se cree que todo es nuevo.

Fueron innumerables los primeros casos que se diagnostican; hasta uno de cáncer del seno en un hombre, lo recuerdo; tumores hasta entonces raros, collagenosis, etc., en fin, casi todos los capítulos de la patología se fueron llenando con los nombres de pacientes santandereanos, desgraciadamente.

Se aprendió el verdadero significado de la biopsia por congelación y su uso estuvo racionalizado desde un comienzo, gracias a los esfuerzos del patólogo. Interpreté yo que el doctor Mogollón, saliéndose de los esquemas tradicionales, quería que ella fuese debidamente programada y con un fin específico para evitar que se abusase de este método de diagnóstico.

Pude entender que la biopsia por congelación era una interconsulta que hacía el cirujano al patólogo y que éste estaba dispuesto a contestar oportunamente pero dentro de ciertas condiciones; por eso se programaba de común acuerdo y no como suele hacerse hoy día cuando es el cirujano quien inconsultamente la indica y la programa.

Aunque sin patentarse ví que aquí en Bucaramanga se ideó el “micrótomo ambulatorio”; el mismo de deslizamiento que era llevado al sitio donde se intervenía quirúrgicamente; mucho más rápido y práctico este método que aquel de llevar o enviar el tejido a un centro diferente. Debo confesar que aún practico este método del micrótomo ambulatorio en las cada vez más limitadas biopsias por congelación.

Empezó también, gracias a su empeño, a conocerse más sobre la citología y sus múltiples usos; aprendieron nuestros colegas que con las muestras de líquidos para que el Laboratorio Clínico las clasificara como exudado o trasudado, había que tomarse una extra para el patólogo; se puso de moda el “cell block”, anglicismo de la inclusión del sedimento en parafina. Es curioso, me hacía notar uno de los prestigiosos cirujanos de la ciudad, cómo el académico enfrentamiento que usualmente se presenta entre patólogos y cirujanos, como tuve la oportunidad de vivirlo primero en la Universidad de Antioquia y después en los Estados Unidos, en Bucaramanga era distinto pues aparecía entre patólogos e internistas.

Aquellos miraron con buenos ojos el hecho de que alguien viniese en su ayuda; éstos se mostraban recelosos de la intromisión de alguien más en sus diagnósticos; aquellos lo aceptaban; éstos trataban de rechazarlo pasando por alto opiniones y de pronto se amparaban en la socorrida frase: “a pesar de la autopsia sigo creyendo que este paciente también padecía...” En fin, no es mi interés avivar hechos que fueron motivo de discrepancia; solo los menciono tratando de ser fiel a la verdad.

Quien les habla estuvo a partir de 1961 con el título de residente en su compañía y por cerca de tres años, largos para el

doctor Mogollón y cortos para mí, traté de ser su compañero de equipo. Mas limitémonos a hablar de él.

Durante este tiempo el doctor Mogollón, al integrarse íntimamente a nuestra comunidad colaboró además en la fundación del Comité Zonal de Lucha Contra el Cáncer, siendo posteriormente su Presidente en el período de 1965 a 1966 y puso todo su empeño en que la actual Liga de Lucha contra el Cáncer tuviese desde entonces su equipo de citologías; "gracias a su motivación y empeño viajaron a entrenarse en Bogotá Elsa Correa de Reyes y Martha Mora de Galvis, quienes fueron las primeras citotécnicas de nuestra Liga y también de la ciudad".

Su ánimo de servicio lo llevó a incursionar en el Club Rotario de Bucaramanga siendo secretario, Presidente entre 1966 a 1967 e integrante del Comité de Programas del Distrito. Igualmente dejó sus discípulos en la Carrera de Bacteriología en la llamada en aquel tiempo Universidad Femenina de Santander.

Las ciudades de San Gil, Socorro, Barrancabermeja y Cúcuta fueron testigos de sus conferencias.

Puede decirse sin temor a exagerar que su estadía en la Ciudad de los Parques fue muy prolífica en casi todos los aspectos, pues además de haber hecho cuanto someramente les he contado tuvo dos hijos bumangueses, Michael y Steven.

Mientras vivió en nuestra capital, dedicaba el escaso tiempo libre de los fines de semana a la pesca con sus amigos del Club Los Sábalos, aportando su consabido cake; también practicaba el tenis en el Club Campestre.

Más al parecer no todo fue color de rosa para la familia Mogollón y por eso a pesar de la insistencia de sus colegas y amigos para que permaneciesen con nosotros, en 1967 abandonaron a Bucaramanga.

Años más tarde regresó en un viaje relámpago a nuestra ciudad en 1983, para dictar la primera charla seria sobre el SIDA en el auditorio de la Clínica Bucaramanga.

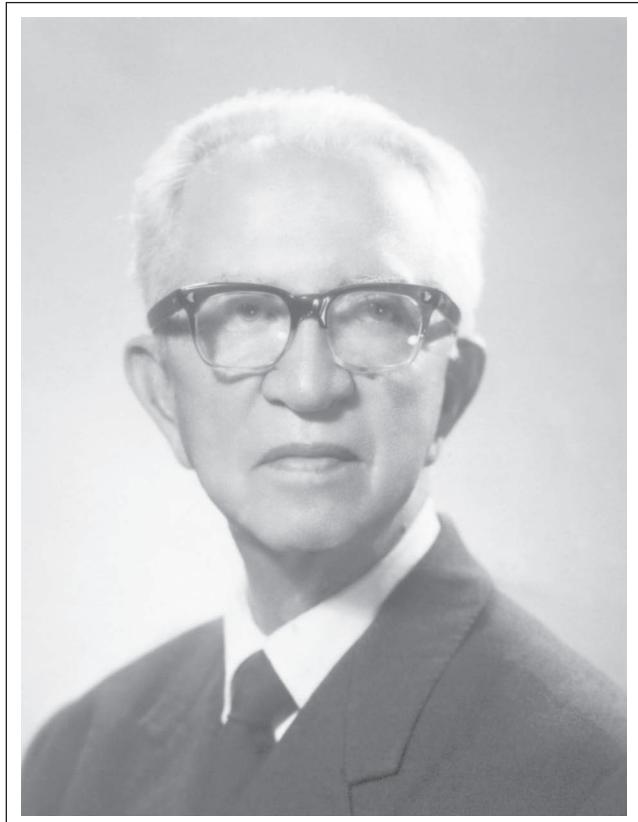
Sería demasiado fatigante para los presentes someterlos a la narración de lo que siguió en el campo de la anatomía patológica después de la partida del doctor Gustavo Mogollón y por eso prefiero cortar aquí mi intervención dejando esos capítulos para una próxima oportunidad. Solo quería hacerlos partícipes por un momento de estos sentimientos de admiración y reconocimiento al primer director del Departamento de Anatomía Patológica que hubo en Bucaramanga y hacer resaltar que su llegada en 1958 fue un hecho de gran trascendencia, que no puede pasar desapercibido y que al hablar de esta rama de la medicina en Santander, indiscutiblemente debe destacarse el nombre del doctor Gustavo Mogollón Sánchez.

Bucaramanga, 9 de diciembre de 1988.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CLUB DEL COMERCIO
CON MOTIVO DE LOS 30 AÑOS DE LA CREACIÓN DE LA
PRIMERA UNIDAD DE PATOLOGÍA DE BUCARAMANGA.

LUIS ALEJANDRO NOVA
CARREÑO

(1894-1984)



ndudablemente al hablar de la Medicina en el Socorro debe mencionarse con toda razón el nombre del Colega doctor Luis Alejandro Nova pues él ha estado estrechamente ligado a esa tradicional ciudad desde 1926 cuando llegó allí a ejercer su noble profesión. En todo este lapso son muchos los acontecimientos que se desenvuelven y que darían tema suficiente para varios artículos; sin embargo solo es mi deseo recordar algunos hechos de la vida de este notable profesional quien ejerció su actividad por algo más de sesenta años, tiempo durante el cual se dice que recibió a través de su actividad alrededor de 30.000 niños.

Había nacido en Mogotes, hijo de Valentín Nova Sierra y Posidio Carreño Arenas; fue bachiller del Colegio de Boyacá en Tunja donde se graduó con honores después de haber sido eximido de presentar exámenes finales gracias a sus notas.

Médico egresado de la Universidad Nacional y graduado el 23 de agosto de 1924, contrajo matrimonio el 7 de enero de 1939 con Sofía Rodríguez Plata. Fruto de esa unión fueron Luis Gerardo, administrador de empresas, quien me ha suministrado algunos de los datos que aquí aparecen, y Alejandro Jaime, quien es mi colega de profesión.

Pues bien, en 1929 apenas hacía dos años que el doctor Nova se había instalado en el Socorro devengando el fabuloso sueldo mensual de \$1.500, cuando allí se presentó una epidemia de una enfermedad que al principio se creyó similar a la gripe de 1918; algunos pacientes presentaban “un cuadro febril y morían”, nos dice el doctor Nova.

Sin embargo, él y su consocio, el doctor Luis E Gómez, no estaban satisfechos con ese diagnóstico y empezaron a estudiar la posibilidad de achacarle a otra entidad la causa de estas muertes. Así fue como resolvieron practicar una necropsia con el fin de ver qué luces podría traerles. Los hallazgos de un “hígado grande amarillo, un corazón en hoja muerta y hemorragias en el aparato digestivo”, de acuerdo con lo que el doctor Nova leía en un libro de medicina francés mientras sus colegas tenían el cuerpo abierto, fueron concluyentes para definir que se trataba en realidad de la Fiebre Amarilla.

El entonces Ministro de Higiene, envío a los doctores Roberto Serpa y Rafael Ordoñez, éste último médico laboratorista y a Rubén Carrizosa, como saneador, para que investigasen lo que allí sucedía pues ya la atención pública se estaba enfocando hacia la provincia del Socorro. Como era lógico algunas otras posibilidades habían de contemplarse antes de dar el veredicto y entonces se pensó en la Ictericia Hemorrágica, entre otras causas. Sin embargo, las observaciones y estudios posibles en ese entonces, concluyeron que efectivamente la primera aseveración del grupo de Nova estaba en lo cierto. Se dice que alrededor de unas 34 personas del Socorro perecieron víctimas de esta enfermedad, aún presente hoy día en nuestro suelo colombiano. Naturalmente, que dada las tres formas clínicas que se describían, leve, grave y gravísima, algunos sobrevivieron y entre estos afortunados está el mismo doctor Nova, quien más tarde habría de contraer la enfermedad.

Este es uno solo de los rasgos de la vida de este profesional. Posteriormente podríamos hablar del servicio de Maternidad en el Hospital del Socorro, fundado hace 28 años por

el doctor Nova, preocupado por la incomodidad resultante de la atención de las maternas en sus casas y por los riesgos desde el punto de vista legal cuando se presentasen complicaciones, aunque en esa época no existían muchas escuelas de derecho. Actualmente él continúa como miembro activo de ese departamento atendiendo partos a cualquier hora, no obstante su avanzada edad.

Si es en otros campos, también estuvo trabajando como Concejal del Socorro. Su labor social le ha valido varias condecoraciones, como la Cruz Jorge Bejarano. Fue miembro de la Academia de Medicina, Capítulo de Santander.

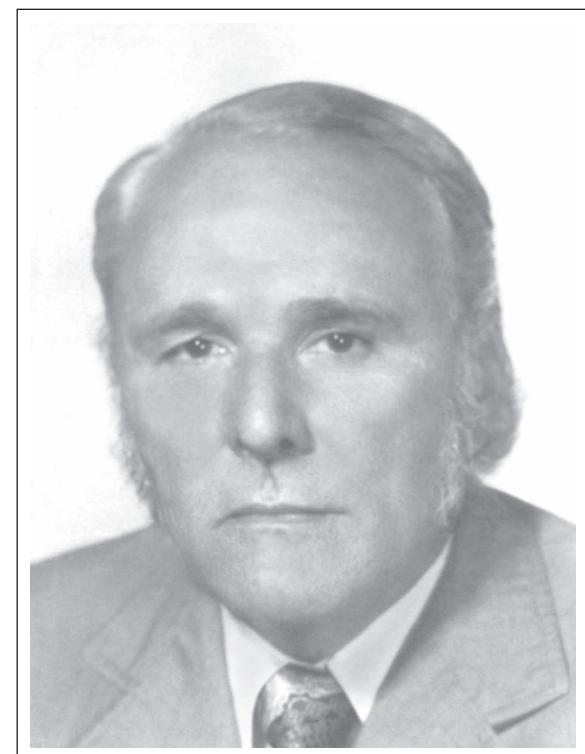
Así habría infinidad de aspectos por mencionar en la vida de este honesto profesional. Mas nuestra intención solo era el traer a la luz del día el nombre de un colega que ha dedicado su vida íntegra a servir a una comunidad que hoy se siente orgullosa de tenerlo en su seno.

Bucaramanga, Marzo de 1972, "El Frente".

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL PERIÓDICO "EL FREnte",
A RAIZ DE HOMENAJE RENDIDO EN DICHA FECHA POR SUS
BODAS DE ORO PROFESIONALES.

JORGE ORDÓÑEZ PUYANA

(1924 - 1998)





acido en Bucaramanga del hogar formado por Enrique Ordóñez Cornejo y Eugenia Puyana Us-cátegui, perteneció al grupo de cirujanos clásicos tradicionales.

Terminó sus estudios médicos en la Universidad Nacional de Colombia. Su tesis de grado fue “La Anestesia Local por Infiltración en Algunas Intervenciones Tocoginecológicas”. Trabajó en el Hospital San Juan de Dios de Bucaramanga desde 1948 como interno residente en servicios generales. El año rural lo hizo en 1949.

Contrajo matrimonio con Hilda Parra el 20 de octubre de 1951 y sus hijos fueron Gabriel, quien heredó no solo su especialidad de cirujano general, sino también su subespecialidad de gastroenterólogo; Juan Carlos, administrador de empresas; Jorge dedicado al comercio; Alfredo ingeniero civil y María Claudia odontóloga.

Era serio, rígido, pero amable en el trato, con una mezcla de señorío, cultura y calor humano como lo pude sentir yo cuando recién llegado en 1960 hacía de ayudante de Gustavo Mogollón, el primer patólogo que tuvo Bucaramanga. En una de las salidas de mi jefe en los usuales fines de semana de pesca, tuve que afrontar una biopsia por congelación de un posible tumor de las vías biliares. Hice el diagnóstico de malignidad, pero el doctor Ordóñez, quizás vió cierta duda en mi rostro de principiante en estas lides pues en realidad no tenía todavía mi especialidad, sugirió que se enviara el caso en consulta a Bogotá, lo cual se hizo y para inflar mi ego, hubo acuerdo con mi diagnóstico.

Posteriormente tuve un mayor contacto con él; pues era médico de la familia de mi esposa y pacientemente tuvo que aguantar muchas ocurrencias de Rebeca Cornejo de Solano, esposa de Irenarco y abuela de María Isabel Buitrago Solano, quien sobresalía por sus apuntes oportunos y las exageradas descripciones de los signos y síntomas de las enfermedades que la iban acechando.

Sus pacientes concuerdan en afirmar que sus prescripciones médicas siempre eran complementadas con grandes dosis de comprensión, confianza y consejos que transmitía a sus pacientes y estos mensajes, según Hermes Mogollón, no se perdían del todo.

Alguien decía que Jorge Ordóñez era el médico que en más empresas había trabajado: Avianca, Banco Santander, Forjas de Colombia, Hilanderías del Fonce, Nacional de Cigarrillos, Urbanas, gerente de la Clínica Bucaramanga, gestor de la Clínica Santa Teresa, presidente de la Junta Directiva del Club del Comercio, etc., no porque buscara esos cargos, sino porque se lo solicitaban.

Buen clínico, muy discreto. Juan Carlos dice que “su padre era tan reservado como una tumba”. Fue pionero de la endoscopia en Santander, cuando estos equipos eran rígidos y escasos, pero quienes los poseían sí habían aprendido no solo a manejarlos sino a hacer uso adecuado de ellos. En esa época llegaba la tecnología pero dosificadamente, y su utilización era más racional que actualmente.

Fue el creador del Departamento de Gastroenterología en el Hospital San Juan de Dios en 1961 y quien practicó en Bucaramanga la primera cirugía de colectomía total como

tratamiento para una colitis ulcerativa idiopática grave; este caso fue publicado en la revista universitaria de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Era no solo un estudioso de su profesión y de su especialidad sino también de la historia.

Aunque desempeñó algunos cargos que hoy son eminentemente políticos, como la jefatura médica del ISS en Santander y la dirección del Hospital Ramón González Valencia, no se dedicó a la política. A pesar de ello, dice Juan Carlos que estuvo a punto de ser privado de la libertad en la época de la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, por haberse manifestado públicamente en su contra y solamente un viaje repentino a España le evitó la prisión.

El amor a su profesión lo llevaba a buscar el bien de sus pacientes tratando de aliviarlos, independientemente de si tenían o no recursos con que cubrir sus honorarios. Amaba su profesión y al final cuando vió que las cosas cambiaban, solía preocuparse por el mercantilismo que se acercaba, pues siendo una persona estricta y honesta en su ejercicio no entendía por qué el ejercicio médico era sometido a nuevas normas. ¿Serían las nuevas universidades?

Cuando se estableció el ISS en Santander en 1969 fue el primer jefe del departamento médico. Ocupó el mismo cargo como director científico del Hospital Ramón González Valencia en 1971, debiendo afrontar el traslado del equipo y el personal del San Juan de Dios a las nuevas instalaciones de la institución.

A su muerte era miembro honorario de la Sociedad Colombiana de Cirugía y miembro activo de la Sociedad Colombiana de Gastroenterología. Junto con Guillermo Bretón

conformaron un equipo científico, por muchos años a cargo de la endoscopia digestiva. Este interés por las enfermedades del aparato digestivo lo ha continuado su hijo Gabriel.

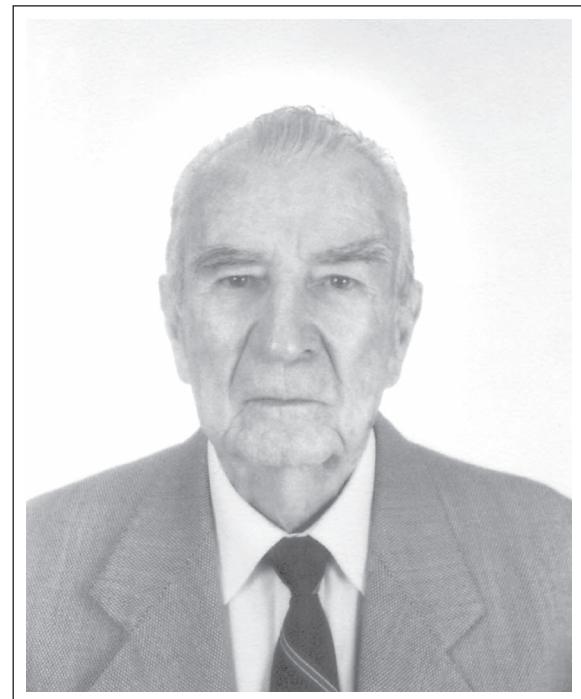
Para Juan Carlos era «una persona comprensiva, estricta, honesta, transparente, de principios y con altas dosis de responsabilidad». Practicaba el golf y en sus ratos libres gustaba de mirar el football por televisión.

Aún se hallaba en el ejercicio de su profesión, actualizado en su gastroenterología, cuando lo sorprendió la muerte.

HOMENAJE PÓSTUMO INÉDITO.

E L I O O R D U Z C U B I L L O S

(1919)



Cuando en compañía del doctor Gonzalo García Gómez decidimos promover la organización de este homenaje, creí que por esta vez me escaparía de la tremenda responsabilidad de ofrecerlo y que ello recaería en mi compañero de fórmula. Sin embargo no fue así y esta noche debo afrontar ante ustedes el desafío de hablar de alguien especial y grande en la medicina santandereana, con motivo de haber llegado a sus bodas de oro profesionales.

Hace algunos años compartimos algo similar al recordar el ejercicio de la obstetricia en esta ciudad, con énfasis especial en sus albores, a través de la vida del doctor Antonio Vicente Amaya Mujica. En esta oportunidad trataré de hacerlo con la cirugía, valiéndome de la figura egregia del doctor Elio Orduz Cubillos. Debo de antemano pedir mis disculpas por entremeterme en campos que no son de mi dominio.

Pero antes de adentrarnos de lleno en su ejercicio profesional, detengámonos un poco en algunos otros detalles de su vida, a fin de poder lograr una historia clínica casi completa, pues faltará irremediablemente el examen físico.

En el hogar formado por el Mayor Elio Orduz, militar de carrera, y la maestra de profesión María Cubillos, nace en Bucaramanga el 30 de noviembre de 1919 quien llevará el mismo nombre del padre y vendrá a integrar con Isolina, Mary, Lucila y Amira una nueva familia. En esta ciudad y en Piedecuesta, entonces sede del batallón, transcurre parte de su infancia y el aprendizaje de las primeras letras, bajo la mirada rigurosa de maestros de la talla de María Luisa Patiño.

Cumplido este primer ciclo, ingresa al Colegio San Pedro Claver, a la sazón en el centro de la ciudad, de donde sale bachiller en el año de 1934. Eran aquellos tiempos cuando los jesuitas parecían muchos y los laicos que los acompañaban en la enseñanza eran pocos.

Viaja después a Bogotá a estudiar medicina en la Universidad Nacional. En los últimos años de su carrera se desempeña como interno del servicio del Banco de Sangre en el Hospital La Hortúa. En esa época no se conocían los problemas del sistema Rh pues esta tecnología no había llegado hasta nosotros. En lugar de las pruebas cruzadas aparentemente todo se resolvía con la prueba de tolerancia que consistía en inyectar en la vena 10 c.c. de la sangre del donante y esperar pacientemente durante 30 minutos a que aparecieran los signos de reacción; si no los había, se proseguía con la transfusión.

Culminados sus estudios y siguiendo la costumbre de la época, se presenta a concurso para internado en la Clínica Urológica del Hospital San Juan de Dios de Bogotá, obteniendo el primer puesto. De allí, además de los conocimientos, derivó el tema para su tesis de grado sobre "Cirugía Experimental del Uréter y su reemplazo por un segmento de Intestino Delgado", la cual fue calificada con mención honorífica.

Inclinado por la cirugía logra ingresar al servicio del Profesor Pedro Eliseo Cruz. Se hallaba dispuesto a viajar al extranjero con el fin de complementar sus experiencias, cuando hubo noticias de problemas familiares por la salud de su padre. Creyó que era más sensato estar junto a su familia y regresa a Bucaramanga en 1944.

El único sitio de trabajo entonces para los profesionales de la salud, era el Hospital San Juan de Dios. Allí ingresó como médico de planta, siendo constante su vinculación a partir de esa fecha hasta la desaparición de la institución, ya fuera como Cirujano General, ya como Director o como jefe del Departamento Quirúrgico. Vio también desfilar por las instalaciones de ese centro asistencial a los doctores Lope Carvajal Peralta y José Antonio Jácome Valderrama entre otros. Gracias a la colaboración del doctor Mario Acevedo Díaz y de don Francisco Harker fue posible la fundación del servicio de cirugía torácica, por donde después vi desfilar a los doctores Carlos H. Burgos, Enrique Barco, Manuel Dangond, José Luis Lara y Jorge Enrique Arenas.

Junto con los demás médicos hospitalarios debía afrontar las urgencias, las cirugías programadas y los pacientes particulares de la mejor clínica que existía en la ciudad, que era el mismo San Juan de Dios. Aquel quirófano fue testigo de su incansable trabajo; de muchos desvelos, de minutos de zozobra, de frustraciones, de fracasos y también de éxitos que no traspasaron los linderos del área quirúrgica, porque su modestia así lo exigía.

Pero para formarnos una mejor idea de su actividad dejemos que el incomprendido y nunca olvidado Max Olaya Restrepo sea quien lo caracterice en sus propias palabras: "Fue el primer cirujano en Santander que hizo valvulotomías digitales a ciegas, a través de la bolsa pericárdica. La hernia diafragmática fue operada por primera vez en Bucaramanga. Es Orduz quien también hace la primera hepatectomía parcial por angioma y muchas otras importantes contribuciones al avance y al perfeccionamiento de la cirugía colombiana

en Santander, son de las manos hábiles de este silencioso y extraordinario médico como las esplancniectomías para pacientes con hipertensión arterial y la aplicación de los primeros marcapasos. Su nombre no figura en ninguno de los índices de la literatura médica colombiana por absoluta indiferencia".

Escuchemos también al ya fallecido Primitivo Rey quien así lo describe: "Cirujano hábil, sereno, recursivo, sin apresuramiento, confiado en sí mismo e inspirador de confianza, sin asomos de temeridad".

Y agrego yo, un excelente clínico que no necesita abusar del laboratorio para descartar enfermedades; lo utiliza bien, para confirmarlas. Su tranquilidad es el mejor relajante para el angustiado paciente que solo sabe que está enfermo. Podría decirse de él lo que anotaba Fernando Sánchez Torres refiriéndose al profesor José del Carmen Acosta: "quien un día emprenda el juicio crítico de su labor, no encontrará escuela alguna que él fundara, ni hallará una profusa obra escrita porque nada de esto nos ha legado. Su obra, su portentosa obra ha sido su paradigmática vida".

Veamos por qué nunca publicó algo, en sus propias palabras: "Esto fue una falla generacional que puede atribuirse a múltiples factores: las escasas publicaciones médicas que se recibían y que constituyen un estímulo constante; la falta de formación en las escuelas de medicina en este campo; el trabajo intenso, la poca importancia que se daba a los archivos, lo cual hacía que todo se extraviara". Acepta sin embargo que muchas de aquellas cosas que se hicieron y que hoy se conocen con nombre diferente, hubieran podido publicarse.

Ya en este momento creo que es justo mencionar a quien está íntimamente ligado a todos los episodios de su vida, a Carmenza Pico Ascensio; noble, gentil, bondadosa, a quien había conocido accidentalmente por ser amiga de su hermana Amira y con quien contrae matrimonio en 1950. De esa unión resultan Rafael Eduardo, médico y cirujano como el padre; ha heredado sus buenos modales, su don de gentes, su profesionalismo, su ética, su don de gentes, su caballerosidad, el gran sentido de la responsabilidad. Clara Inés, Instrumentadora Quirúrgica; Elio José, Administrador de Empresas, María Carmenza, dedicada al hogar y Gloria Isabel, Enfermera.

Según Rafael Eduardo, es un padre comprensivo y ejemplar; muy buen consejero. Cuando alguna vez se presentaron problemas de salud en un miembro ausente de la familia, lo vimos presuroso alistarse para viajar, porque según él, “a los hijos se les debe dar no solo el apoyo económico, sino lo más importante que es el soporte moral y la mejor manera de hacerlo es estando a su lado en los momentos difíciles”.

Sin ser de la Escuela de Paracelso sigue una filosofía práctica de la vida sin rayar en la superficialidad; es un hombre estudiioso; un humanista profundo; un lector infatigable; siendo erudito nunca se ha propuesto demostrarlo. Sabiendo de historia y habiéndola hecho su preocupación nunca ha sido el tratar de perpetuarla.

Es elegante en el vestir; conversador interminable, ameno, oportuno y actualizado, sin vocablos impropios en su expresión. Con él se puede dialogar sobre las nuevas técnicas quirúrgicas y también comentar los adelantos en el área de la Biotecnología. Es un buen expositor; gusta viajar; siempre

está dispuesto a ayudar a los demás sin haber pertenecido a ningún club de servicio, pues confiesa que nunca pudo acomodarse a la idea de que todas las semanas y en idéntico día debía compartir con las mismas personas.

Fue fundador del Comité Zonal de Lucha contra el Cáncer y actualmente sigue perteneciendo a la Liga del mismo nombre.

Habiendo pertenecido al Comité Pro-fundación de la Facultad de Salud de la Universidad Industrial de Santander, nunca ha figurado en la nómina de los profesores porque no pudo adaptarse a la idea del tiempo completo, en el sentido estricto de la palabra. No obstante quienes hemos tenido la fortuna de compartir muchas horas con él, todos los días le aprendemos algo y algunos más han podido participar de sus inquietudes en cursillos sobre cirugía, cáncer gástrico, del esófago y del seno y ahora sobre ética.

En repetidas oportunidades, presidió el Colegio Médico de Santander; estuvo encargado de la Presidencia de la Federación Médica Colombiana, que ya lo condecoró con la Cruz de Esculapio, máxima distinción que se otorga “a los médicos colegiados por sus méritos científicos o por su noble actividad en favor del Colegio o la Federación”. También la Gobernación de Santander lo honró hace diez años con la Orden José Antonio Galán.

Pertenece a varias sociedades científicas: la de Cirugía, la de Gastroenterología, de la cual además es miembro fundador, y a la Sociedad Colombiana de Radioterapia. Ingresó a la Academia Nacional de Medicina en 1982 y actualmente es vicepresidente del Capítulo de Bucaramanga.

Cuando se inició el Instituto de Seguros Sociales, se enroló como Cirujano General. Quería conocer de cerca el sistema y nada mejor que pertenecer a él y formar parte de su equipo. Mas no habiéndose encontrado a gusto, lo abandonó después de un año de servicio. Es quizá ésta la única incursión que ha hecho en la burocracia.

Ha asistido a muchos congresos nacionales, internacionales y mundiales. Desde la creación del Tribunal de Ética Médica en Santander, se ha desempeñado como magistrado, distinguiéndose por su ecuanimidad, mesura, sensatez y frío análisis de los hechos. Cree que los Tribunales de Ética están creando una conciencia y a la vez ejerciendo una peritación del acto médico.

Ustedes se preguntarán si ha habido espacio en esta vida para aficiones. Sí las tuvo, y fueron la caza de pavos y conejos; hoy día aún practica el tenis.

¿Habrá alguna frustración? Sin pensarlo responde negativamente. "Todo me ha salido como si yo lo hubiese coordinado. Por eso miro y admiro a mis colegas con el respeto que se merecen, sin resentimiento".

Cuando le preguntamos *¿qué más hubiera querido hacer?* sin vacilar agrega "Haber podido establecer la cirugía cardíaca, en una forma más precoz, en nuestro medio". Finalmente quisimos conocer su opinión sobre la universidad: «Una universidad sumamente buena, porque nos hizo tolerantes y antidogmáticos, nos enseñó que debíamos cambiar y que toda la vida habríamos de ser estudiantes y aprovechar el vasto campo del intercambio que fue muy reducido en nuestros profesores. Hoy día nos estamos involucrando, sin quererlo, en una medicina más moderna que no está dejando espacios

para pensar. Es preciso no crear médicos para el futuro sino para suplir nuestras propias necesidades, que son muchas". Habría muchas otras facetas de esta vida que se podrían analizar; pero no quiero fatigarlos.

Termino diciendo que hace algunos años, cuando en mi calidad de Presidente del Colegio Médico, charlaba con el entonces Presidente de la Federación Médica Colombiana, el doctor Genaro Murgueitio sobre el título de Miembro Honorario que debería dársele al doctor Elio Orduz, aquel me dijo: "ese hombre se merece todo" y qué tan cierto estaba ese colega; pero en esta noche yo soy consciente de que no le puedo brindar casi nada a él, que tanto bien ha hecho; con su medicina, con su cirugía, con sus consejos; con su afán de servir y su innato don de gentes. Simplemente atino a decirle en mi nombre y en el de todos ustedes: Muchas gracias.

Bucaramanga, 2 de octubre de 1991.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CLUB DEL COMERCIO
CON MOTIVO DEL DÍA DEL MÉDICO.

DIC. 3 DE 1991

.....

Como un complemento a las consideraciones que se hacen a través de estas páginas sobre la Medicina Santandereana y los principales autores, me ha parecido importante transcribir algunos apartes, con el permiso del autor, de las palabras

pronunciadas por el doctor Elio Orduz en esa misma oportunidad:

“Fueron los principios médicos orientados por las Escuelas Europeas predominantes (particularmente la Francesa) representadas en la Facultad por ilustres profesores como: José Vicente Huertas, Julio Manrique, Pablo Llinás, Darío Cadena, Alfonso Uriel Uribe, Carlos Almánzar, Héctor Pedraza, Calixto Torres Umaña, Lizandro Leiva Pereira, José del Carmen Acosta, Roberto Serpa Novoa, Edmundo Rico, Carlos Julio Trujillo Gutiérrez, Juan N. Corpas, Pedro Eliseo Cruz. Santiago Triana Cortés, Agustín Arango Sanín, Jorge Cavalier, Alfonso Esguerra Gómez, Francisco Vernaza, Gustavo Esguerra Serrano, Hernando Anzola Cubides y otros que se escapan a mi memoria. Con el impacto de la segunda guerra mundial vivimos una época de transición impulsados por los vientos renovados de las Escuelas Norteamericanas, de Rochester, Minnesota, Nueva Cork, Filadelfia, Massachussets y también de Sur América (Argentina y Chile), quienes recibieron el influjo de eminentes científicos europeos con Finkelstein y Haussay para mencionar algunos.

“En los quirófanos empezamos a ver sustituidas la tintura de yodo, el clásico bisturí, las Pinzas de Pean, de Kocher, las Pinzas de Diente de Ratón, las Agujas de Reverdín, por el Merthiolate, el mango de bisturí Bar-Parker de hojas desechables, las Tijeras de Mayo, de Metsembau, las Pinzas de Nelly, de Rochester Pean, las Agujas atraumáticas y la seda negra.

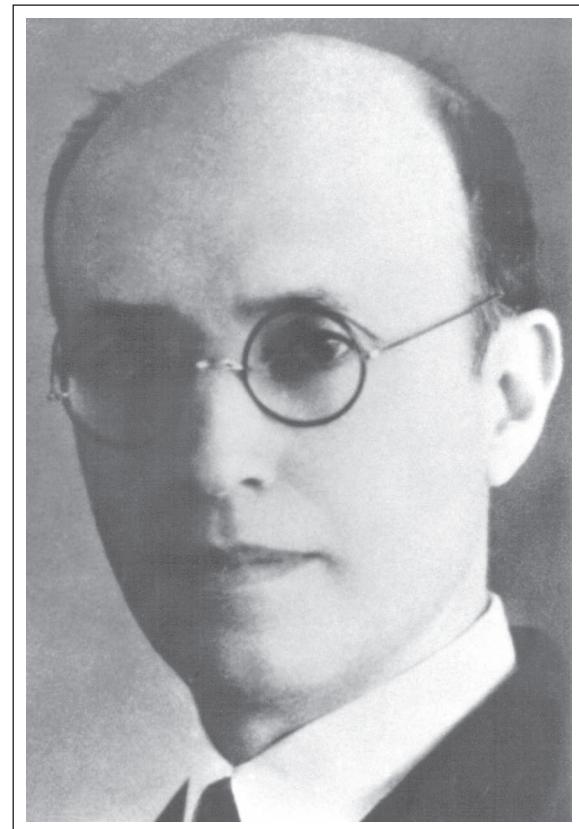
“Bucaramanga, cabía entonces holgadamente en la meseta. La actividad médica estaba concentrada en el viejo Hospital San Juan de Dios y las Clínicas Privadas apenas se iniciaban; el Hospital, además de los servicios llamados de caridad, contaba

con un pensionado que al ampliarse se constituyó en la Clínica del Hospital que por años mantuvo el liderazgo. Había recibido el beneficio de su modernización llevada a cabo por la gestión del doctor José Antonio Jácome, quien reorganizó el laboratorio clínico bajo la dirección del doctor De Francisco. Posteriormente lo fueron Argemiro Pereira Restrepo, Germán González Mutis y Guillermo Galvis. Se importó el primer equipo de Rayos X del Hospital, que fue operado por el experto Radiólogo Roberto Rocha, quien venía del célebre Hospital de Ancón en Panamá».

D A N I E L P E R A L T A

E S C A L A N T E

(1892 - 1954)





iendo apenas un ingenuo niño, creyendo mi madre que podría servirle de compañía me llevó a un consultorio de la calle 35 entre carreras 18 y 19, donde un médico impecablemente vestido con un traje azul oscuro nevado, de tres piezas pues incluía chaleco, camisa blanca, corbata negra, botas negras, delgado, de corta estatura, prematuramente calvo, nos atendió. Recuerdo que también había colgados un bastón y un sombrero; la habitación que servía de consultorio era amplia, bien iluminada y con una ventana grande.

Mi madre se quejaba de “no poder dar pecho” a una de mis hermanas menores, según ella a pesar de unos cuantos sorbos de cerveza maltina que sus amigas de aquella época le aconsejaban que tomase en las horas de la noche.

El colega, todo serio, se negaba a formular droga y aducía como razón valedera que la poca leche obedecía a falta del estímulo succionador pues la recién nacida era quien debería ser colgada ante el pezón para que este acto desencadenara el reflejo y la secreción; en tono vehemente el colega repitió: “las cabras tienen que amamantar a sus críos; las vacas a sus terneros y la mujer a sus hijos. Así obra la naturaleza”.

Después supe que quien así se expresaba era el doctor Daniel Peralta Escalante, profesional de cuyo prestigio me enteré años más tarde cuando empecé a incursionar entre el gremio de mi profesión. Nacido en Pamplona en 1892 fue médico cirujano de la Universidad Nacional. No fue fácil reconstruir algunos detalles de la vida de este galeno y su

seguimiento solo pude hacerlo a través de sus copartidarios Alfonso Gómez Gómez, Ramiro Blanco Suárez; de su familia y de algunos otros médicos como el doctor Elio Orduz Cubillos. Hay dos facetas a través de las cuales se puede considerar esta vida: una la dedicación a la medicina y la otra el servicio en el campo político, combinados, como las ejerció a lo largo de toda su vida.

Según su nieta Ángela Mutis, inicialmente trabajó en el Hospital San Juan de Dios de Bucaramanga habiendo sido jefe de internos; posteriormente laboró en su actividad de una manera totalmente independiente; no sabemos si voluntaria o involuntariamente se aisló de sus colegas. Practicaba visitas domiciliarias, utilizando un bus de servicio público que tomaba frente a su consultorio.

Fue un excelente clínico. En una época cuando los procedimientos de laboratorio solo empezaban a aparecer; confiaba más en su juicio que en aquellos, habiendo asumido según Max Olaya Restrepo “una actitud dubitativa y escéptica cuando aparecieron los Rx, que lo llevó a usar muy poco de ellos”. Era un convencido de que los estados morbosos eran provocados por la misma persona. En 1923 intervino en la epidemia de fiebre amarilla que se presentó en Bucaramanga.

Su principal campo de acción fue la Medicina General aunque no ocultaba su inclinación por la obstetricia habiendo atendido los partos de sus dos hijos y los de sus nietos. Había contraído matrimonio con Lola Carrizosa, nacida en Bucaramanga. Su hijo murió posteriormente de una cardiopatía cianógena habiendo sobrevivido solamente Inés, quien sería más tarde la esposa de Bernardo Mutis Arenas.

Fue un apóstol de la medicina y respondía a todas las llamadas de sus pacientes sin importarle las horas del día o de la noche. Siempre estaba dispuesto a servir sin preocuparse si su consulta sería o no cancelada, pues hizo de la caridad un vicio, especialmente cuando se trataba de gente humilde del campo. Esto lo llevó a ser querido, amado y admirado. Cuando falleció se dijo que había muerto «el papá de los pobres».

En una época cuando la inmunología estaba en sus albores consideraba que había estrecha relación entre la culebrilla -Herpes Zoster- y la viruela, y se inventó la manera de vacunar contra ésta a quienes se quejaban de aquella. Creía que la variedad ulcerada del cáncer era contagiosa.

Su arsenal terapéutico era extenso y fundamentado en las desaparecidas fórmulas magistrales que prescribía entre otras enfermedades para la tos ferina y el herpes. Creía que el aceite de chalmugra era efectivo para atacar la lepra.

Aunque su temperamento era fuerte, a la hora de la verdad aparecía serio, pero tierno, amoroso, cálido y afectuoso, de grandes pasiones. Dice Ángela su nieta: «Era supremamente humano tanto con las personas como con los animales. En una oportunidad encontró a un gallinazo herido; lo llevó al consultorio para curarlo y lo cuidó hasta cuando estuvo listo para volver a volar». Venados, vampiros y otros animales fueron huéspedes de su casa; estos sentimientos también fueron inculcados en los suyos.

Muy estudiado, hablaba perfecto francés, siendo autodidacta. Era ajeno a pertenecer a Asociaciones y reacio a la aceptación de reconocimientos.

Su segunda pasión fue la política siendo un liberal activo; buen copartidario. Concejal al principio, llegó a ser senador, presidente del directorio liberal de Santander. Se le menciona en los debates realizados para lograr la terminación del Ferrocarril. Estuvo al lado de Alfonso López Pumarejo en varias campañas. Intervino directamente cuando la crisis resultante del asesinato del coronel Guarín por el capitán Quintero.

Participó activamente en algunos episodios ocurridos en las épocas de beligerancia política. Cuando hubo el rumor de que Tona sería tomada por el partido contrario, asustado corrió en ayuda de sus copartidarios desempeñando un papel decisivo para evitarlo, siendo recordado por largo tiempo como el salvador de Tona.

Cuando en 1916 se fundó la Compañía del Acueducto por iniciativa del padre Jesús Trillo y otros prestantes miembros de la ciudad, apoyó con entusiasmo esta iniciativa.

Aunque pertenecía a la logia masónica «Propagadores de la luz», también impulsó el establecimiento de la Diócesis de esta ciudad. Sin embargo sus creencias le valieron el veto de quien fuera su primer Obispo, Monseñor Aníbal Muñoz Duque.

Fue iniciador con Martín Carvajal de la Drogería Santander, más tarde Botica de los Médicos, habiéndose constituido esta actividad en un esfuerzo tendiente a buscar la independencia económica de los médicos. Durante toda su vida fue benefactor del Asilo San José, sin que nadie se enterara.

Murió a los 62 años a causa de un cáncer de la próstata diseminado con metástasis, después de haber vivido su vida de acuerdo a sus propias convicciones y no como querían los demás que se viviese.

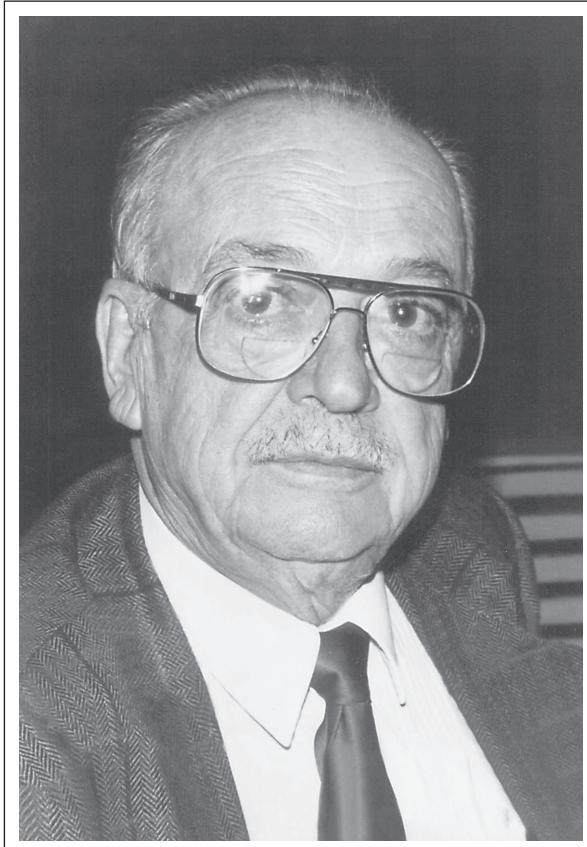
Más tarde, como un justo reconocimiento a su memoria, se dió su nombre a la Clínica Bucaramanga que el año pasado cumplió 50 años de su fundación y 40 de llevar el nombre de este distinguido colega.

Bucaramanga, 10 de agosto de 2000.

HOMENAJE PÓSTUMO INÉDITO AL
PRIMER MÉDICO DEL AUTOR

FIDEL REY REY

(1920 - 2003)



Fay varias maneras de recordar a quienes se marchan: la sola mención de su nombre, su fotografía, su bibliografía; los rasgos sobresalientes de su vida y su patobiografía (afortunadamente muy pocos). Prefiero en esta oportunidad, además de evocar su nombre y adicionarle una fotografía, traer a la memoria algunas de sus cualidades.

A Fidel Rey se le mencionará no solo por su ejercicio profesional y por haber sido uno de los fundadores de la Clínica Materno Infantil San Luis, cuyos cuatro lustros no alcanzó a celebrar, sino más que todo por su modo de ser.

Fidel nació en Piedecuesta, era el tercero de los hijos del matrimonio de Hilario Rey y Dionisia Rey; le antecedían Rosa y Primitivo y le seguían Matilde y Luis Antonio. Junto con su hermano Primitivo hicieron sus estudios médicos en la Universidad Nacional. Mi padre, amigo de Don Hilario, traía a cuenta retazos de sus conversaciones con sus hijos estudiantes de medicina en Bogotá y lo económico que le resultaban, ya que los hermanos competían entre sí por ser “ahorrativos”.

Sirvieron por largo tiempo al Hospital de su pueblo y para mí padre constituían un ejemplo de dedicación que yo no podía ignorar y debería imitar, aún en su larga soltería. Parece que las palabras de mi padre no fueron vanas.

Era yo muy pequeño, antes de mediados del Siglo XX, cuando lo conocí. El Hospital San Juan de Dios de Piedecuesta había adquirido su primer fotofluorógrafo y

los escolares debíamos pasar ante él para saber si nuestros pulmones estaban libres de tuberculosis a diferencia de los de otros piedecuestanos, y a Fidel correspondía esta actividad.

Era incansable y muy serio en su profesión. Tanto en su casa paterna como en la suya propia los hermanos tuvieron su consultorio para atender a quienes los buscaban en horas extras.

La pediatría fue la rama escogida por Fidel, siendo durante muchos años el pediatra de los hijos menores de la familia Cortés Caballero, pues yo ya había traspasado mi adolescencia. y no gocé de pediatra sino de médico general, el doctor Alejandro Arenas, en ese entonces el único médico con el cual contaba nuestro pueblo.

Cuando Fidel decidió su especialización la organizó para que coincidiera con su matrimonio, trasladándose a Buenos Aires en 1954 con su joven y hermosa esposa Elsa Mantilla. De allí regresaron no solo con más conocimientos y cultura, sino con más familia, pues Nancy ya los acompañaba, aunque no hubiese nacido civilmente; en nuestro país para nada cuentan los meses que pasamos en el vientre materno. De este matrimonio además nacieron Marcela, hoy señora de Sergio Martínez; Sergio, casado con Martha Cardozo; Adriana, esposa de Sergio Parada y Elsa Liliana, hoy de García Harker (aunque legalmente los “des” en los apellidos ya no sirven para nada).

Cuando regresó de Buenos Aires, Fidel pensó que nuevamente ejercería en la Villa de San Carlos al Pie de la Cuesta. Afortunadamente Elsa lo estimuló para que se establecieran en la ciudad de los “búcaros”.

Aquí se vinculó al Hospital Infantil San Luis, fundado por el Club Rotario, el cual poseía servicios de “caridad y de pensionado” y laboró con Héctor Forero Blanco, padre del también pediatra y neonatólogo Jaime Forero Gómez, con Eugenio Gómez Amoroch, Rafael Mantilla Giraldo, Gilberto Arias Delgado, Gregorio Mantilla Cadena, Miguel Daccarett Yaar, Cristian Pinto, Álvaro Africano Zafra, Reynaldo Rey Rueda y otros insignes colegas de la época, quienes me brindaron su apoyo cuando empecé a practicar medulogramas en niños en 1968 valiéndome de los conocimientos de Hematología que había adquirido a mi paso por Estados Unidos.

En la Clínica La Merced también se atendían algunos niños, pero más tarde podría decirse que la Santa Teresa fue el primer centro especializado de Atención del Niño después del Hospital San Luis, el cual irónicamente pasó a ser Departamento de Pediatría.

Posteriormente surgió la Clínica Materno Infantil San Luis de la cual fue su fundador junto con los doctores Álvaro Africano Zafra y Reynaldo Rey Rueda.

Lo traté durante largos años. Vivía orgulloso de su vida, de los suyos, de su profesión, se daba a ella sin egoísmo, nos aconsejaba, sin sesgos. En alguna oportunidad cuando quise incursionar en otros campos adquiriendo una botica con mis hermanos, aprovechando su experiencia lo consulté y su respuesta no fue muy alentadora: “En este negocio que tuve en Los Santos experimenté dos días felices: cuando lo compré y cuando lo vendí”. Allí viajaba con su familia todos los domingos, a ejercer su medicina y a supervisar su droguería.

Que me conste, en una oportunidad tuvo que afrontar el fanatismo partidista en nuestro pueblo pues algunos de sus copartidarios querían echarle piedra a su carro nuevo porque ostentaba el color rojo.

Pienso en esta generación de colegas y la encuentro especial. Se imponía la clínica, el uso de la tecnología era racionalizado, las visitas a los pacientes eran cotidianas y en algunas oportunidades hasta dos veces por día. Nuestros diagnósticos eran sencillos. Existía un buen colegaje. Se practicaba la ética sin saber que existían códigos; hoy día, ni con códigos se acuerdan algunos de su existencia.

Los pediatras son quizás los únicos médicos afortunados de ver nacer, crecer y reproducirse una generación tras otra, porque las enfermedades, la vacunación y a veces hasta la consejería se repiten.

Según Nancy, Fidel “era un padre irremplazable, muy pendiente de su hogar; siempre estaba dispuesto a prestar ayuda cuando lo requeríamos; con sus consejos y su proceder, nos hizo responsables; personas de bien, nos infundió que ante todo debíamos dar amor y trato a todos por igual; aunque era un hombre de pocas palabras poseía un corazón inmenso”.

Sin saber cómo ni por qué llegan las enfermedades y pensamos en lo injusto de la vida. Por qué si en una persona hubo derroche de generosidad, de bondad, de señorío, se debería recoger lo que se ha sembrado y en cambio a veces solo nos llegan sinsabores. Lo fácil es culpar al destino de la realidad que ignoramos.

Digamos que a Fidel lo apartó de este mundo real una de tantas condiciones a las cuales estamos expuestas las

personas maduras y finalmente su cuerpo también se marchó,
dejando una estela de hombre justo, en el sentido bíblico.

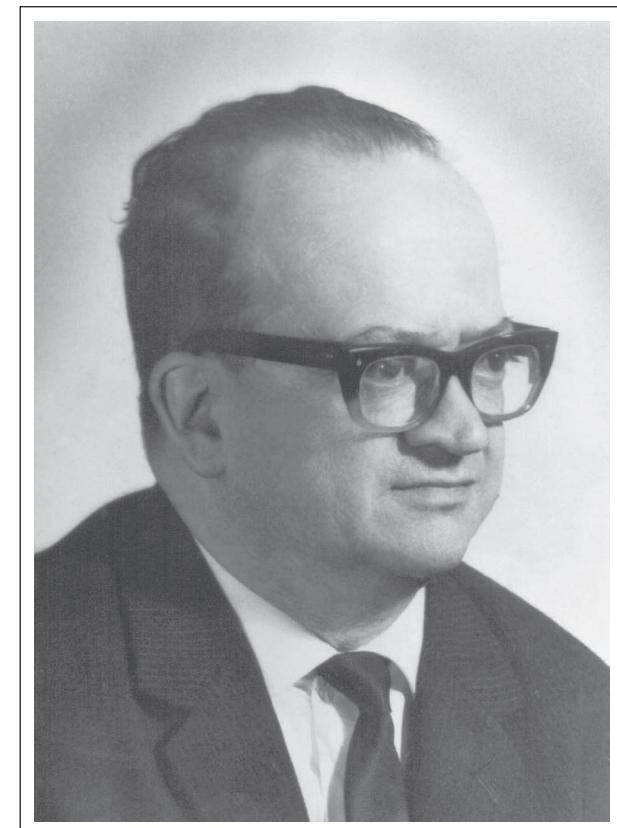
Bucaramanga, Noviembre 1º de 2003.

P R I M I T I V O R E Y R E Y

(1918 - 1984)



ESCRITO REALIZADO CON MOTIVO DE SU MUERTE, PARA
EL BOLETÍN DE LA CLÍNICA SAN LUIS.





acido en Piedecuesta en 1918, hijo de un hogar ejemplar formado por Hilario Rey y Dionisia Rey, cuyos descendientes aún conservan los nexos con su tierra natal. Fueron sus hermanos Fidel, médico y Luis Antonio, odontólogo, quien atendió a muchos de nosotros aún sobrevivientes. Sus dos hermanas, Matilde y Rosita habitaron en mi casa, una de las pocas que tenían jardín propio sobre la carrera 7^a con calle 7^a.

Estudio su bachillerato en el Colegio San Pedro Claver. Fue médico egresado de la Universidad Nacional en agosto de 1945, habiéndose graduado con la tesis "Algunas consideraciones sobre la Anemia de los Trópicos" y desde entonces se vinculó al Hospital San Juan de Dios de Piedecuesta. A finales de ese año fui uno de sus pacientes, pues estando en el colegio sufrí una laceración extensa sobre la región frontal derecha. Su consultorio colmado de pacientes de todos los matices parecía no querer desocuparse nunca. Como solía hacerlo me examinó meticulosamente, poniendo en conocimiento de mi padre que yo además sufría de algunos otros problemas que lógicamente me molestaban.

Allí en el Hospital al cual dedicaba más tiempo del requerido, hacia de todo y ayudaba en cirugía con el equipo médico conformado junto con mi padre, como síndico. Las horas que quedaban del día las dedicaba a la práctica privada, diciendo que su ejercicio profesional era muy cómodo porque como era en la misma casa pasaba del consultorio al comedor. Se ufanaba Primitivo de que en un solo día había

hecho más de treinta pesos (\$30.00), equivalentes al mismo número de consultas.

En 1948 viaja a Buenos Aires al servicio del profesor Guillermo Si Paolo, en el Hospital Rivadavi. Allí permanece hasta 1950 dedicado a la gineco-obstetricia recordando siempre con orgullo y gratitud la escuela de su profesor cuyo nombre saldría a relucir en las discusiones académicas.

De regreso, ya en el capital santandereana se vincula al respectivo servicio en el Hospital San Juan de Dios por el cual desfilaron: Isaías Arenas, Alfredo Angulo, Gonzalo García, Germán Motta, Antonio Vicente Amaya, Manuel Guillermo Rangel y Fabio Durán Velasco, quien fuera durante años su compañero en el quirófano y en el estudio, pues dedicaban todas las mañanas de los jueves a leer los artículos y revistas que llegaban a la ciudad. Durante un tiempo yo me les uní pues en vista de tanta enfermedad trofoblástica en nuestro medio, estuvimos tratando de armar un trabajo sobre este tema, el cual no pudo realizarse por falta de patrocinio.

La constancia fue una de las virtudes más sobresalientes en su vida. Sin ser un cirujano ágil, gracias a ella pudo dedicar largas horas al quirófano y muchos pacientes se beneficiaron de su ejercicio profesional; porque aunque los últimos años de su vida los dedicó a la gineco-obstetricia, hubo muchos piedecuestanos también atendidos por él, independientemente de su sexo.

Para Primitivo el tiempo que transcurría no era importante, se detenía cuando oía hablar de medicina o cuando había que atender a alguien. Se dice que un 31 de diciembre salía con su esposa muy elegantemente vestidos a la usanza; ella

con sus joyas y “Primo”, como cariñosamente le decíamos, con su smoking, cuando fue detenido en la puerta por la llamada de uno de sus pacientes. Se dirigieron entonces no al Club del Comercio, sino a la Clínica con la esperanza de que todo se solucionaría rápidamente y antes de media noche podrían compartir con sus amigos la llegada de un nuevo año. Desafortunadamente no siempre las cosas salen como uno quisiera y la elegancia de su vestimenta, ante la inconformidad de Yolanda, terminó en la Clínica.

En 1959 había contraído nupcias con Yolanda González; tuvieron cuatro hijos, Marisol, Judith, Carlos Fernando e Iván Darío. Yolanda modificó la rutina habitual de su medicina dándole a su vida un toque de gracia y elegancia, pues antes la medicina no le había dejado tiempo para otras actividades.

Asistieron a muchos congresos de su especialidad y cuando alguien se refería a Bucaramanga en este campo, tenía que nombrar a Primitivo. Tuve la oportunidad de acompañarlos a un par de ellos. Baltimore, México, Río de Janeiro, San Francisco y Tokio fueron algunos de las ciudades que visitó con el pretexto de sus congresos..

La joven Facultad de Medicina de la Universidad Industrial de Santander lo nombró profesor en 1969 cuando ya también yo me había vinculado a la cátedra de Patología como profesor. Indudablemente la medicina fue su pasión; a veces del aeropuerto seguía al consultorio llegando las maletas primero a su casa.

Cuando yo me iba a casar con quien hoy es mi esposa, aprovechando nuestra amistad y colegaje me preguntaba por qué no había elegido a alguien de mi misma profesión u otra afín. Ante mi pregunta de *“para qué?”*, contestó “para

poder compartir con alguien los pacientes”. Precisamente era lo que yo no quería, le dije.

Se preocupaba de todo lo relacionado con sus pacientes. En una oportunidad cuando había programado un Werthain y yo me hallaba de Jefe de Laboratorio y Banco de Sangre en el Hospital San Juan de Dios, estaba preocupado localizando donantes en Piedecuesta para solicitarles su colaboración.

Cuando estábamos seguros de que seguiría atendiendo religiosamente a todos sus pacientes, sin mirar el reloj, Primitivo se marchó tempranamente en 1984.

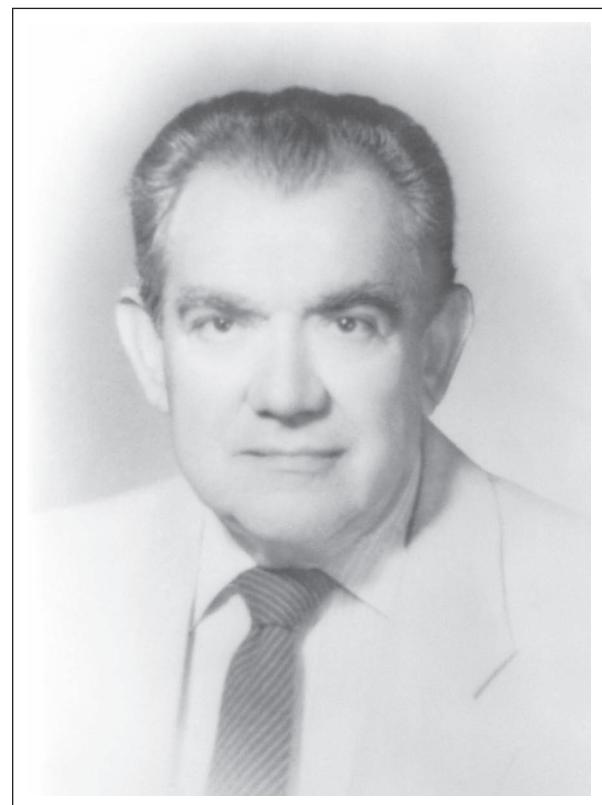
Fue un médico noble, honesto, con una dedicación a su profesión muy poco usual hoy. Quienes se beneficiaron de su actividad profesional siguen añorando su larga y desgarbada figura y su espíritu bonachón.

ARTÍCULO INÉDITO COMO HOMENAJE
AL COTERRÁNEO.

DICIEMBRE DE 1984

S A Ú L R U G E L E S M O R E N O

(1920 - 1993)



l pasado cinco de noviembre de 1993 falleció súbitamente en su tierra natal el doctor Saúl Rugeles Moreno. Para las nuevas generaciones distantes de la comunidad socorrona, quizá este nombre no les signifique mucho, pero sí para quienes lo conocimos y tratamos desde 1968, cuando yo me desempeñaba como profesor de la UIS y Saúl como Director del Hospital del Socorro. Lo admiramos y fuimos afortunados al contar con su amistad.

Saúl no ejerció en la capital y pertenecía al grupo de aquellos colegas a quienes se ignora por no tener asiento en los centros de docencia, como si solo existiese la medicina teórica de las universidades, desconociendo que lejos del ruido que brindan los computadores y la tecnología moderna, en todo cuerpo médico hay un grupo silencioso de discípulos de Galeno desempeñando una irremplazable labor a otro nivel, ya sea en la periferia de las áreas metropolitanas, en los institutos municipales de salud y principalmente en la provincia..

Algunos de ellos forman una generación, cada vez más diezmada, pues el tiempo no pasa en vano. Ejercen una medicina integral y práctica que a todo encuentra solución, sin traspasar los límites de la temeridad; no dan cátedras magistrales pero ejercen la docencia con el ejemplo, pues también se enseña viviendo honestamente; no han publicado muchos artículos médicos o quizá ninguno, pues con su modo de ser lo han dicho todo. Van a los Congresos Médicos porque les nace estar actualizados; son respetuosos en el trato con sus colegas y no murmurán de ellos pues nunca consideran sus

intereses lesionados y como han sido buenos en el sentido evangélico de la palabra, piensan lo mismo de los demás.

Son sencillos en sus comentarios, siempre matizados con su larga experiencia profesional, sin hacer alarde de lo que en verdad saben. Su afán de servicio los ha llevado a incursionar en otros campos diferentes al médico; actúan también como consejeros y sienten como propia la problemática del medio en el cual actúan; para todo tienen tiempo, ya que sacrifican su descanso merecido en favor de los intereses generales. Son líderes sin habérselo propuesto, humanistas que pueden hablar de todo, pues de todo están informados. No les gusta hacerse notar porque crecieron en un ambiente de humildad y sencillez, que no ocultan.

Les gusta consolar y ayudar en cuanto está a su alcance. La bondad que no les enseñaron en los claustros universitarios y aprendieron en el libro de la vida, es la misma que irradia e identifica y une a sus familias. No supieron abusar de nada en su vida, pues la medida siempre ha regido sus actos. A ellos no es necesario insistirles sobre la ética y los derechos de los enfermos ya que desde los claustros universitarios los saben respetar.

Saúl Rúgeles Moreno fue uno de ellos. Había nacido en el Socorro el 16 de enero de 1920 y estudió en el colegio Guanentá de donde fue bachiller. Obtuvo el título de doctor en Medicina y Cirugía de la Universidad Nacional en 1945 y la ASCOFAME lo certificó como Cirujano General en 1968. Participó en cursillos y seminarios nacionales y en eventos internacionales en México, Chile, Brasil y Puerto Rico.

Fue miembro activo de varias sociedades científicas, Director del Hospital del Socorro y Jefe del Servicio de Salud

de San Andrés y Providencia. Se le distinguió con varias medallas, la Cívica del Mérito Asistencial Jorge Bejarano, la Antonio Nariño y la Santa Bárbara. Se le otorgó el diploma de honor de la Orden Militar y Hospital de San Lázaro de Jerusalén de Río de Janeiro.

Por sus merecimientos, al crearse el capítulo de Bucaramanga de la Academia Nacional de Medicina se le invitó a formar parte de él como miembro correspondiente. Allí fue constante en la asistencia y siempre motivado cuando se hablaba de nuevas disciplinas o modernas tecnologías.

Fue un padre ejemplar, todo lo sabía enseñar con su diario vivir; un esposo noble y sincero, en su hogar solo había sitio para el calor humano.

Es difícil resumir toda una vida dedicada al servicio; quizá esta corta semblanza habría sido más completa si me hubiese podido comunicar con sus deudos, pero no lo consideré prudente en estos momentos de dolor; podría pecar de intruso.

Sólo quiero decir que la Medicina santandereana está de luto porque un hombre humilde y justo como buen católico, se ha marchado y al hacerlo ha cerrado un nuevo capítulo de nuestra historia que posteriormente debe reconocerse, perpetuando su nombre de alguna manera.

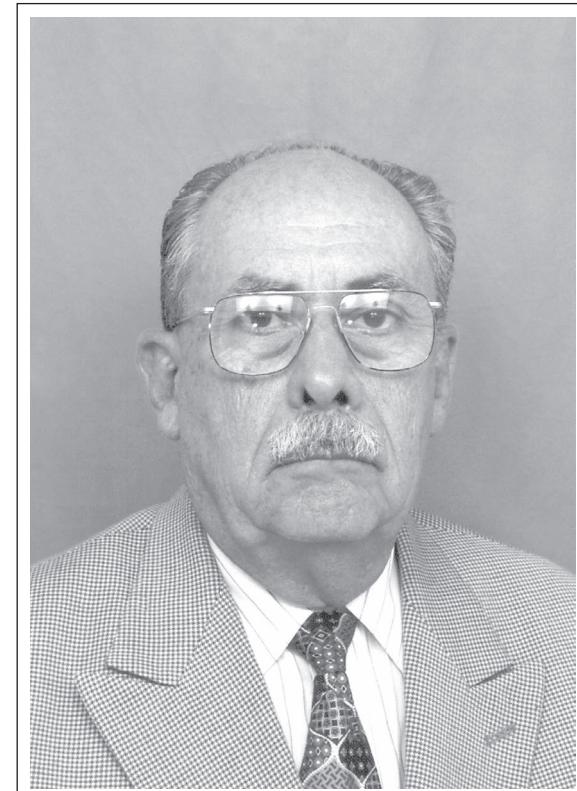
Bucaramanga, 15 de noviembre de 1993.

ARTÍCULO PUBLICADO EN LA REVISTA DE MEDICINA
CON MOTIVO DE SU MUERTE.

DAVID ENRIQUE SÁNCHEZ

PUYANA

(1930 - 2004)



n hombre honesto, un caballero, un señor, un bumangués de tiempo completo, se ha marchado definitivamente, cuando no lo presentíamos. Un valor en la medicina santandereana, vigente en su actividad hasta el último momento; noble y leal amigo, colega serio, tímido en el fondo, muy sencillo en la realidad.

Para las nuevas generaciones de médicos quizá no represente nada, pero para quienes pertenecemos al ayer Enrique, como amigablemente le decíamos, sí significó mucho.

Muy poco puedo decir de su infancia excepto que fue otro alumno más del Colegio de las Señoritas Sarmiento Peralta, una especie de Gimnasio Moderno de los bumangueses, habiendo egresado como bachiller del Colegio San Pedro Claver en 1946.

Javeriano temprano, al comienzo de su carrera médica, a diferencia de la mayoría culminó sus estudios universitarios en la Nacional de donde se graduó en 1954.

Cuando lo conocí era ya un renombrado especialista en la ciudad, de aquellos que sin proponérselo difería de los demás de su rama, porque también se dedicaba a la esterilidad. Había viajado a Barcelona, España, a estudiar Tocoginecología y Esterilidad, completando sus estudios de Obstetricia en Valencia, España. Entonces yo era un médico general que pasaba en el San Juan de Dios por ser el «ayudante» del Patólogo Gustavo Mogollón.

Al regreso de mi preparación como especialista, sin la experiencia requerida como siempre suele suceder, gracias a

las múltiples solicitudes que de él recibí para estudiar citologías hormonales me fue posible aprender a evaluar estos exámenes como indicadores sencillos de la función ovárica. Pero debo ser sincero y decir que quien primero las hizo en nuestro medio, pues disponía de laboratorio propio y les dió su valor, junto con Enrique, fue el doctor Reynaldo Guerrero Ortega, quien lo había aprendido durante su entrenamiento de postgrado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Por ello alguien dijo que hubo una época en la cual la ciencia médica miraba hacia Medellín.

En la cultura gringa en la cual me había formado, le daban poca importancia a estos métodos; los norteamericanos siempre tienden a lo más sofisticado. No sucedía lo mismo en Europa y en algunos países latinos como Argentina en los cuales la falta de recursos nos fuerza a buscar lo más económico. Fue éste el inicio de la citología vaginal y el urocitograma.

Hube de afinar igualmente mi interpretación de las biopsias de endometrio tomadas el DÍA 21, con el ánimo de poder ayudarlo en el estudio de sus pacientes. Aún no aparecía en el horizonte médico la ecografía como medio de diagnóstico de la ovulación.

Gracias a este contacto académico logré sus servicios para la atención del parto de mi hijo mayor Carlos Andrés, quien como muchos otros jóvenes recibidos por él lo saludaba cariñosamente cuando se lo encontraban en la calle.

Cuanto tema nuevo aparecía atraía su interés. Por ello se explica que haya tomado cursos de psicoprofilaxis obstétrica (1960), hipnología (1962), sufrimiento fetal (1967), esterilidad e infertilidad (1972), habiendo asistido a los diversos congresos de su especialidad.

Preocupado como algunos otros obstetras por el deseo de las parejas de programar el sexo de sus hijos, estuvo en alguna oportunidad tratando de buscar un método que le permitiese seleccionar espermatozoides con determinadas características morfológicas y fisiológicas, las cuales serían en últimas las responsables del acierto. Desafortunadamente lo rudimentario de nuestra tecnología no le permitió avanzar en esta posibilidad. Quizá si PROCREAR hubiese continuado con el ímpetu de sus primeros años, habría podido colaborarle en la obtención de esa respuesta.

Estas y otras inquietudes se fueron desvaneciendo con el tiempo.

El complemento de su vida lo constituyó Mariela Roa, con quien contrajo matrimonio en diciembre de 1960. La medicina y ella fueron las dos grandes pasiones de Enrique.

Diana María y Enrique José son los resultantes de ese amor. Como todo hijo, admiraron a su padre pero se dedicaron a diferentes profesiones. En la época de las pocas cesáreas, en realidad esta especialidad era demasiado esclavizante.

Enrique formó parte del equipo de Obstetricia y Ginecología del San Juan de Dios entre 1958 y 1970 junto con tantos otros que le antecedieron en la marcha hacia el más allá.

Fue miembro fundador de las Sociedades Colombiana y Santandereana de Obstetricia y Ginecología (1969 y 1971).

Perteneció a Asmedas, al Colegio Médico de Santander, de cuya junta directiva formaba parte en el momento de su muerte, lo mismo que de la junta directiva de Urbanas. En ellas aunque poco hablaba era muy puntual en su asistencia. Más tarde integra el grupo de médicos del ICSS hasta cuando le llegó el momento de su retiro.

Se dedicó entonces con todos sus ímpetus a la Clínica Materno Infantil San Luis y a su nuevo consultorio. Los médicos antiguos, como dicen nuestros hijos más jóvenes, manteníamos la ilusión de estrenar algún día un nuevo consultorio. Enrique lo hizo en la carrera 23 y después en el Centro Médico de la Clínica.

Allí pude apreciar también su interés por los cultivos hidropónicos que una vez fueron la moda en Bucaramanga. Más tarde dedicaría parte de su tiempo libre al cultivo de las orquídeas.

En la Clínica se le recuerda porque además de ser uno de mis antecesores como director científico, era de los pocos que codificaban adecuadamente los diagnósticos en sus historias clínicas, siendo su letra a diferencia de la de otros, muy legible. Durante varios períodos representó a sus colegas en la Junta Directiva. Murió con la ilusión de ver surgir nuevos programas que le abrieran mercados a esta institución.

Tuve más contacto con él a través del Tribunal de Ética Médica de Santander. Tarea ardua y de mucha responsabilidad ésta de juzgar las actuaciones de los demás, sin sesgos de ninguna especie. Muy juicioso en los casos que debía instruir y muy serio en el momento de analizar las conclusiones. Como todos nosotros, había aprendido la ética en la escuela de la vida y del ejemplo de sus profesores. Creo que nadie pensó a mediados del siglo pasado que existirían los Tribunales de Ética. Allí se desempeñó desde 1989 hasta 2003.

Fue difícil para él como lo ha sido para muchos otros, adaptarse al ejercicio profesional bajo la norma de la ley 100, para lo cual no nos habíamos preparado. Por ello fue duro

y quizá más fatigante el ejercicio profesional en sus últimos años, cuando por sus problemas de columna debió abandonar la práctica del golf.

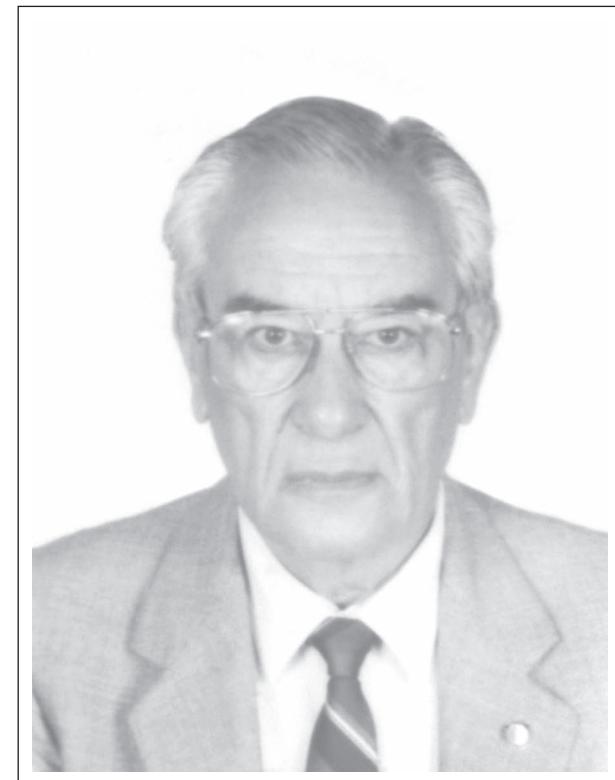
Finalmente su corazón inconforme, no obstante su vida organizada, no quiso acompañarlo mas, pero algunos lo acompañaremos siempre con su recuerdo.

Bucaramanga, septiembre 23 de 2004.

ESCRITO REALIZADO CON MOTIVO DE SU MUERTE PARA
EL BOLETÍN DE LA CLÍNICA SAN LUIS.

R O B E R T O S E R P A F L Ó R E Z

(1925)



i punto de vista de este profesional es totalmente diferente del que se publicó con motivo de la inauguración del edificio de la UIS que lleva su nombre; podría interpretarse como la simple visión macroscópica de ella, captada desde distintos ángulos, pero siempre observando al hombre, al médico, al colega. Espero que esta visión por el correr del tiempo no se haya deteriorado ni tenga interferencias.

Mal podría enfocarlo como psiquiatra, aunque así lo conocí cuando yo me iniciaba en la patología en Bucaramanga, haciendo necropsias en el entonces Instituto Psiquiátrico de San Camilo en los comienzos de la década de los 60. Roberto era allí el director; sólo atino a decir que mi primera impresión fue que se trataba “de todo un señor”; seguramente sin el ancestro genético de la nobleza pero con el comportamiento de los nobles.

A mi regreso de Estados Unidos ya convertido en especialista, nos encontramos a principios de 1969 en la entonces División de Ciencias de la Salud de la Universidad Industrial de Santander. Era yo el Decano encargado y Roberto Serpa el aspirante a ser nombrado en propiedad. Pude admirar su seriedad, su sencillez, su sinceridad, su honestidad y ellas junto con su hoja de vida, en concepto del Rector Neftalí Puentes Centeno eran suficientes méritos para designarlo como Decano en firme.

Fui su colaborador como jefe del Departamento de Ciencias Básicas Médicas y juntos participamos en la elaboración

inicial del Plan de Desarrollo de la Universidad Industrial de Santander. Era un jefe que se dejaba hablar y opinar; escuchaba sin autosuficiencias, con prudencia y tomaba atenta nota de cuanto se decía en las reuniones. En esa época eran poco usadas las grabadoras por lo cual en su maletín siempre había varias libretas para sus anotaciones, de distintos colores según los comités.

Viajó como Decano a la Universidad de Pittsburg para establecer un intercambio, el cual funcionó a medias. Es quizás la época cuando más distante ha estado de la cátedra por la “comiteitis” que implicaban los cargos directivos, pues siempre ha sido profesor de varias disciplinas y en diferentes escuelas: psiquiatría, psicopatología, historia de la medicina, ética, música, historia del arte, entre otras.

Es autor de varios libros, numerosos artículos, ensayos, monografías; ha sido conferencista, escritor y columnista de Vanguardia Liberal. En estas publicaciones toca temas de diversa índole pues nada escapa a su mente observadora e inquisidora. Algunas describen la realidad de nuestro país, de nuestra cultura y a veces polemiza con certera erudición.

Mi desvinculación total de la docencia en la UIS me hizo alejar por algún tiempo de su lado, más no de su amistad; porque Roberto sigue siendo un amigo de aquellos que fundamentan la amistad en una relación respetuosa, aparentemente distante, pero en realidad cálida y no tan expresiva como a veces quisiéramos.

Más tarde a mi regreso a la Academia Nacional de Medicina Capítulo de Santander, me honró nombrándome como su secretario; no tuvimos desavenencias a pesar de mi tendencia perfeccionista y rígida. Fui un afortunado testigo

de una reunión ordinaria, memorable para mí y para otros como el doctor Ángel Octavio Villar que no entendíamos nada de informática, sobre un Modelo de Historia Clínica en Psiquiatría; quizás esto hoy parezca rutinario, pero en aquella época implicaba un avance tecnológico que no todos comprendíamos.

Participamos junto con otras personas en el Programa de Prevención de la Drogadicción que el doctor Germán Duarte había traído a Bucaramanga desde Medellín bajo el nombre de "SURGIR". La sede que consiguió esta Corporación con la ayuda de las señoras Leonor de Díaz y María Isabel Buitrago de Cortés, fue una obra que nos enorgullece y aún persiste. Allí tuvimos la oportunidad de aprender algo sobre esta problemática y Roberto participó activamente en dicho programa.

A mi paso por el Tribunal de Ética Médica de Santander nos unía el deseo de ser ecuánimes; de escudriñar todo antes de hacer un pronunciamiento a la ligera. Hubo fallos en los cuales coincidíamos; otros en los que diferíamos pero con altura, con bases sólidas sustentadas en los sanos principios de la ética universal. Ahora continuamos en el Colegio Médico de Santander; ante mi desmotivación para seguir rigiendo los destinos de esta asociación, ha sido mi apoyo y mi estímulo. Cuando se me ha querido mañosamente inculpar por actitudes incomprendidas, ha salido en mi defensa, después de analizarlo todo y encontrar que no soy responsable de nada indebido.

Mas se me dijo que escribiera corto y me atemoriza el pensar que estas frases puedan interpretarse como las que se escuchan a manera de cuñas radiales en esta época preelec-

toral, aunque Roberto no figure para ninguna lista. Quiero terminar diciendo que hay seres a quienes se admira por sus cualidades específicas; el don de gentes, el humanismo, la cultura, la moral, la distinción, la caballerosidad, las buenas maneras, la ética, la preparación académica, el afán de enseñar, pero es difícil y cada día se hace casi imposible encontrar un profesional en el cual se conjuguen todas estas y otras más, como es el caso de Roberto Serpa Flórez. Del desempeño de su vida profesional, aunque exitoso académicamente, puede repetirse lo que él dijo de su padre «un médico que nunca supo ganar dinero del ejercicio de su profesión con los pobres y a quien sus pacientes tenía mucho afecto y confianza».

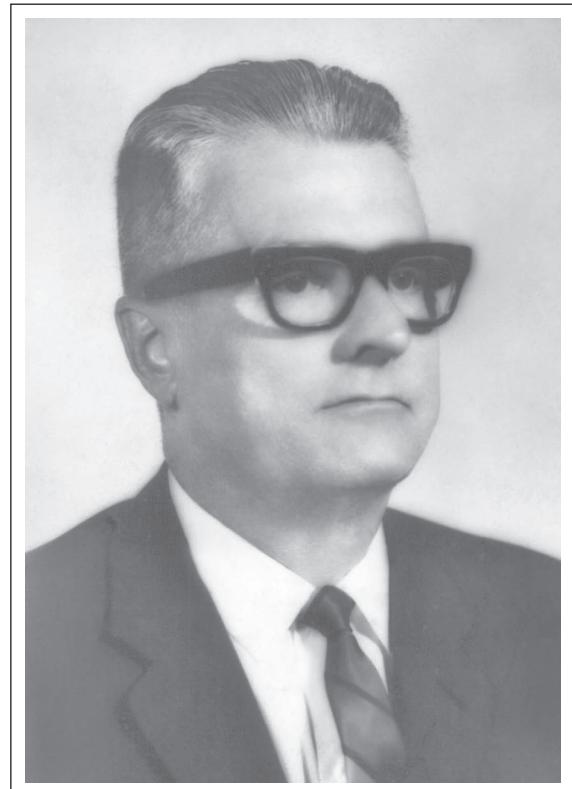
Este escrito no constituye el homenaje que yo quisiera, es un simple reconocimiento al colega, compañero y amigo por varias décadas, con quien he tenido la oportunidad de recorrer parte del camino de la medicina santandereana.

Bucaramanga, 4 de marzo de 2002.

ARTÍCULO INÉDITO, ESCRITO A SOLICITUD
DE LA FAMILIA.

VÍCTOR JULIO SUÁREZ
PADILLA

(1906 - 1992)



Nacido en Piedecuesta, estudió medicina en París, en La Sorbona, donde compartió apartamento con el hijo de un vicepresidente mexicano a quien recordaba por haberse dedicado a leer, pero no por estudiar. De allí regresó en 1932 con el título de Médico Especialista en Vías Urinarias después de una larga travesía en barco de 27 días, cuando ejercían en Bucaramanga un selecto número de médicos, entre ellos Martín Carvajal, Rafael Vesga Blanco, Roberto Cadena Menéndez, Gilberto Arias Delgado, Rafael Ordóñez, Daniel Peralta, Francisco Sorzano, Roberto Arenas Calvete, Roberto Serpa Novoa, Francisco Pradilla, José Antonio Jácome Valderrama, Gregorio Consuegra, Salvador Pérez y otros que sería largo enumerar.*

Víctor Julio a pesar de su especialidad, lo mismo que los colegas mencionados, atendía de todo: partos, cirugías y algunos procedimientos menores, los cuales debían practicar en el consultorio; por ello, junto con sus libros trajo consigo su equipo quirúrgico y una bomba de éter para la anestesia. Se vinculó al Hospital San Juan de Dios, siendo mi suegra una de las maternas que atendió cuando nació María Isabel Buitrago Solano, el amor de toda mi vida.

Ejerció por más de cincuenta años nuestra profesión en Bucaramanga, gozando de un buen ojo clínico desarrollado en la escuela europea, algo ya atrofiado hoy en las nuevas generaciones.

* Agradezco a los doctores Isaías Arenas Buenahora y Elio Orduz Cubillos la información sobre los médicos en Bucaramanga alrededor del año 1932.

Fue el médico de cabecera de mi padre, Carlos Julio Cortés Zaraza, además de su consejero, a quien lo unieron lazos de una profunda y sincera amistad acrecentada por su identidad política, nacida en los bancos de la escuela. A él debo el haber sido egresado de la Universidad de Antioquia, pues le sugirió a mi padre esta otra opción en aquella época cuando quien quería ser médico emigraba a Bogotá. Ambos emprendieron campañas por nuestro partido liberal y aunaron esfuerzos para lograr realizaciones en pro de la comunidad Piedecuestana: auxilios extras para el insaciable Hospital; la construcción de un moderno Centro de Salud y una Guardería, porque pueblo que se respetara debería contar con estas instituciones.

El doctor Víctor Julio contrajo matrimonio con Matilde González Navas en 1950 y de esa unión surgieron Martha Lucía, Juan Mauricio y Víctor Julio. Fue un hombre estricto, «muy estudiado, lector de historias, sencillísimo, caritativo y muy humano», dice su hijo Juan Mauricio.

Recto en sus determinaciones, como los médicos de esa primera mitad de siglo; impecable en el vestir, con su irremplazable corbatín a la usanza parisina, aún lo recuerdo con su figura erguida deambulando del Club de Comercio hacia su consultorio de la calle 35. Nunca habló mal de ningún colega.

A su partido le prestó múltiples servicios. Fue médico del Instituto de Seguros Sociales de Santander. Estuvo en la Beneficencia de Santander como Sindico; fue Concejal de Bucaramanga y Piedecuesta, Secretario de Salud en 1960 y 1961, cuando eran gobernadores Mario Latorre Rueda y Gustavo Serrano Gómez; también Secretario de Gobierno del médico Enrique Barco Guerrero en 1965 y de Agricultura con Julio Obregón Bueno.

Estuvo siempre atento a los vaivenes y acontecimientos nacionales y sólo lo escuché lamentarse de dos hechos: el deterioro de nuestro país en materia de seguridad; pues él mismo sufrió un intento de secuestro en su pueblo por el que tanto había trabajado; y la nostalgia al ver cómo las nuevas generaciones de profesionales médicos salían a ejercer sin practicar ninguna labor social, borrándose el concepto de caridad de los escenarios y cómo se iba falseando su aplicación.

Perteneció a una generación distinta a la actual, en la cual la honestidad era la reina que deslumbraba en todos y cada uno de los actos de la vida de ciertos hombres, a quienes por ese solo hecho debemos considerar grandes, diferentes a los demás. La honestidad no se improvisa.

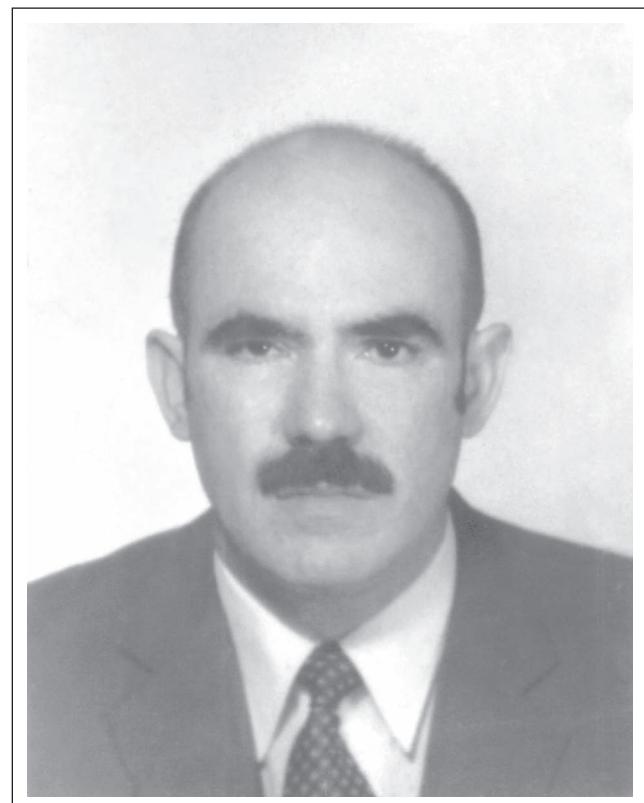
Bucaramanga, diciembre 3 de 1989.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL
CLUB DEL COMERCIO CON MOTIVO
DEL DÍA DEL MÉDICO.

FERNANDO VÁSQUEZ

ORDÓÑEZ

(1931 - 1991)





Leva ya varias semanas recluído en una de las clínicas de la ciudad, yo diría demasiadas, un hombre bueno, un viejo y grande amigo nuestro a quien movilizan de una pieza a otra con el achaque de que temporalmente requiere de cuidados intensivos, sin que ello cambie radicalmente la monotonía que últimamente acompaña su existencia ni mejore los quebrantos de su salud, asediada por múltiples factores.

Confieso que he sido incapaz de visitarlo. Mi cortedad en la expresión cuando me siento solo y desanimado ante alguien a quien estimo y creo que está sufriendo, mi espíritu demasiado práctico, incapaz de modificar lo que veo a mi alrededor, me han impedido acercarme a su lecho de enfermo. Me parece muy vulgar para la ocasión el saludar y repetirle lo que quizá oye muchas veces en el día: “¿cómo está?”, “¿cómo sigue?”, “¿cómo vamos?”, “se le ve mejor”, “Dios quiera” y otras más, me parecen frases triviales para dirigírselas a quien uno de verdad aprecia y sabe que su futuro es incierto.

Por eso públicamente me disculpo ante el “compañerito” por no haber ido a verlo, pero confío en que entenderá mi punto de vista.

Hace muchos años conocí a Fernando Vásquez Ordóñez. Era yo aún estudiante de Medicina en la Universidad de Antioquia cuando en unas vacaciones en mi ciudad natal, la de las calles largas y rectas, tuve la oportunidad de descubrir al colega alto, erguido, con una sonrisa para algunos forzada, quien con un “ala, qué tal”, me tendió la mano. Despues lo ví

deambular muchas veces por mi pueblo dirigiéndose al hospital, al consultorio, a visitar a alguien o buscando un medio de transporte para trasladarse a la capital; se le criticaba, como suele hacerse inmisericordemente con quienes no queremos perdonar porque públicamente buscan algún esparcimiento para cambiar la monotonía del diario transcurrir.

Más tarde cuando regresé con mi cartón a cuestas y en búsqueda de nuevos horizontes al Hospital San Juan de Dios “junto al Parque Romero”, allí el colega ya estaba dedicado a la anestesia como lo habían hecho Hugo Franco C. y Armando McCormick Navas.

Fundamentado en mi corto paso por el servicio de anestesia en el Hospital San Vicente de Paúl tuve oportunidad de asistirle en algunas operaciones cuando todo era normal, pues la patología me dejaba tiempo para ello. No digo que aprendí de él en esta materia pues la anestesiología no constituía mi afición, pero si en el aspecto humano. Su sinceridad, su descomplicación, su honestidad, su frase oportuna de fino o fuerte humor, ponían un tinte de armonía que contrastaba con la seriedad de los quirófanos.

Hubo muchas veces cuando fatigados por el ambiente soñoliento, sombrío y encerrado de una sala de cirugía, hacíamos una pausa en la “Última Lágrima”, sitio donde se dijeron tantas cosas de la ciencia de Galeno y de sus protagonistas en la capital de Santander y donde también se compartieron el inicio o la culminación y terminación de muchos romances.

Fernando amaba su anestesia y yo mi patología; por ello, hicimos lo que apenas empezaba a ser moda, viajar a concluir nuestras especializaciones. Quedaron tras nosotros muchas

horas de compartir, muchos ratos de bohemia, de esa sana que a nadie daña y que momentáneamente nos trae la nostalgia de algo que no brinda el ejercicio profesional.

Pasaron los años y ellos nos trajeron un cúmulo de conocimientos y experiencias que difícilmente se olvidan. Supe que Fernando se hallaba en Bogotá, que su estado civil había cambiado y que próximamente regresaría a Bucaramanga. Yo entre tanto repartía mi tiempo entre el academismo universitario y la organización de mi laboratorio particular.

Un día cualquiera su íntimo amigo Manuel Dangond Flórez comunicó los adelantos del consumado anestesiólogo en todos los campos; en su especialidad obviamente, en su aspecto social y lógicamente en el sentimental pues así lo indicaba el tener esposa e hijos.

Vino luego el complemento de su carrera iniciada hacia varios lustros como docente. Las salas quirúrgicas del San Juan de Dios vieron desfilar muchos colegas, incluyendo al actual Secretario de Salud de nuestro departamento, doctor Fernando Barragán, ansiosos por perfeccionar su entrenamiento en anestesiología. A ellos consagraba todo su tiempo, su paciencia, sus bríos, sin egoísmos, sin reservarse nada de lo que había aprendido.

Nunca se le vió preocuparse por acelerar las etapas de su procedimiento, pues no ha tenido afán para nada en este mundo, por el contrario yo diría que la parsimonia es su característica.

Tampoco el doctor Vásquez se detuvo nunca a averiguar si su paciente era privado o institucional, porque él jamás supo establecer estas diferencias, ni se le escuchó decir que dejaba

a alguien en reemplazo, porque debía reportarse a una clínica privada. Fue el Hospital, el del parque Romero primero y luego el González Valencia cuando resolvieron cerrar aquel, su único sitio de trabajo, y sus mesas quirúrgicas parte de las aulas donde se nutrieron sus múltiples discípulos, quienes tanto le deben y tan poco le han reconocido.

Porque hay que ser sinceros, quizá haya habido otros anestesiólogos antes y muchos después de él, pero Fernando los ha superado a todos en su constancia, dedicación y deseos de comunicar cuanto sabe; para él no ha existido la premura, tal vez en su hogar, pero no en el desempeño de su profesión.

Desafortunadamente hay especialidades médicas de esas que no salen a la luz. Se menciona insistenteamente a los cirujanos de transplantes, pero en sus éxitos nadie se acuerda de los anestesiólogos; se habla de buenos parteros, psiquiatras, traumatólogos y hasta patólogos, pero no de los anestesiólogos. Sin embargo, sabemos que para Fernando ello no importa; quizá por su sencillez así haya sido mejor.

No tuvo tiempo de pensar en hacer dinero, sino sólo en que su paciente tuviese una buena inducción sin ansiedades, y una excelente recuperación sin sobresaltos.

Por eso hoy desde el lecho de enfermo debe estar consolándose con la inmensa satisfacción de una labor cumplida a cabalidad y no a medias, sino con toda la intensidad que pone en sus actos y por la cual se le critica como si viviésemos en un mundo de ángeles.

Comentaba yo hace unos días que estamos en mora de hacer un reconocimiento a los colegas que han brillado en los diversos campos de la medicina; y uno de ellos es Fernando

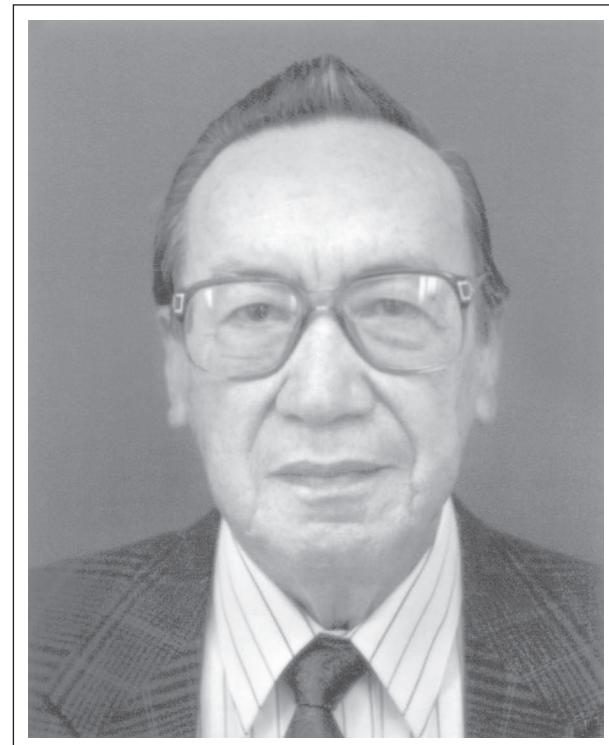
Vásquez, a quien solo momentáneamente atino a decirle:
“ánimo, compañero”.

Bucaramanga, 3 de diciembre de 1991.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL
CLUB DEL COMERCIO CON MOTIVO
DEL DÍA DEL MÉDICO.

JORGE VILLABONA ABRIL

(1920)



acido en Charta, con estudios de bachillerato en el Colegio San Bartolomé y profesionales en la Universidad Nacional terminados en 1944, habiéndose graduado el 17 de octubre de 1945 con la tesis “Síndromes Abdominales Quirúrgicos”, pues su intención inicial era ser cirujano. Como tal se desempeñó en el Hospital San Juan de Dios de Piedecuesta en los albores de su carrera, junto a otros colegas ya desaparecidos y que allí hicieron sus primeras incursiones en esta complicada especialidad, como fueron Mario Sorzano Jiménez y Alfredo Artunduaga. Parece que en mi pueblo como en Girón predominaban los bocios, porque recuerda como última experiencia de su paso por ese hospital el haber intervenido a 18 pacientes, quienes habían perdido la simetría de su cuello.

Más tarde, después de haber operado como ayudante del doctor Elio Orduz Cubillos en el Hospital de Bucaramanga, abandonaría voluntariamente la cirugía para dedicarse a la Medicina Interna. Laboró con una compañía petrolera del Valle del Magdalena Medio y en el Hospital de Sabana de Torres que disponía de veinte camas, laboratorio clínico, rayos X, entre otros servicios y allí hizo equipo con Ramón Velásquez y Félix Amaya. Sus funciones eran múltiples, atender a los pacientes médica y también a quienes lo requerían quirúrgicamente. Se ejercía con el criterio de globalización.

Las camas estaban ocupadas casi en su totalidad por víctimas de la “tanda cerebral”, una forma nerviosa, central,

del *Plasmodium Falciparum*, parásito que al parecer acabó prematuramente con la vida de José Eustasio Rivera cuando apenas tenía 40 años de edad.³

Pero nuestros pacientes superaron su enfermedad y disminuyeron el índice ocupacional de las camas hospitalarias porque el doctor Villabona utilizó el Diclorhidrato de Quinina, el Aralén y la Estreptomicina. Había solicitado a Wilson Rockefeller a través de la compañía petrolera 500 ampollas de Aralén y gracias a esto lograron sobrevivir 16 pacientes. Esta diligencia resultó fácil por sus nexos con las petroleras y por las facilidades de entonces en nuestra aduana. Los fallecimientos ocurrieron a consecuencia de infecciones renales, con anuria secundaria a glomerulopatía.

Vale anotar que quizá el único libro de Patología renal que traía esta complicación de la malaria era el de Allen-Kidney -y esto lo recuerdo muy bien pues me valió el haber ganado una apuesta a mi jefe de Patología, Ralph E. Erickson, en el Western Pennsylvania Hospital de Pittsburg.

Eran características en estos pacientes, dice el doctor Villabona, las “hemorragias en el fondo de ojo”. También hacían cuadros respiratorios y mostraban una serología positiva para sífilis, lo cual a veces olvidan nuestros nuevos clínicos. También gracias a la fotofluorografía era posible y relativamente fácil el diagnóstico del absceso hepático amebiano por la “característica inmovilidad diafragmática”.

En el Hospital de Cantagallo trató una epidemia de fiebre tifoidea habiendo usado el Cloromycetin, medicamento

3. Roselli Quijano, Humberto. Algo más sobre la enfermedad y muerte de José Eustasio Rivera. Revista Medicina – Vol. 24 No. 3 (60) Diciembre 2002.

tóxico por su lesión sobre las mitocondrias, agrega, pero que debía utilizarse por el riesgo de perforaciones por esta bacteria, la *salmonella typhosa*, complicación que presenció en algunos de sus pacientes. Es lamentable para nosotros que este enriquecimiento clínico terapéutico de medicina tropical, no se hubiera publicado.

En 1949 regresa a Bucaramanga donde otro profesional de la medicina, el doctor Alejandro Villalobos Serpa, ocupaba el cargo de Alcalde; excelente colega, quien se valía de sus cargos públicos para trabajar por la salud de nuestro pueblo. Fiel ejemplo de ello fue la creación del ya desaparecido Distrito Integrado de Salud, en una época el laboratorio clínico más grande de Bucaramanga, donde realizaron sus prácticas algunas estudiantes de bacteriología de la Universidad Industrial de Santander. Allí debí yo supervisar sus prácticas como coordinador de esta carrera en 1968.

Fue necesario realizar el nombramiento de diez personas para petrolizar las calles y eliminar los posibles focos de criaderos de mosquitos para evitar la fiebre amarilla, pues el dengue no se diagnosticaba en esa época en nuestro medio, a pesar de que las primeras epidemias datan de mediados del siglo XII⁴ y en Estados Unidos de América, del siglo XVIII; quizás como el cólera, enfermedad que yo pensaba solo aparecía en los libros de Patología, pero que recuerdo muy bien porque cuando viajaba de Nueva Delhi a Karachi en 1974 debí someterme a una vacuna, a pesar de mis ruegos. Las enfermedades van, vienen y regresan con los años, como ahora está sucediendo con la “Fascitis Necrotizante”.

4. Restrepo M. Ángela. et al. Enfermedades infecciosas. Fundamentos de Medicina. CIB. Medellín 1992

También entonces empieza la concientización de la necesidad de vacunación contra la fiebre amarilla, pues la gente no era fácil de convencer para que se la dejara aplicar. Ya había habido en Santander brotes epidémicos en 1923 en Socorro y Bucaramanga durante los cuales los doctores Mauricio Nova y Roberto Serpa Novoa habían desempeñado una excelente labor.

Era tan grande este problema que el gobierno nacional desde 1945 había establecido “puestos de viscerotomía” y en Bucaramanga había uno de ellos. Yo alcancé a enviar al hoy Instituto Nacional de Salud, al doctor Augusto Gast Galvis, algunas muestras que al resultar positivas fueron premiadas con la suma de \$15.00.

Creo que también he sido quien más necropsias por fiebre amarilla ha practicado en Bucaramanga: 15 casos. Desafortunadamente no logré motivar a nadie para que se publicaran mis informes y esos archivos desaparecieron cuando se cerró el Centro de Anatomía Patológica en el Hospital San Juan de Dios. Se trastearon muchas cosas al nuevo hospital, aún algunos vicios, pero otras de mayor valor se olvidaron

Recuerda el doctor Villabona que su jefe le ordenó averiguar qué sucedía con un grupo de damas que acompañaban todos los entierros, rigurosamente vestidas de negro, como la diosa Tanatos, llorando con extrema facilidad. Las siguió y encontró que eran plañideras profesionales de una funeraria local que ofrecía sus servicios con este atractivo complemento. Habían aprendido la lección bíblica...

Más tarde, ateniéndose a la normatividad vigente concursó para ser medico legista y obtuvo su puesto en 1951, trabajando con el doctor Rafael Calderón Villamizar. En aquellas

épocas era difícil este ejercicio; había más legislación escrita sobre esta rama de la medicina, que dotación en las oficinas seccionales y por ello abandonaría dicha actividad en 1961.

Ya en 1953 había contraído matrimonio con Edilma Mattos.

Siendo director del Hospital el doctor Mario Acevedo Díaz se crea el Departamento de Medicina Interna del cual es su primer jefe, y posteriormente se le anexan dermatología y otras sub-especialidades. Figuraban allí como parte del equipo médico los doctores Gilberto Peralta Vega, Luis Felipe Uribe Santos, David Cardozo, Jesús González Páez y Rafael Calderón, entre otros.

Era ya 1958; Gustavo Mogollón y Francisco Espinel Salive habían completado el equipo científico del Hospital San Juan de Dios. Se hicieron los primeros CPC (correlación clínica patológica) los sábados en la mañana; sin embargo eran contados quienes aceptaban discutir los casos de pacientes que terminaban en la morgue. El auditorio del tercer piso era insuficiente para albergar a los médicos ávidos de conocimiento y deseosos de aprender. Rozo Alfredo Cala, fue uno de sus internos y quien más tarde junto con Guillermo Bretón Mutis, Gilberto Peralta Vega y otros fundaron la Sociedad Santandereana de Medicina Interna.

Estas reuniones de carácter científico se alternaban con otras RCM (Reuniones de Clínicas Médicas), menos concurridas que las anteriores, y se realizaban en el salón de radioterapia donde era frecuente escuchar al doctor Villabona comentando sobre fisiología, patología, fisiopatología, a veces con la colaboración a regañadientes de los internos.

Allí en ese servicio, sin mucho alarde se hicieron múltiples punciones de diversa índole y se tomaron biopsias hepáticas,

hoy día relegadas por otros procedimientos menos precisos alegando que no son invasivas. Cada nuevo paciente que ingresaba a su servicio, constituía un nuevo reto diagnóstico para estudiar o consultar; era frecuente verlo aún los domingos estudiándolos. Su biblioteca y su escritorio arrumado de revistas son testigos mudos de su afán de vivir actualizado.

Considero que es de los pocos médicos que se ufana, no sin razón, de haber gastado hasta hora y media en examinar un paciente. Por ello no quiso adaptarse a los criterios del ISS, la primera EPS que existió. Aunque intervino en la fundación de la Escuela de Medicina de la UIS, nunca quiso ser su profesor, aduciendo razones muy personales. Fue un perenne admirador de los profesores Alfonso Uribe Uribe y Edmundo Rico.

Sin embargo, al principio no todo era color de rosa y hubo un momento en el cual decidió trasladarse a Barranquilla en busca de nuevos horizontes como lo habían hecho el ginecólogo Alfredo Peña, el cardiólogo Jorge Pinzón Mantilla y antes el anestesiólogo Hugo Franco casado con Marina Alarcón French, nuestra reina de belleza. Afortunadamente la clientela fue en aumento y no tuvo tiempo para cumplir con este deseo.

Permaneció en el San Juan de Dios hasta cuando fue tomado por la Anapo y su líder intelectual Carlos Toledo Plata llegó a la dirección científica. Si mal no recuerdo fue este último quien inició el pago de unos honorarios simbólicos de \$100.oo a fin de acumular tiempo para la jubilación.

Sin necesidad de lobby, pues este nunca ha sido su estilo, ingresa a San Camilo en calidad de internista. Allí practiqué yo algunas necropsias de pacientes con enfermedad mental

orgánica, siendo el primer y único patólogo con el cual contó esta Institución y pude corroborar sobre la mesa de necropsias algunos de sus diagnósticos y hallar casos interesantes como el de una hipoplasia de la arteria cerebral media, con sus consecuencias; dicho diagnóstico fue ratificado por el doctor Federico López, uno de los tres neuropatólogos que tenía Colombia. Los otros dos eran los doctores Gabriel Toro y Carlos García, quien dictó el primer curso de esta especialidad a la primera promoción de médicos de la UIS. Años más tarde el doctor Villalobos llegaría a ser el Director Médico de ese Centro Asistencial.

Trabajó como adscrito con el ISS y con otras empresas, pero bajo sus propias condiciones. Su consultorio sigue siendo hoy día y lo será siempre, parte esencial de su vida. Aunque ha recibido muchas distinciones, sus certificados no lo adornan. Su diploma de miembro del Colegio Médico de Santander desde 1958, es uno de los pocos allí presentes.

Las revistas, numerosas y recientes, reposan allí ordenadas sobre su escritorio, porque no pertenece al grupo de los que fue sino de los que siempre han sido, un estudioso asiduo y constante. Con él se puede dialogar sobre cualquier tema médico, hasta de biología molecular. Ese afán por enterarse de todo lo llevaba a cuanto congreso o actividad médica hubiese en la ciudad o en otros lugares.

Son contados quienes hoy día experimentan tanto amor por su profesión como él, constituyéndose en el modelo ideal de un ejercicio profesional. De la misma manera que existe el talento en los artistas podría decirse que el doctor Villabona tiene el talento del internista.

Cree que hoy día nuestro ejercicio profesional ha cambiado la observación del paciente por la dedicación al papeleo lo cual a veces se torna torturante. Esto lo hizo apartarse de frecuentar las clínicas. Muy caritativo y por ello hay una larga lista de pacientes agradecidos. Tiene dos tipos de compromisos: uno con su profesión y el otro con su familia. Solo descansa cuando con Octavio Cadena, Luis Ardila Casamitjana y otros amigos deciden coger los palos del golf.

Como padre, dice Maritza, siempre ha tenido «una excelente relación con sus hijas. Exigente cuando era del caso, pero protector llegado el momento. Aparentemente seco y distante, en la realidad era un verdadero copo de algodón que les proporcionaba bondad, afecto, cariño, consentimiento, amor e incondicionalidad como nunca han encontrado en otro ser humano. Solidario no solo en los momentos de crisis sino en todos los campos. Es maravilloso y nos inculcó además el amor al estudio y a la lectura». Nunca olvidan las «mesadas» que religiosamente depositaba en sus tocadores. Se preocupó porque tuviesen alguna profesión y también especialización. Afortunadamente Claudia, Laura, María Margarita, María del Pilar y Maritza hicieron realidad sus deseos. Recuerdan cuando se peleaban por acompañarlo a las visitas domiciliarias. Es además un abuelo encantador y aguantador que monta guardia con sus nietos enfermos hasta que aparece el pediatra.

Cuando le pregunté por la satisfacción más grande en su vida, contestó: «Haber educado a mis hijas y ejercer a conciencia mi profesión». Según sus propias palabras no tuvo tiempo para frustraciones.

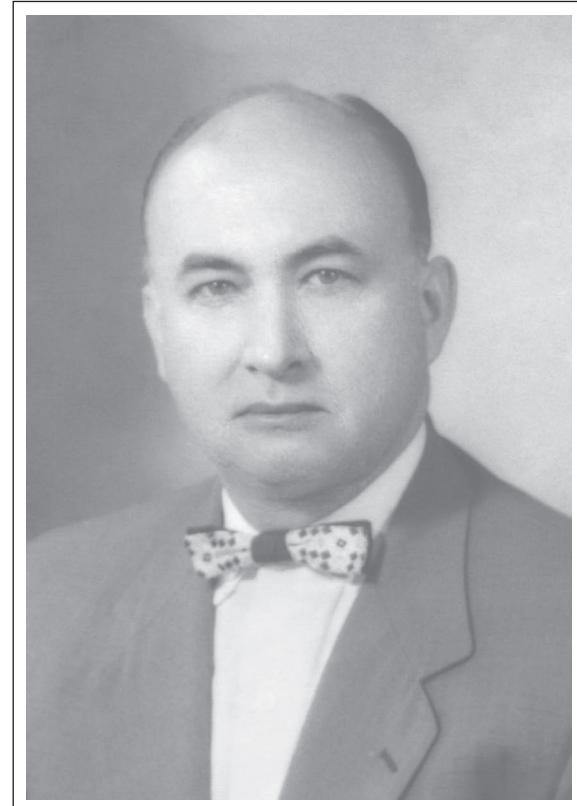
Señoras y colegas. Estas son algunas de las características del médico que esta noche queremos distinguir, expresadas en mis propias palabras. Quiero terminar diciendo que el doctor Jorge Villabona ha honrado la medicina santandereana por casi doce lustros y manifestarles mi complacencia por permitirme presentarlo a ustedes.

Bucaramanga, Club del Comercio, 3 de diciembre de 2003.

DISCURSO PRONUNCIADO CON MOTIVO DE LA
IMPOSICIÓN DEL ESCUDO DE ORO DE LA
FEDERACIÓN MÉDICA COLOMBIANA.

A N G E L O C T A V I O V I L L A R
G A L V I S

(1914 - 1992)





acido en San Gil en 1914, estudió su bachillerato en el Colegio San José de Guanentá y se graduó como médico con tesis laureada sobre “Tratamiento de las Esquizofrenias con Acetilcolina”, en la Universidad Nacional de Colombia.

Sentó sus bases de especialista en el Frenocomio de Mujeres de Bogotá y más tarde incursionó en las básicas médicas desempeñándose como Jefe de Trabajo del Laboratorio de Fisiología de la Facultad de Medicina que lo había graduado. Vino a Bucaramanga para intervenir en la fundación del Instituto Psiquiátrico San Camilo en 1953 siendo su primer director hasta 1958.

Anduvo por algunos años en el Hospital Santa Clara de Cartagena, intervino en la Fundación de la Sociedad Colombiana de Psiquiatría y regresó a la Ciudad de los Parques en 1961, ocupando un asiento en las Juntas Directivas de la Beneficencia de Santander, del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y de Emposan.

También se desempeñó en la Secretaría Municipal de Higiene y en la de Salud Departamental, época ésta cuando nos sentíamos orgullosos de quienes nos representaban en esos cargos. La cultura, la buena educación, los modales, el cumplimiento de las citas, eran las normas; respetábamos y nos sentíamos respetados. Hoy en día respetamos pero no nos sentimos comprometidos.

Fue docente, como lo son hoy sus hijos Juan Carlos y Luis Ángel, en las Facultades de Derecho de la UNAB y de la Santo Tomás. Tuve la fortuna de ser su compañero en el

Tribunal de Ética Médica de Santander en donde aún se le recuerda y también en el Capítulo de Santander de la Academia Nacional de Medicina.

En 1963 fue fundador-director de la primera Clínica particular de su especialidad que existió en Bucaramanga y que llevó el nombre de Clínica Psiquiátrica Martín Carvajal. Desafortunadamente ese temerario ensayo fracasó, así como la primera unidad de cuidados intensivos que hubo en Bucaramanga, situada en la esquina de la calle 34 con carrera 26, abierta a su costo por el desaparecido cardiólogo Jesús Reyes Suárez. Ambos quijotes creyeron en lo nuestro y en los nuestros, pero debieron rendirse ante el fracaso y la poca colaboración de sus colegas.

Incursionó activamente en la política dentro del partido liberal. Fuimos compañeros en la Junta Directiva de AS-MEDAS, en el Tribunal Nacional de Ética Médica y en la Academia de Medicina, Capítulo de Santander.

Solía dirigirse a los otros médicos, con la ternura de un colega.

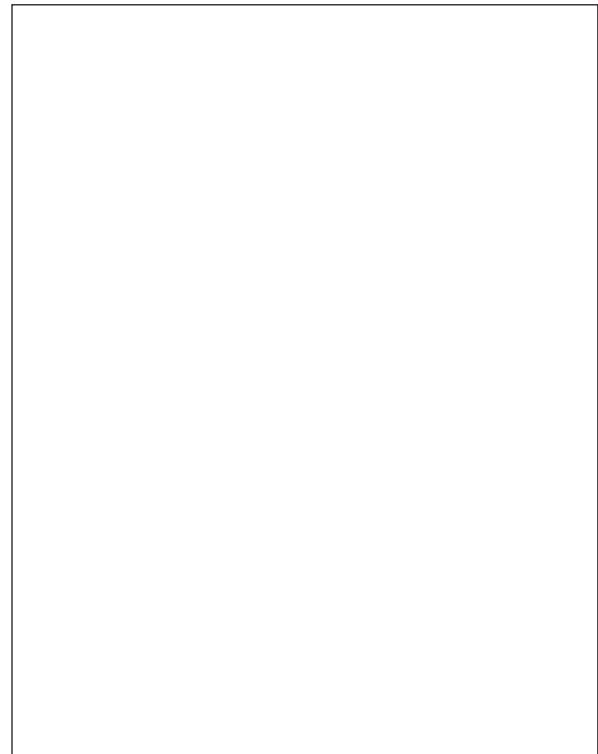
PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL TRIBUNAL DE
ÉTICA MÉDICA DE SANTANDER CON MOTIVO
DE SU FALLECIMIENTO.
NOVIEMBRE DE 1992.

..... RECONOCIMIENTO FILIAL

CARLOS JULIO CORTÉS

ZARAZA

(1906 - 2001)



Coterráneo de Próspero Rueda y Néstor Páez Rodríguez, entre otros, emigró prematuramente de Oiba, su tierra natal, cuando aún no había cumplido los diez años. Había nacido en 1906. Sus padres fueron Segundo Cortés y Lucrecia Zaraza. De su familia casi nada supimos. Solo conocimos una foto de la madre en la cual se vislumbran algunos rasgos de mi padre; aparece como una persona seria a quien él achacaba, en esa época en la cual no estaba de moda el DNA, su carácter recio y fuerte. También tratamos y compartimos muchos momentos con su hermana María de Jesús, la madre de Arturo, Alcira y Alicia; y algo oímos hablar de su hermano Luis Francisco.

Su infancia fue dura, difícil, sin juguetes de ninguna especie. Debía rebuscarse para ayudar a su propia supervivencia y a la de su madre. Así inicia prematuramente su vida laboral en algunas haciendas de los alrededores de Piedecuesta, como «aguatero y mandadero» ayudándose de una catabra. Apenas tuvo tiempo para aprender algo de lectura y escritura; los demás conocimientos los fue adquiriendo en la dura escuela de la vida.

Solía contarnos que en esa época vestían por igual a niños y niñas, con largos camisones y a veces con la cabellera larga. En cierta oportunidad otros muchachos mayores que él, para dirimir una apuesta referente a su sexo, no tuvieron otro remedio que ensayar un “strip tease” en busca de la anatómica diferencia.

Creció en medio del trabajo y las dificultades “buscando el centavo” según sus propias palabras, en una u otra cosa.

A veces durmiendo en los carros para cuidar los puestos de quienes viajarían al día siguiente a la capital, a veces como ayudante del chofer. Aunque no era zapatoqueño, tuvo un espíritu ahorrativo y ya en 1930, graduado de conductor autodidacta porque no se conocían las escuelas de automovilismo, logró adquirir un vehículo para uso público y posteriormente otros con los cuales conformó la primera Empresa de Transporte de la región, la Flota Piedecuesta.

Siempre se ufano de haber sido él quien en 1935 transportó en uno de sus carros desde Bogotá a Bucaramanga al Nuncio Apostólico de la época, Monseñor Paolo Giobbe.

El 25 de febrero de 1933, buscando compañía a su soledad contrajo matrimonio con Ana del Carmen Caballero, hija de Hilario Caballero y María Supelano, oriundos de la provincia de García Rovira pero sin la beligerancia de sus pobladores. Fue su hermano Gilberto y sus medios hermanos, Ernesto y Segundo Cepeda. Mi madre paciente y sumisamente lo acompañó durante 58 años; tuvieron nueve hijos: Aralinda, Carlos, María del Carmen, Leonor (fallecida); Luis Ernesto, Myriam, Jorge Enrique (fallecido); Graciela y Gloria Cecilia (fallecida).

Además entró a formar parte de este grupo familiar María del Rosario Niño, quien ayudó a mi madre desde muy temprano, por allá en 1936, a nuestra crianza y en todas las labores que sin contar con la moderna tecnología debían practicarse en cualquier hogar. “Tatica” como cariñosamente la llamábamos, era imprescindible en nuestra organización y lo fue por varias generaciones. Despues de la desaparición de nuestra madre en 1991, continuó con nosotros durante muchos años, siempre derrochando amor, buen genio, bondad

y atenciones hasta cuando físicamente le fue posible. Como alguien de la familia dijo, fue el ángel guardián que Dios nos envió y perteneció al grupo de aquellos seres que cada día son más escasos.

Los primeros años de su matrimonio también los dedicó a la mecánica. Empezó como ayudante lavando tornillos, tarea en la cual le sucedió inicialmente el primo Arturo Cortés, el más noble, fiel y leal de los servidores de mí padre, a quien reemplazaba yo en mis vacaciones; luego llegó a ser mecánico.

Tuvo su propio taller especializado en la marca Chevrolet, pues decía que FORD era la sigla de “fabricación ordinaria reparación diaria”. Más tarde abrió un almacén de repuestos para evitar el viaje a Bucaramanga a buscarlos, perdiendo a veces casi una hora. Quien gastaba menos tiempo era el llamado “Guananí”, nombre que le antepusieron a Gustavo Gutiérrez quien quiso ser corredor de carros cuando aún Montoya no estaba en perspectiva y creo ni existiese la fórmula uno, y esgrimía como record gastar 15 minutos entre Bucaramanga y Piedecuesta, cuando todo mundo hacía este recorrido en 45 minutos.

Fue mi padre un fiel devoto de la Virgen del Carmen y cuando se aproximaba el 16 de julio, con entusiasmo intervenía en la programación de las diversas festividades, motivando a sus amigos, compañeros de flota y algunos compadres suyos a que colaborasen en el bazar, la vara de premios, la procesión, el desfile y demás eventos.

Con el deseo de incorporarse más al servicio social y ayudar a la tierra que lo había adoptado, acepta en 1944 la Sindicatura del Hospital de Piedecuesta que ejerció durante seis años. Aprovechando recursos propios del hospital y gracias

a la ayuda de los más pudientes, consiguió donaciones para la construcción y adecuación del servicio de pensionado y media pensión, como se usaba en esos centros asistenciales. Las puertas y los objetos adquiridos se identificaban con los nombres de quienes los habían obsequiado. Se adaptó un salón especial para maternidad, se fortaleció la unidad quirúrgica con el nombramiento de los doctores Lope Carvajal Peralta, Jorge Villabona Abril, Mario Sorzano Jiménez, Alfredo Artunduaga y Primitivo Rey. Se compró instrumental, autoclave y lo que hoy llaman “equipamiento” quienes se dicen «médicos administradores». Recuerdo cómo aun siendo yo preadolescente le escuchaba narrar, a su manera, las intervenciones quirúrgicas que presenciaba y los especímenes quirúrgicos que los colegas extraían.

También impulsó la construcción y dotación del Anfiteatro Municipal. Fundó el primer Asilo de Ancianos de Piedecuesta, hoy reemplazado por una edificación más moderna y en sitio diferente, obra que apoyó con su vigilancia y sus dádivas hasta su muerte. En la vieja edificación funciona ahora el Hogar de la Joven. En 1950 el Ministerio de Salud lo nombra como Delegado de la Nación ante la Junta de Beneficencia del Hospital de Piedecuesta.

Sin descuidar el servicio social ingresa a la actividad política, siendo un liberal de tiempo completo, de dedicación exclusiva y oficialista 100%, pero sin fanatismo. No se opuso a que yo estudiara con sacerdotes; disciplinado, noble y honesto, hizo de la política un medio para servir a los suyos, pero no la utilizó en provecho propio ni de sus hijos. Al partido liberal entregó su dinamismo, su consejo, su asesoría cuando eso resultaba peligroso; predicaba la convivencia y la

paz cuando éstas constituían un mito. Sufrió persecuciones, vejámenes, noches de insomnio por el «pecado» de confesar que era liberal, cuando alguien desde un púlpito osaba decir que “era más pecado ser liberal que vivir amancebado”.

Ocupó la presidencia del Directorio Liberal Municipal en varias oportunidades; siempre predicando la no violencia aunque fuimos sus víctimas, pues tuvimos que pasar varias noches en vela ante la amenaza de bombas. En esta actividad se relacionó con los dirigentes de la época como Alejandro Galvis Galvis, León Amaya, Augusto Espinosa Valderrama, Emilio Suárez, Eduardo Camacho Gamba, Ramiro Blanco Suárez y otros más.

Entre sus muchas actividades, aceptó la Alcaldía de Floridablanca y más tarde en febrero de 1969 el cargo de Pagador de la Escuela de Trabajo Victoriano de Diego y Paredes. Consiguió una partida para que Piedecuesta contara nuevamente con Banda Municipal y los coterráneos pudieran disfrutar de las retretas dominicales. También fue presidente de la Junta de Acción Comunal de Piedecuesta, y en 1984 fundó con otros más la “Sociedad de Amigos de la Localidad”.

Con la satisfacción del deber cumplido recibió varias distinciones, como la «Orden de la Solidaridad y Sensibilidad Social» de la Asociación Voluntaria de Alivio al Cáncer el 3 de Mayo de 1988 y la condecoración «General José María Mantilla» otorgada por el Concejo Municipal de Piedecuesta, mediante la resolución No. 021 de junio de 2000, entre otras.

Como anoté en la celebración de sus noventa años, fue un buen padre y por ello además de quererlo, lo admiramos. Responsable, creyente sin llegar al fanatismo, exigente, serio, muy puntual a la hora de los compromisos, se fastidiaba

tremendamente cuando le incumplían. Muy caritativo. Una de sus nietas., Sandra Ramírez dijo: “Su amor al prójimo fue incondicional. Ayudó no solo con palabras sino con acciones y todas esas actitudes le nacieron desde lo más profundo de su alma”.

Como hombre de palabra deseó que los suyos también lo fueran, pues la rigidez en todo fue su norma. Sin ser cariñoso, porque ese no era su talante, se preocupaba por los suyos y su suerte. Sincero con sus hijos, a quienes advirtió que el único legado que les dejaría sería el estudio. Nunca se entremetió en la escogencia de nuestra profesión; solo aconsejaba describiendo a su manera, los pros y los contras de cada una de las carreras que le mencionábamos y esperaba que con la elección adecuada, nos superáramos. Cuando decidí en Pamplona que abandonaría el Seminario para ser médico, no mostró contrariedad. “Con tal que siga estudiando algo útil”, me dijo. Siendo sencillo en el vestir esperaba que anduviésemos bien presentados y en especial los médicos, claro que sin pretender que lleváramos el sombrero de “copa” o el chaleco con relojera que una vez lució orgulloso cuando esa era la moda.

Sintió amor por su tierra adoptiva sin olvidar a Oiba, y lo supo inculcar en su familia. Vivía enterado de cuanto acontecía a su alrededor y en el mundo y se podía compartir con él sobre estos hechos. Recuerdo que cuando la muerte de Robert Kennedy, hallándome yo descansando aún, me despertó para contarme lo acontecido. Era ameno y oportuno en los ratos de esparcimiento: anécdotas, chistes, apuntes de variado tono constituían su repertorio habitual. De pocas aficiones, solo recuerdo que en una oportunidad invitó a mi

madre a Bogotá a una corrida de toros en la cual aparecía un colombiano de nombre Ñito Ortega.

Conservó su lucidez y su sentido del humor hasta el final de su larga vida. Sólo el cansancio del paso de los años, la viudez, la pérdida irreemplazable de sus amigos, el olvido de sus copartidarios y de su partido al cual le fue fiel toda su vida y el deterioro inevitable de nuestra inmisericorde involución orgánica que en algunos se ensaña mas en los órganos de los sentidos que en otros, lo fueron doblegando hasta ansiar el descanso definitivo con la visita de la parca, que como siempre llegó cuando menos la esperábamos, el 30 de diciembre de 2001.

Afortunadamente, como hijos pudimos brindarle algunas satisfacciones, aunque siempre persiste el remordimiento de que éstas pudieron ser mayores y menores los sinsabores.

Otros

*Recuerdos y
Reflexiones sobre
la Medicina*

ARTÍCULO INÉDITO CON MOTIVO DE SU MUERTE.

MARZO DE 2002



PATOLOGÍA REGIONAL

A pesar de que la Patología como especialidad ha tenido exponentes desde antes del descubrimiento de América, como veremos en posteriores artículos, el primer especialista en esta rama solamente llegó a Bucaramanga a mediados de 1958.

Fue el doctor Gustavo Mogollón Sánchez el primer Patólogo no solo del Hospital sino también de Bucaramanga y quizá de esta zona del país, pues Cúcuta tuvo su Departamento de Patología posteriormente. A quien escribe este artículo correspondió ser el primer colaborador del doctor Mogollón, en calidad de entrenamiento.

Antes de esa época nuestros cirujanos, los doctores Elio Orduz, Primitivo Rey y otros colegas conocedores de la importancia del Patólogo como ayuda en el diagnóstico de ciertas enfermedades, como el doctor Max Olaya Restrepo, debían enviar sus casos a Medellín y esperar pacientemente la vuelta del correo que habría de traer “las buenas nuevas”.

Con el correr de los años el servicio de Patología se ha extendido a diversas regiones del país y en algunos años más tendremos varios centros de Patología en nuestro Departamento de Santander.

El Servicio Seccional de Salud de Santander, consciente de la importancia que representa en todo medio hospitalario

la Patología, ha abierto un nuevo campo de acción a nuestra especialidad. Esta semana se ha firmado un contrato entre esa entidad y el grupo de Patólogos de Bucaramanga, con el fin de que pacientes de Hospitales Regionales Integrados como los de Barrancabermeja, Málaga, San Gil y Socorro disfruten de las mismas ventajas de los enfermos que asisten al Hospital San Juan de Dios de esta ciudad.

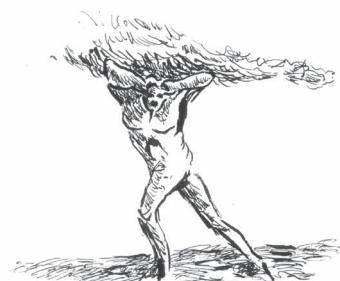
Por su parte los Patólogos se han comprometido a viajar periódicamente a esas ciudades con el fin de dialogar con sus colegas sobre los más interesantes casos presentados durante el transcurso del mes.

No dudamos de que esta nueva modalidad de contrato que se ensaya en nuestro departamento ha de redundar en beneficio no solo de la comunidad sino también de nuestra profesión y podrá darnos además un conocimiento más amplio sobre la Patología Geográfica.

Bucaramanga, 24 de febrero de 1972

DE BLAKE

LA TRANSFORMACIÓN DEL
ARBOL ROTO POR LA TORMENTA
EN UN CAÍN ATORMENTADO.
NO NECESARIAMENTE DESPUÉS DE
LA TORMENTA LLEGA LA CALMA
AVECES EL PESO DE LAS CULPAS
NOS DEJAN ESTÁTICOS PARA
SIEMPRE. PARECE RECORDARNOS POR MOMENTOS
ESTE PAÍS. E INDAGARNOS POR
NUESTRO DESTINO Y VIABILIDAD
HISTÓRICA.



Javier

CONFERENCIA EN EL SOCORRO

Socorro, la legendaria, tradicional, severa ciudad, con su Hospital Regional cada día en busca de nuevos horizontes, fue el escenario ideal para que el pasado fin de semana varios profesionales de la medicina nos reuníramos y dialogáramos. El motivo central de los comentarios habría de ser un paciente llegado hacia unas semanas de Simacota en busca de alivio para sus múltiples dolencias. Desafortunadamente para él y para nosotros no fué posible el despertarle para este mundo y allí hubo de terminar su existencia a pesar de los esfuerzos hechos por los colegas.

Así pues se trataba de analizar a posteriori este “nuevo caso”. El doctor Juan E. Nobman fue la persona encargada de iniciar la reunión; con la propiedad y claridad que nos hacía recordar la época de nuestros estudios universitarios, nos introduce por los campos de la bioquímica, la fisiología y la medicina interna. El doctor Manuel Pérez, médico del Hospital de Chima, con la seriedad y parsimonia de un profesor universitario, entra después a hacer algunas reflexiones sobre otros aspectos diferentes a los comentados por el doctor Nobman.

Continuando con los conceptos de otros colegas, el doctor Carlos A. Fernández nos lleva a considerar el vasto campo de las enfermedades profesionales. Nuestro compañero de

estudios por corto tiempo, el doctor Alfonso Mejía Salas, también tiene algo que decir. El doctor Nova, guiado por la clínica francesa a la cual es tan dedicado, asevera que este paciente sufrió lo que un colega nuestro denominó “el síndrome colombiano” (hambre).

Sin embargo el doctor Barragán hace algunas consideraciones más, basándose en lo poco que pudo comunicar en vida el paciente. El doctor Jaime Villarreal trata de sacar alguna luz del único estudio radiográfico practicado a este enfermo. A todas estas el único que permanece callado es el doctor Mauricio Hurtado, quien ha venido a la reunión desde Suaita.

Cuando se han agotado las observaciones toma la palabra el doctor Foronda, quien junto con el doctor Andelfo Gómez y el doctor Fernández fueron los galenos que practicaron el examen post-mortem de ese paciente en un trabajo en llave o equipo, como lo llamamos. Finalmente nos toca el turno y se aclaran algunos aspectos del caso.

Así transcurre la primera correlación clínica patológica (C.P.C) aquella mañana en el Hospital del Socorro. Naturalmente esta reunión ha sido posible gracias al interés del médico director del Hospital Regional doctor Saúl Rugeles. Desde que ofrecimos los servicios de Patología a los Hospitales Regionales, el Socorro ha llevado siempre la iniciativa. Nos comentaba el mismo doctor Rugeles que próximamente aparecerá un boletín sobre las actividades hospitalarias donde en corto tiempo se estarán publicando las “estadísticas socorranas”. Más como todo no ha de ser trabajo, allí no terminó nuestra visita.

Acompañados por nuestras esposas nos transportamos al Club Yariguí a disfrutar de un ambiente completamente campestre. Entonces sí pudimos escuchar al doctor José Domingo Puentes e intercambiar ideas con todos los colegas. Finalmente vino el camuro y el silencio nos acompañó a todos.

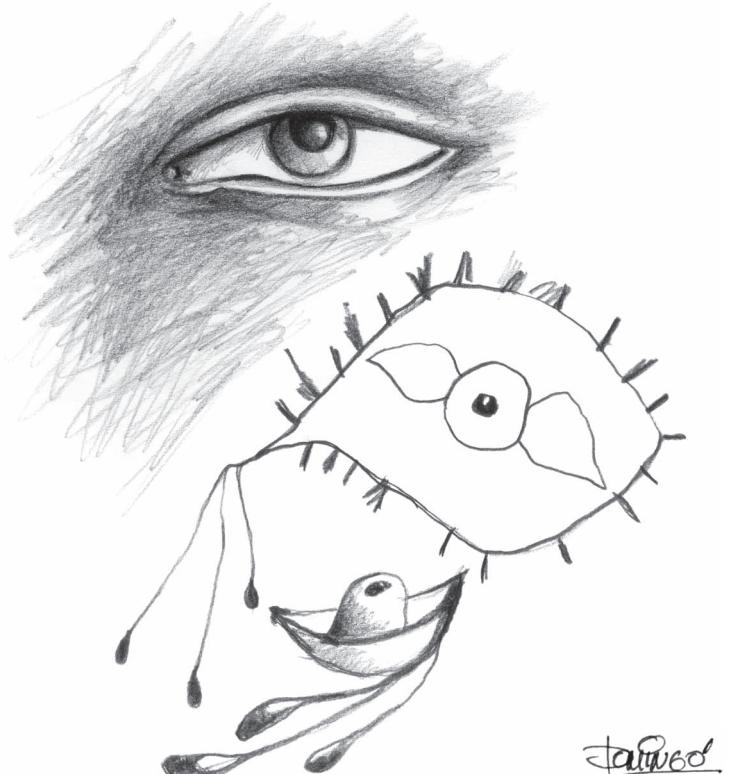
Nuestra misión de llevar el primer C.P.C. al Socorro se había cumplido y no de cualquier manera, pues la parte académica estuvo a la altura de las conferencias de esta índole que se presentan en las más prestigiosas universidades del mundo.

Bucaramanga, 4 de mayo de 1972.

DIC BOTTICELLI Y PICASSO

OJOS

LOS OJOS EN MANOS DE BOTICELLI
TIENEN UN MISTERIO ALMENDRADO
QUISIERAMOS VER EL ROSTRO QUE
LOS CONTIENEN. EN PICASSO JUGUETÓN
COMO SIEMPRE, NOS DEJA VER
PAJAROS Y LIBERTAD O SE
TRANSFORMAN EN PEQUEÑOS
BARCOS QUE NOS REMONTA A UN
VIAJE DE FUTURO ANSIADO.
¡HABRÍA QUE VER!



X ASAMBLEA NACIONAL DE LIGAS DE LUCHA CONTRA EL CÁNCER

Bucaramanga sigue gozando de ser un sitio de predilección cuando se trata de escoger sedes para reuniones de Sociedades, Asambleas y Congresos no sólo de índole científica sino también de otras clases.

Ya hemos tenido un buen ejemplo en el campo médico con las últimas reuniones de Psiquiatras, Endocrinólogos, Gastroenterólogos, Obstetras y Ginecólogos, para no mencionar sino aquellas que guardan relación con nuestra profesión. A fines de año tendremos la de Patólogos. Pero hay una más cercana a la cual quiero referirme hoy. Se trata de la Décima Asamblea Nacional de Ligas de Lucha contra el Cáncer que se llevará a cabo los días 29, 30 de junio y 1º de julio.

Aprovechando la gentil invitación de la Liga Santandereana de Lucha contra el Cáncer asistimos a la pasada reunión en donde se hablaba de la programación y de ella pudimos extraer algunas anotaciones de las cuales quiero hacer partícipes a quienes tengan la oportunidad de leer esta columna. Este evento que se avecina es otra realización más de nuestra Liga Santandereana, formada por elementos altamente conocidos por su personalidad altruista y una de las pocas entidades de este género que labora callada pero ardua y desinteresadamente.

El Coronel Quintín Gustavo Gómez fue su Presidente durante un lapso aproximado de cinco años. Ahora ha entrado a reemplazarlo el doctor Hernando Pardo Ordóñez; don Reynaldo Navarro ha sido su dinámico secretario, don Carlos A. Gómez Mejía su estricto tesorero y el doctor Francisco Espinel Salive, su coordinador médico.

Hay otros elementos de igual valía formando parte de la Liga como son el médico Héctor García, el arquitecto Álvaro Cubides, don Felipe Uribe y algunas personas más que se nos pueden escapar momentáneamente.

No me corresponde en realidad hablar sobre las realizaciones de la Liga pues mi contrato con ella no me lo permite, pero sí vale la pena reconocer que ha jugado un papel primordial en la campaña de diagnóstico precoz del cáncer por medio de publicaciones, películas, conferencias y abriendo tres consultorios a donde pueden acudir las personas deseosas de hacerse su chequeo. Para ello ha encontrado la eficaz colaboración de las Damas Grises.

Estoy seguro de que los planes que tiene la Liga para el futuro le permitirán no solo prestar un servicio más completo a quienes lo soliciten sino también seguir jugando un papel esencial en la erradicación de este terrible azote. Además la reunión de la X Asamblea en Bucaramanga, que gracias al esfuerzo de sus organizadores será la primera en contar con colaboración internacional, no sólo dará buen nombre a nuestra ciudad, sino que habrá de traernos grandes beneficios en un futuro inmediato.

Bucaramanga, 15 de junio de 1972.

SEGUNDO CURSO TALLER PARA HISTOTECNÓLOGOS

El Papel del Histotecnólogo

Cuando el señor Luis Eduardo Cortés me pidió que convocara este segundo evento, tuve algunas dudas pues algunos de mis compañeros de organización en mayo de 1991 se hallan hoy sumergidos en otras actividades con poco tiempo libre y el respaldo económico con el cual contamos entonces ya no existe, pues la Sociedad Colombiana de Patología ahora tiene su sede en Medellín y desconocemos su actitud. Además queríamos ofrecerles algo diferente a lo publicado en el manual entregado al finalizar el taller.

Afortunadamente la buena acogida dispensada en esta oportunidad por ustedes y especialmente por la Sociedad Distrital de Histotecnólogos, hizo posible este segundo encuentro que esperamos sirva para consolidar el grupo de quienes tienen como profesión auxiliarnos en nuestros estudios.

Es nuestro deseo que las próximas reuniones académicas sean organizadas por una asociación, ojalá de carácter nacional, cuyos miembros estén identificados por el interés en la actualización y en compartir experiencias. Si desean escoger nuevamente esta ciudad para ello, cuentan siempre con nuestro decidido apoyo, entusiasmo y desinteresada colaboración.

En este caso, para la selección de los temas se escucharán insinuaciones de algunos histotecnólogos, observaciones de colegas patólogos como los doctores Ernesto García, María Emma García y Segundo Herreño y con el ofrecimiento de los trabajos libres de la Asociación Distrital de Histotecnólogos, cuyo ejemplo esperamos sea imitado.

Capítulo aparte merece el doctor Simón Peraza, visitante invitado en varias oportunidades a Bucaramanga, quien no vaciló en aceptar el favor especial que le pedimos de unirse al grupo de los conferenciantes.

Ustedes recordarán que hace cerca de cuatro años médicos de distintas especialidades, preocupados por el incremento del cáncer gástrico en nuestro país, se encontraron en Betania con el fin de hacer un protocolo nacional que describiera la realidad del comportamiento de esta neoplasia en nuestro medio. Desafortunadamente esta iniciativa no tuvo la acogida que era de esperarse.

Pero ya hoy contamos con un nuevo formato, presentado en Medellín por la anterior Junta Directiva de la Socopat, de modo que será posible tener nuestras propias estadísticas para el XXXII Congreso de Patología en Armenia en 1996.

Creo sinceramente que con el Seminario que dictará nuestro colega venezolano estaremos completando el estudio de estos estados preneoplásicos del cáncer gástrico y contribuyendo en algo en el campo preventivo de este incurable flagelo.

Nos pareció interesante incluir en el programa otros dos temas de moda: la bioseguridad y la ética. La primera porque es bueno recordar periódicamente algunas precauciones que

deben tomarse en nuestro trabajo rutinario a fin de evitar accidentes desafortunados que puedan implicar serios riesgos para nuestra salud. La segunda porque considero que en esta cruzada nacional de la salud, nos corresponde jugar un papel que nadie puede arrebatarnos y además pienso que podemos aportar algo para salir de este caos en el cual involuntariamente nos hemos involucrado.

Por otra parte, en cualquier profesión o especialidad es preciso mirar hacia el futuro. Habrá sitios de trabajo en los cuales todo un proceso deberá hacerse a mano pero también habrá otros donde la automatización ya llegó. Es preciso estar preparados y ser receptivos ante las innovaciones que se nos ofrecen. Recuerden lo dicho por G. Luna:

“La histotecnología no es ya una ciencia primitiva; es una disciplina altamente sofisticada y técnica, es una profesión madura que a base de esfuerzo y dedicación se ha ganado el respeto de la comunidad médica y científica”.

Releía mi intervención de hace tres años largos cuando nos reunimos por primera vez con este mismo fin. Aparentemente no mucho ha cambiado y quizás solo se observan en nuestros rostros las huellas imborrables del paso del tiempo. Pero hay algo más loable en todos nosotros y es que perdura el interés por aprender y saber un poco más de nuestra actividad. Por eso nos hallamos aquí reunidos. Bienvenidos a este segundo encuentro; abrigo la certeza de que no habrá de ser el último. Seguramente se podrán hallar deficiencias de diversa índole en la programación y ejecución, la culpa es solo mía.

Mis agradecimientos a todos los participantes; a la Universidad Industrial de Santander y a mi compañera de fórmula,

la doctora María Emma García Ardila; ella siempre ha estado dispuesta a secundar nuestras inquietudes, a darles solución a mis afanes y a tolerar pacientemente mis desplantes. Bucaramanga siempre los esperará con los brazos abiertos y el futuro orgulloso mostrará a los demás que aquí fuimos capaces de reconocer que los Histotecnólogos forman la parte más importante del equipo de diagnóstico del patólogo, y que nuestra labor será más fácil entre mejor calificados y recompensados se hallen ustedes.

Quiero que dediquemos algunos momentos a mirar unas filminas, no como un recuerdo nostálgico sino histórico, pues al no hacerlo por timidez, otros lo harán apropiándose de algo que no les pertenece. Las primeras hacen referencia a Lee G. Luna, nacido en 1931 y muerto el 27 de febrero de 1992, quien fue un histotecnólogo innovador que desarrolló muchos procedimientos para simplificar técnicas o mejorar la calidad de las preparaciones. Publicó alrededor de 150 artículos y 3 libros. Fue fundador del Histo-Logic, cuya publicación apoyó durante 21 años.

El segundo grupo corresponde a la evolución de la patología en Bucaramanga. Van más de tres décadas durante las cuales se han procesado aproximadamente 200.000 muestras en diferentes sitios, hechas la mayoría por algunos de ustedes. ¡Esto para qué? Pues para que mañana no se vaya a decir que el primer histotecnólogo llegó a Bucaramanga después de 1995.

Decía yo hace más de tres años y medio al hablar del papel del histotecnólogo que en ese nuestro primer contacto sólo hablaríamos de la rutina, sin tocar otros temas de avanzada

que quedaban en perspectiva para una próxima oportunidad. Hoy ésta se nos ha brindado y confío en no defraudarlos, pues sólo me limitaré a un sencillo enunciado que sirva de introducción para eventos venideros cuando indudablemente “nos tocará”, al decir muy santandereano, desarrollarlos individualmente.

Les pido disculpas y paciencia a quienes ya dominan esta moderna tecnología y les parecerá muy rudimentaria mi charla. Pero así la he programado pensando en que la mayoría de ustedes, como nosotros los de provincia, continuamos en la era de la parafina, tal vez no por falta de interés sino de apoyo de quienes se han encargado de dirigir los laboratorios. Estos comentarios persiguen dar una ilustración general, familiarizarnos con una tecnología cada vez más mencionada en las revistas, despejar el temor por la automatización y entender la lectura de los artículos que vayan apareciendo relacionados con nuestro campo.

Cuando se decidió organizar este certamen, puesto que no intervendría como ponente oficial, me pareció lógico al menos justificar mi presencia quitándoles algunos minutos para hacer dos consideraciones: la primera alrededor de su actividad profesional y la segunda, para contarles cómo surgió la idea de este evento.

Pienso que los patólogos hemos estado en mora de reconocer públicamente el trascendental papel que ustedes desempeñan en el ámbito de nuestra especialidad, el cual sale a relucir cuando otros profesionales de la medicina acuden en busca de nuestro concepto para descartar o confirmar una posibilidad diagnóstica.

Durante mi desempeño cercano a las tres décadas, he conocido varios histotecnólogos, algunos aquí presentes. Cuando reviso mis archivos y las copias de cerca de 60.000 informes de estudios con sus respectivos diagnósticos, debo decir sin temor a equivocarme que este trabajo ha sido posible gracias a ustedes, a su esfuerzo, a su capacidad, a su constancia, a su interés, a su sentido de responsabilidad que los hace acreedores de mi confianza, pues sin haberles enseñado nada, he recibido mucho. Esto motiva mi perenne gratitud.

Reconozco que casi nunca, tal vez en contadas excepciones y forzados por circunstancias diferentes, ha existido entre nosotros intercambio o comunicación alguna. Tampoco ha existido el afán de facilitarles una actualización acorde con la época. Siempre tenemos premura en descargar en ustedes el afán del cirujano y solicitarles como "superurgentes" las preparaciones y coloraciones especiales, pero no nos preocupamos de enseñarles cómo acelerar todo el proceso o sus diversas etapas. Nunca tenemos tiempo para compartir sus inquietudes, ni mucho menos para resolverles sus dudas. Para utilizar un término común a su gremio en otros países, me considero cómplice de que se hayan convertido en "tecnólogos en parafina".

Por ello, estoy seguro de que la mayoría de ustedes podrían repetir paso a paso la historia de Cathy Sanderson, histotecnóloga norteamericana, publicada en "Histologic". "Después de doce años de trabajo en el laboratorio llegué a frustrarme con mi actividad debido al énfasis que se hacia en el procedimiento rutinario y las únicas nuevas técnicas y retos que debía afrontar, eran las coloraciones conocidas en algún congreso. Salí en busca de nuevos horizontes y llegué a

una institución donde los especímenes deberían ser incluidos en polimetilmetacrilato. ¿Mas cómo? Si yo no sabía nada de plásticos. Yo era una simple tecnóloga en parafina".

He pensado en estos días cuán pocas veces les he expresado a mis inmediatos colaboradores mi complacencia y los he hecho partícipes de mi satisfacción porque el caso difícil e interesante pudo ser diagnosticado gracias a los cortes más delgados y a las coloraciones especiales que me entregaron. Sin embargo, les confieso que he visto más de un rostro preocupado y compungido cuando he manifestado mi desaprobación, a lo mejor hoscamente, ante una coloración fuera de tono, dizque por efectos del formol.

Recapacitando al leer un artículo de otra histotecnóloga, Hindi Weddington, y autoanalizándonos podríamos preguntarnos "¿Cuántas veces hemos dicho siquiera gracias por su ayuda, sin ella no hubiera sido posible un diagnóstico? Mas cuando no podemos hacerlo descargamos la culpa en ustedes..." Podría así detenerme largo rato recordando situaciones análogas a las previamente expuestas, pero de eso no se trata ahora.

Estoy aquí ante ustedes, perdónenme la repetición, representando temporalmente a la Sociedad Colombiana de Patología y quiero aprovechar este momento para decirles: Gracias por cuanto nos han ayudado; queremos seguir contando con su colaboración porque en verdad la necesitamos. No podemos seguir trabajando aislados. Es preciso afianzar y coordinar el mejor equipo que hace años conformamos. Debemos continuar con nuestro mutuo apoyo; se requiere seguir contando con grandes dosis de paciencia, su inagotable tolerancia y su persistente dedicación.

Quiero exhortarlos a que sigan siendo nuestros valiosos auxiliares y a que actúen sin temor. Ustedes tienen derecho a exigir el suministro oportuno de los reactivos que empiezan a escasear, a que les escuchen cuando deseen ensayar una nueva tecnología.

Deben constituirse en nuestros fieles guardianes que nos protegerán a toda costa tratando de evitar los posibles errores humanos por confusión de muestras, el extravío de las biopsias en el laboratorio y buscando los mecanismos para que los resultados alcancen a la mayor brevedad al paciente ansioso y atemorizado en espera de nuestra sentencia.

Tal vez no podamos facilitarles un microscopio como los existentes en los grandes centros para que revisen sus coloraciones, pero podrán utilizar el nuestro. Aún más, ahora cuando es la moda en nuestras instituciones el que todo mundo se entere de todo, sin tener en cuenta el secreto profesional, ustedes están llamados a poner los medios a su alcance para que sea respetado este derecho del enfermo a la privacidad, no solo en vida sino también después de la muerte, como lo manda la ética.

Su presencia aquí en esta mañana nos indica que ustedes, como los histotecnólogos de la Escuela de Kentucky “desean saber algo más que la simple rutina; refrescar además la teoría; explicarse el por qué en una situación específica una coloración es mejor que la otra; tener un conocimiento más profundo que complemente su experiencia práctica. Aprender algo más sobre los equipos y materiales para nuestros laboratorios”. Es indudablemente nuestra obligación, entre tanto ustedes se organizan, el facilitarles este aprendizaje.

Ahora explicaré brevemente cómo nació el proyecto de este curso. En mi viaje a Bogotá para hacer el empalme a nivel de junta directiva, el doctor Luis Javier Ossa a quien reemplazaba, me hizo saber que entre las cosas pendientes quedaba una oferta remota de la Fundación Latinoamericana de Patología, para desarrollar esta actividad pues el año anterior no había sido posible.

Se reiniciaron los contactos con el doctor Ernesto Hoffman, sin éxito alguno. En una reunión de la actual junta directiva, el doctor Julio César Mantilla, nuestro secretario tesorero y coordinador general de este taller, esbozó la posibilidad de que nosotros pudiésemos programarla con nuestros propios recursos, dada la importancia de la integración. Así, al principio con escepticismo y posteriormente con optimismo, se fue dando vida a esta última iniciativa, con el resultado que ustedes están palpando. Todo esto ha sido posible gracias al apoyo de las directivas de la Universidad Industrial de Santander la cual nos ha permitido además usar sus instalaciones, y a su grupo de profesores de morfología, química y patología, quienes han tomado esta carga extra sobre sus hombros.

Puedo anticiparles que es cierto, contamos con algunas limitaciones propias de nuestro medio. Confiamos sí en que no experimenten frustraciones al no hallar en la temática charlas sobre los nuevos métodos de patología tales como inmunohistoquímica, citometría de flujo, métodos moleculares, citometría por análisis de imágenes, técnicas de hibridación de DNA, de extracción, uso de sondas, etc.. Quizá estos y otros permanezcan en perspectiva para una próxima ocasión si es que ustedes nos dan una segunda oportunidad. En todo caso debe recordarse que como dice Michael Warhol

en su libro Current Surgical Pathology: "Primero es necesario clasificar el tumor a grandes rasgos para después usar las sondas para lograr una subclasiación y un diagnóstico específico" y añado yo, esto es posible con la histoquímica que recordaremos en estos días.

Finalmente créanme que este esfuerzo que estamos haciendo por nuestra propia cuenta y totalmente financiado por ustedes, lo realizamos con cariño y con la ilusión de que algo nuevo pueda derivarse del presente taller en beneficio de todos..

Muchas gracias.

Facultad de Salud - Universidad Industrial de Santander.
Bucaramanga, 1º de mayo de 1991.

DE MIGUEL ÁNGEL
LOS MUSCULOS SE TENSIONAN
CON MODELADO ALGO EXAGERADO
LAS LÍNEAS PARECE QUE DESEAN
TOMAR PARTE DEL ARREMOLINADO
ESPIRAL DE LA VIDA. ALGO
MÍSTICO SIN DUDA.



BODAS DE PLATA UNIVERSIDAD JAVERIANA
DEPARTAMENTO DE PATOLOGÍA
1991

Quizá no sea yo el más indicado, por mis escasos nexos con la comunidad médica de esta ciudad y mi separación prematura de la docencia universitaria en el área de la salud, para llevar la palabra en esta oportunidad en la cual se conmemoran veinticinco años de la creación del servicio de Anatomía Patológica en la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Javeriana, en el Hospital San Ignacio. El hecho de hallarme circunstancialmente al frente de la Sociedad Colombiana de Patología, constituye sin embargo una buena disculpa, lo cual me honra y me llena de emotividad.

Pecaría de iluso si pretendiese en esta sencilla ceremonia divagar sobre aspectos diferentes al diario trajinar, los cuales indudablemente van conformando la historia de nuestra especialidad en Colombia en los últimos treinta y cinco años, recogida parcialmente por nuestra sociedad, nacida como ustedes recuerdan en Cali bajo la tutela de once distinguidos patólogos representantes de diversas regiones de nuestro país, entre ellos el doctor Haroldo Calvo Núñez, recientemente fallecido.

Podría prodigarme en alabanzas a este Departamento y a los gestores de tan magna obra, todas ellas indudablemente merecidas pues así lo atestiguan la formación de 15 residentes, la lectura de 60.000 especímenes quirúrgicos, la práctica

de 4.000 necropsias, la interpretación de 50.000 citologías y la elaboración de un sinnúmero de publicaciones ampliamente conocidas y divulgadas en el ámbito nacional. Estos hechos forman una perenne e irrefutable demostración de una continua labor tanto en el campo asistencial como en el académico.

Debo reconocer que a esta tarea han contribuido varias decenas de personas y de especialistas en Anatomía Patológica como los doctores Gabriel Ortega, Guillermo Bahamón, Jorge García, Alfonso Méndez, Luis Amaya, Odilio Méndez, Max Llorente, Enrique González, Anita Herrán y algunos otros más que mi ignorancia no me permite traer a cuenta.

Hoy, un equipo integrado por varios colaboradores con el doctor Humberto Quintana Muñoz a la cabeza, se halla empeñado en perpetuar esta labor. Contando con nuevas instalaciones se aprestan a entrar definitivamente en la órbita de la tecnología moderna, adicionando a la inmunofluorescencia los métodos de la inmunoperoxidasa y la valiosa ayuda del microscopio electrónico.

Perdonen mi atrevimiento por haber querido sintetizar toda su labor tan sencillamente. Solo pretendía acompañarlos brevemente en esta ocasión y compartir con ustedes, a mi manera, la gratitud de quienes se han beneficiado del Departamento y la admiración de un grupo inmenso de patólogos colombianos a los cuales represento y quienes aún siguen creyendo en lo nuestro.

Bogotá, 31 de mayo de 1991

A LOS NUEVOS COLEGIADOS

Ha querido la actual Junta Directiva dar realce a esta ceremonia a fin de estimular a los demás colegas a seguir sus pasos, tratando así de agrupar a los profesionales de la medicina “en la defensa de los intereses gremiales, científicos, sociales y laborales, así como velar por la guarda de los principios éticos de la profesión», como reza el primer artículo de nuestros estatutos.

Desde hace un mes y precisamente los jueves, se está desarrollando en la Universidad Autónoma de Bucaramanga un seminario sobre la “Responsabilidad Legal Derivada de la Actividad Médica”. Hoy debe estar interviniendo allí el doctor Elio Orduz Cubillos, miembro honorario de nuestro Colegio, sobre los “Riesgos en el ejercicio de nuestra profesión”.

Acerca de esta temática de actualidad y para ponernos a tono con el ambiente que se respira en nuestra Asociación, acogiéndome a los estatutos que establecen “que el ejercicio de la medicina tiene implicaciones humanísticas que le son inherentes”, pienso que además de las eventualidades resultantes del no acatamiento de las normas legales en el campo civil, en el penal, en el administrativo y en el ético, el médico en su comportamiento está rodeado de muchos peligros, los cuales si no está atento pueden desviarlo de su noble misión

y contribuir a que la salud se convierta en el mercado más importante de la economía de cualquier país, como sucede en Estados Unidos donde al decir de Jacques Attali “marcha por delante de los sectores del automóvil y el acero”.

Por eso creo que vale la pena recordar que al médico, por el simple hecho de serlo, no se le conceden tácitamente atribuciones y poderes asombrosos convirtiéndolo mágicamente en una persona “omnímoda”, para utilizar un término de moda; para nosotros no hay una moral particular, como algunos quisieran.

Estamos rodeados, como todos los humanos, por demasiadas tentaciones: el poder, en lo económico, en lo político, en la tecnología; la dicotomía, la crematística, la engañosa superespecialidad, el afán de querer hacerlo todo, entre cosas, atentan contra el prestigio de nuestra profesión.

Aprovechando esta oportunidad de imposición de escudos a los nuevos colegiados, invito a que reflexionemos un poco, hagamos conciencia del deber que nos impusimos, tratemos de que la bondad, el respeto con nosotros mismos, con nuestros pacientes y con los demás colegas, marquen la pauta en nuestro desempeño diario. Tratemos de hacer las cosas bien, como poseedores que somos de un cúmulo de conocimientos, de habilidades y de actitudes, pero sin caer en el esnobismo. De lo contrario para muy poco nos servirán las normas.

Bucaramanga, 27 de junio de 1991

EL MÉDICO GENERAL

Palabras pronunciadas en la inauguración del 2o. Congreso Nacional de Medicina General

No entiendo el por qué de la timidez con que ustedes los médicos generales se asoman al ejercicio profesional, cuando deberían llegar sin altivez, pero también sin complejos.

Veamos: cuando alguien enferma, en primera instancia no acude al especialista sino al médico general. De esta forma ustedes se constituyen, la gran mayoría de las veces, en el primer contacto serio del paciente con la medicina. Es su deber abrir humanitariamente la puerta que comunica esos dos mundos a fin de crear confianza entre las partes.

Por su condición de “no especialistas” llegan ustedes con sencillez y modestia, pero con la suficiente confianza y seguridad adquiridas con el ejercicio profesional. Cuentan además con un instrumental no sofisticado que puede trasladarse a cualquier parte, con el cual es posible efectuar el examen general completo que ustedes realizan como práctica rutinaria, aún estando lejos de las instituciones y sin una dotación más compleja.

Además ustedes, colegas, son quienes mejor dominan el vasto arsenal terapéutico, de combate, si se quiere. Igualmente, como nosotros los patólogos, deben recordar el organismo

entero y sus diversas enfermedades; no podemos limitarnos a un solo órgano o sistema, pues se nos consulta por las más diversas manifestaciones generales.

Al ser llamado el especialista puede pasar de largo, como decimos, diciendo que en ese cuadro complejo no hay cabida para él. Ustedes en todo momento y en toda enfermedad tendrán un sitio, se les necesita. Por otra parte el médico general debe saber interpretar la mayoría de los exámenes. Y por el continuo trato con el paciente llega a conocerlo y entenderlo mejor, con sus reacciones y su idiosincrasia.

Ustedes no son un grupo pequeño en la medicina, constituyen el mayoritario. Podría así continuar enumerando muchas otras circunstancias que rodean su actividad, pero no se trata de fatigarlos mentalmente en esta primera oportunidad sino simplemente de dejarles un mensaje y una motivación.

Por eso yo los invito a que recuperen la personalidad que antaño caracterizó al médico de pueblo y que a mi modo de ver es el prototipo del médico general, a quien admirábamos, respetábamos, sin permitir que se les manipule o se les desplace del sitio que se merecen.

Dejemos que quienes se dicen académicos y futurólogos determinen el nombre que este médico representado por ustedes debe llevar en lo sucesivo, ya sea nuevamente el de médico general o médico familiar o médico integral o médico domiciliario o cualquier otro. Eso no importa. Todos tenemos una función que cumplir; exijamos que se nos permita hacerlo con dignidad y decoro como lo manda la ética.

Cuando hay día se habla de una medicina gravosa, ustedes principalmente son los llamados a hacerla más razonable,

como decía el doctor Álvaro Navas Monedero hace unos días en una columna de *El Espectador*: "Menos costosa para la familia, para las entidades aseguradoras, para el seguro social y más deseable para el mejor estar de la relación afectiva médico-paciente, tan deteriorada en la mecánica actual del ejercicio profesional, hoy embarcada en el materialismo histórico que domina al mundo". Propiciemos la creación de entidades como las Cooperativas de Trabajo Asociadas que tienden a ese fin. Dejemos de pensar en las posibles implicaciones legales que nos puede causar el ejercicio de nuestra actividad y mejor dediquémonos a cumplir honestamente con los deberes que nos impusimos al prestar el juramento hipocrático.

Bucaramanga, 14 de agosto de 1991

DE PICASSO

BOQUETO PARA EL GUERNICA.

MADRE LLORANDO.

ES DIFÍCIL REPRODUCIR A PICASSO

YA POR LO DELICADO Y LO ANGUSTIOSO

A LA VEZ. PINTA CON LA DETERMINACIÓN

DE UN NIÑO Y SIENTE COMO ESTE.

JUGUETÓN Y RABIOSO LIBRE Y

PROFUNDO DE SENTIMIENTO.



ALGO SOBRE CITOLOGÍA

Me siento muy honrado por hallarme formando parte de un grupo tan especial como el congregado aquí en esta mañana.

Indudablemente, debemos considerarnos afortunados de poder compartir durante los próximos días las novedades en el campo de la Citología Clásica, la que inesperadamente halló Papanicolaú como “una prueba para identificar el cáncer uterino preinvasivo”. También tendremos la oportunidad de escuchar acerca de los nuevos procedimientos que se han desarrollado mediante la identificación de diferentes procesos en otros órganos.

Todo esto posible gracias a la iniciativa de la doctora Esperanza Theuzaba, al empeño y entusiasmo del doctor Guillermo López quien tomó sobre sus hombros esta responsabilidad, a pesar de estar reciente el pasado Congreso de Patología, y a la colaboración de los doctores Santa Nicosia, Germán Barbosa, Constanza Díaz, Germán Olarte, Fernando Velandia, al patrocinio de la Universidad de Caldas y de algunos otros benefactores. A todos ellos nuestro sincero y cordial agradecimiento.

Pero mal haríamos en hablar de citología y no mencionar a quien contribuyó a su uso. Recordemos brevemente quién fué este grande hombre, George Nicholas Papanicolaú,

nacido en la Isla Griega de Eubea. Desafortunadamente nunca fue candidatizado para el premio Nobel en Medicina a pesar de que su trabajo fuera reconocido por la Sociedad Americana de Cáncer, la Asociación de Colegios Médicos Americanos y otras organizaciones similares, según dice el doctor Joseph Wasserug.

Estudió medicina en su mismo país, diríase que contra su voluntad, para dar gusto a su padre quien también era médico, habiéndose graduado en la Universidad de Atenas, en 1904. Viajó posteriormente a Alemania, entonces centro de los avances en Filosofía, Zoología y Patología celular. Allí obtuvo su Master en Zoología y desde entonces dirigió su atención a la investigación biológica.

Siendo oficial médico en la guerra de los Balcanes, tuvo la suerte de encontrarse con un grupo de soldados greco-americanos quienes lo convencieron de que su gran oportunidad estaba en Estados Unidos. Emigró entonces a Nueva York en 1913. El comienzo no fue fácil; debió trabajar en Gimbel's como vendedor antes de ingresar como asistente del Departamento de Anatomía en la Escuela de Medicina de Cornell.

En 1915 publica su primer trabajo “Determinación y control del sexo en el Curí”. Buscando la manera de predecir la ovulación fue ascendiendo en la escala animal. De ahí que los primeros espéculos que utilizara hayan sido nasales, pues los extendidos se hicieron en roedores.

Más tarde y al parecer por varios años, su esposa le suministró el material adecuado para su estudio, siendo éste quizás el único caso en el mundo donde tantas muestras fueron tomadas por la misma persona y en la misma paciente.

El 1º de junio de 1946, casi tres décadas después de persistir en sus investigaciones, publica su artículo “Valor diagnóstico de las células exfoliativas de tejidos cancerosos”. Poco a poco perfecciona su método contando con el estímulo de algunos y el escepticismo de otros, como suele ocurrir. Papanicolaou muere inesperadamente en 1962.

Dice Takahashi en su Atlas Color de Citología del Cáncer: “El citodiagnóstico es como una carrera de relevos en que ninguno de los corredores puede desviarse de su trayectoria”. “Quien recoge las muestras, quien las procesa, quien las lee y selecciona y el responsable del diagnóstico definitivo”. La diferencia estriba, digo yo, en que en el evento deportivo, salvo contadas excepciones se alcanza la meta, así no sea el primer lugar.

En la Citología puede no llegarse, cuando no se logra el diagnóstico adecuado. Si alguien falla, estaremos entonces contribuyendo a que continúe la proliferación de artículos como el de Steven Piver titulado “Controversia sobre el Papanicolaou”.

Cuando hace algunos meses acepté iniciar en una Institución de Bucaramanga un programa de control de calidad y después del primer mes de revisión concluí que solo el 2% de las muestras vaginales podrían considerarse como óptimas, el 10% como satisfactorias y el 88% como deficientes, se me acusó de estar malintencionadamente dando al traste con un programa que por muchos años había sido considerado como estrella a nivel nacional. Cuando se calmaron los ánimos y pude explicar en qué hechos fundamentaba mis apreciaciones, se aceptaron mis sugerencias y hoy día el porcentaje trata de invertirse después de tres meses de seguimiento.

Por ello quiero invitarlos a que seamos más exigentes para que el material que se nos suministra sea el óptimo, que la fijación sea la más adecuada y que las coloraciones que se nos presentan nos permitan sacar conclusiones y no hacer suposiciones. De este modo estaremos contribuyendo a regresar la confiabilidad en este sencillo examen.

Dejemos que sean otros quienes opinen si la clasificación tradicional debe o no seguirse usando, o sea los CIN o los NIC. A mi modo de ver eso es secundario, lo importante es recuperar la confianza en una sencilla metodología que tantas vidas ha salvado y considero que eventos como éste constituyen la mejor manera de contribuir a ello.

Gracias.

Manizales, 26 de marzo de 1992

XXX CONGRESO COLOMBIANO DE PATOLOGÍA



Dra. Nubi Aristizabal,
Cali, primera Patóloga



Dr. Carlos Restrepo



Dr. Nelson Ordóñez,
Presidente Honorario
del Congreso, y el Dr.
Hernando Latorre

Discurso de Inauguración

.....

Una vez más después de cuatro lustros ha correspondido a mi departamento y a Bucaramanga el grato honor de ser la sede de un nuevo Congreso de Patología, el segundo en su historia, y a quien les habla la inmensa fortuna y el envidiable honor de presidirlo también.

Coincide este gran acontecimiento con la puesta en marcha de la unidad de Patología en la Seccional del ISS, treinta y cuatro años después de la instalación de este servicio en Santander, gracias a la labor de la doctora Alba Stella Franco de Valdivieso.

Pecaría de inexactitud si me negara a reconocer que por ello me siento muy complacido en calidad de representante de ustedes y a la vez vocero de los patólogos santandereanos. Acrecienta mi ego además, el hecho de hallarme en medio de quienes fueron y sigo reconociendo como mis profesores y algunos fundadores de nuestra sociedad, de ustedes y de nuestro presidente honorario, quienes forman la imagen continua, presente y futura de una especialidad que ha traspasado los límites de la simple microscopia de luz que aprendimos en nuestros claustros universitarios.

Organizar un certamen como éste, además de complicado, puede resultar frustrante. No es posible como quisieramos, dar cabida en tan corto tiempo a todas las diversas preferencias e inquietudes. Entonces es preciso seleccionar algunos tópicos de interés general porque así lo exigen ya sea la práctica diaria que absorbe a la mayoría de nosotros, o la morbilidad que nos acompaña. Por ello hemos escogido el

revisar conceptos sobre arteriosclerosis, todavía la primera causa de muerte, el SIDA para estar acordes con la enfermedad de moda y algunos temas de patología ginecológica por ser ésta la consulta más frecuente en la práctica diaria.

Tampoco podríamos descuidar otros temas de avanzada por estar en boca en otros países, o por tratarse de procedimientos practicados solamente en grandes centros, como la inmunohistoquímica, su control de calidad, la hibridización, la citometría de flujo, el análisis de imágenes y la relación con el cáncer y el cáncer gástrico; esta es la síntesis de nuestro temario y la razón de la presencia de los distinguidos colegas:

- Nelson Ordóñez
- Carlos Restrepo
- Simón Pedraza
- Miguel Pedraza
- Hernando Salazar

Además habrá tiempo para escuchar otras experiencias traídas por los Patólogos de Cali, Bogotá, Medellín y Barranquilla.

Igualmente, queriendo ampliar el campo de acción informativo a quienes laboran en la patología forense, se programó un taller con la colaboración del doctor César Augusto Giraldo, profesional ampliamente conocido no sólo en nuestro medio sino en otros países, por haber sido invitado especial en diversas oportunidades, de quien todo lo aprendí a mi paso por Medicina Legal y de cuya dedicación y estudio se siguen ilustrando los profesionales del derecho y la medicina.

Me corresponde ahora dedicar algunos minutos a quienes rendiremos un sencillo tributo en esta noche. A los fundadores de nuestra sociedad, algunos de ellos aquí entre nosotros,

los doctores Carlos Restrepo y Hernando Latorre, quienes con otros colegas hoy ausentes fueron los iniciadores de este grupo hace 37 años, el 8 de diciembre de 1955. Fueron únicamente once personas, pero gracias a su constancia podemos reunirnos ahora cada dos años a escuchar, recordar, aprender, compartir y quizá también añorar.

Por haber sido alumno de algunos de ellos deben perdonar mi parcialidad en este caso, sin desconocer los méritos de los demás, pues quiero con mis desordenadas palabras y en corto tiempo reconocer públicamente lo mucho que les debo.

Me refiero a los doctores Emilio Bojanini Nisa y Óscar Duque Hernández. Ambos resplandecen con luz propia a través de múltiples generaciones de médicos graduados por la Universidad de Antioquia, formados con su ayuda. Ellos junto con el desaparecido profesor Alfredo Correa Henao, Mario Robledo Villegas, Carlos Restrepo y otros más, contribuyeron a dar brillo y prestigio al Instituto de Patología del Hospital San Vicente de Paúl, próximo a cumplir 50 años de existencia y donde también se leyeron las primeras muestras tomadas en Bucaramanga por los doctores Elio Orduz Cubillos, Primitivo Rey Rey y tantos otros médicos santandereanos. Ese centro fue además durante varios lustros el sitio de formación de muchos colegas de distintas partes de la nación y de otros países, quienes acudieron allí en busca de una nueva especialidad.

Pero veamos así sea brevemente cómo eran ellos: Bojanini, serio, estricto, práctico; exigente en docencia, parco en paciencia. Todos ellos debieron luchar contra el escepticismo de sus colegas médicos quienes no estaban seguros del por

qué de su intromisión y seguían dudando de sus conceptos aunque estuvieran fundamentados en los hallazgos de las necropsias y a veces confundían la patología con la tanatología.

En este grupo que nos acompaña quizá no existan muchos investigadores pues el tiempo no les ha alcanzado; pero a la mayoría de ellos los hemos visto en los Congresos, atentos, demostrando su dedicación y perseverancia.

Son colegas honestos, humildes, respetuosos, íntegros, que sin academicismo comparten con nosotros sus experiencias. Han enseñado a sabiendas de que deben hacerlo, sin ostentación y sin esperar crédito. Algunos seguramente tuvieron que introducir en su hospital el anglicismo de CPC y probablemente a otros más les tocó tratar de convencer de "lo que hoy parece tan elemental" como dice Juan Mendoza Vega en sus lecciones de historia de la medicina, esto es, "que las enfermedades tienen su sede en los órganos y que provocan en ellos alteraciones anatómicas y son a su vez la causa de los síntomas y signos de aquellas".

Ante este grupo, señoras y señores, me inclino con la esperanza de haber cumplido la ilusión que me forjé al ser Presidente de la Sociedad Colombiana de Patología, de que algún día en la Capital de mi Departamento se congregaría lo mejor de la Patología colombiana en casi medio siglo de existencia, para poder rendirles un sincero pero cálido homenaje a quienes de una u otra manera han contribuido al auge de nuestra especialidad.

No quiero terminar sin antes agradecer a mis colegas el más alto honor recibido como Patólogo, al permitirme representarlos durante este período; espero no haberlos defraudado.

Fue su apoyo constante, manifestando su interés mediante comunicaciones amenas o críticas duras, lo que me mantuvo motivado y despertó mi afán de hacer algo de provecho.

Gracias al Vicepresidente doctor Fernando Velandia por sus gestiones en la Capital, a mis compañeros de la Junta Directiva, doctores Julio César Mantilla, Segundo Herreño, Guillermo López por su continuo estímulo, y a sus esposas, por el impulso dado a este congreso; a los coordinadores doctores Ernesto García y María Emma García, quien representa la feminización de la especialidad en nuestro medio, siempre solidaria en nuestros afanes e intransigencias; al doctor Alfredo Acevedo Sarmiento, Jefe de Patología de la UIS por haber permitido que se cerraran ciertas brechas que nos distanciaban de la Universidad; a la secretaria ideal, mi esposa, por su asistencia, por ser el motivo de todas mis inspiraciones, el apoyo en mis iniciativas, mi única compañía en mis desvelos y el consuelo en mis fracasos.

A todos ustedes por acompañarme esta noche. Muchas Gracias.

Bucaramanga, 14 de agosto de 1992

DE PICASSO

EN SU ÉPOCA AZUL
EXPECTANTE SIN DUDA
¿QUE CAMINOS TOMARÁ LA VIDA?



Reseña histórica

I. En Colombia

.....

No es posible precisar con certeza histórica la evolución cronológica de la medicina legal como ciencia individual, ya que su existencia está ligada a la misma medicina o a algunas de sus ramas. Se ha dicho que el rey Salomón representa la primera manifestación de la ciencia forense cuando actúa ante las dos madres con el ánimo de dirimir las pretensiones de cada una de ellas.

Debemos partir de la base de que los primeros hombres no tenían idea alguna del crimen y por lo tanto tampoco pensaban en la sanción. Más tarde al adquirirse la conciencia del delito, aflora la idea de castigo que inicialmente se hace por medio de las propias manos del lesionado o de sus allegados y que se conoce con el nombre de venganza. Sobreviene entonces el imperio de la ley del Talión “Ojo por ojo y diente por diente”.

Luego empezó a ponerse de moda la detención del sospechoso y su tortura con el ánimo de obtener una confesión. Algunos medios consistían en arrojar el sindicado al agua: si flotaba era inocente. También se le arrastraba ante la presencia de la víctima o su cadáver: si las heridas de éste sangraban, aquel era culpable.

Establecidos los núcleos familiares se ubica la ancianidad en sitio privilegiado desde el punto de vista de supremacía

en conceptos. Con la aparición de los profesionales surge la fama religiosa, siendo entonces los brujos los encargados no sólo de emitir juicios sino de hacer cumplir sus veredictos. Este es el período también llamado «ficticio».

Una segunda etapa más realista en este desarrollo y que busca un consentimiento más acorde con el conocimiento que se tenía del cuerpo humano, fue la llamada de «exhibicionismo» o de «suposiciones». Los cadáveres eran colocados en sitios de fácil acceso al público y los interesados desfilaban ante él con el fin de identificarlo o de ayudar a determinar la naturaleza y severidad de sus lesiones.

Una tercera época, la «metafísica», se inicia con la aparición de la Constitución o *Constitutio Bambergensis Criminalis* en 1507, cuando el obispo de Bamberg preocupado por la criminalidad y los abusos sexuales reinantes, recopiló normas en las cuales se proponía que en todo caso de violencia fuese llamado un médico para determinar la naturaleza y precisión de las heridas a fin de presentar como prueba su concepto al tribunal.

En 1532 se dictaron las leyes Carolinas, originadas en la implantación de la pericia médica en el Instituto Criminal de Carolina o Código Penal del Emperador Carlos V, mediante las cuales se le permitía al médico ampliar las heridas para ver su profundidad y trayectoria y determinar si el acusado tenía la fortaleza suficiente para aguantar torturas. Se ha dicho que este código tuvo su origen en la *Constitutio Bambergensis*.

Esta legislación tuvo una amplia zona de influencia en Europa Central, en ese entonces bajo el dominio del Emperador. Una disposición de Carlos V regula en 1552 la intervención

de los médicos en las investigaciones sobre homicidios, infanticidios, abortos y heridas. Otra de Enrique II regulaba sobre los casos en los cuales se imponía el testimonio médico.

De este Siglo XVI son Ambrosio Paré, de París, Fortunato Fidelis, de Palermo y Paolo Zacchias de Roma, todos ellos discípulos de Vesalius.

Ambrosio Paré, de quien se dice escribió el primer trabajo sobre embalsamamiento de cadáveres, aportó además la forma de preparar los informes médico-legales. Introdujo métodos para establecer la virginidad, para el diagnóstico de sumersión y lesiones por arma blanca.

Fidelis hizo anotaciones sesudas sobre la muerte por ahogamiento, Zacchias estudió las características de las heridas por arma de fuego o por arma blanca, de las muertes por asfixia, abortos o infanticidios.

A fines del Siglo Theopile Bonet de Ginebra, realizó alrededor de 3.000 autopsias y publicó sus hallazgos. Fue seguido en su labor por Giovanni Morgani a quien se considera “El Padre de la Patología Moderna”.

Ya en los albores del Siglo XVII (1603) Enrique IV mediante un edicto confió a su primer médico la organización de algo similar a un servicio de medicina legal y desde entonces se instaba a que se nombrasen para ello las personas de “mejor reputación, probidad y experiencia”.

En 1621 el italiano Paolo Zacchias publica su libro *Cuestiones Médico Legales*, y el español Rodrigo Castro una obra sobre peritaje ante los tribunales. En 1663 Thomas Bartholinus hace notar que la presencia de aire en los pulmones de un recién nacido implica que sí hubo vida.

Scheryfer de Pressburg en 1628 fue quien primero nos habló de la docímasia pulmonar hidrostática. Raúl Camille Hippolite Bronargar dio su nombre a la equimosis retro-faríngea, hallada en asfixias por ahorcaduras, que erróneamente se pensó eran patognomónicas (específicas) de muerte por sofocación. Deverdie menciona la “actitud del boxeador”, hallada en los cuerpos sometidos a la intensa acción del calor.

En itinerario cronológico, se mencionan así mismo en la literatura médico-forense las contribuciones en el siglo XVIII del francés Francois-Emmanuel Foderé y del italiano Giacomo Bartolomeo Becari.

Corresponde al siglo XIX el desarrollo médico-legal mediante los avances de la psiquiatría, de las ciencias biológicas y de los conocimientos químicos de los cuales se derivó la toxicología, obra del español Mateo José Buenaventura Orfila, y tienen gran mérito en la historia médico-legal, Tardieu en Francia; Cesare Lombroso en Italia; Pedro Mata en España. (A. Gómez Gómez).

A partir del siglo XIX podría decirse que arranca el período moderno de la medicina legal con los avances técnicos en el campo médico y de laboratorio, hoy a la par con la sofisticada automatización como auxiliar diagnóstico, especialmente en los estudios toxicológicos.

Una de las primeras cátedras de medicina legal se creó en Inglaterra en 1803; seguida por Francia en 1804, Austria 1805, Hungría 1816, España 1843 y Rusia 1858. La asociación más antigua es la de Alemania, nacida junto con la cátedra en 1821.

II. En Colombia

.....

En 1827 se fundó la primera facultad de medicina y seguramente desde entonces se ha tratado de enseñar medicina legal. El 19 de octubre de 1914 José Vicente Concha, mediante la ley Nº 53, crea el Servicio de Medicina Legal, el cual más tarde se reglamenta en el decreto Nº 001 de 1915. Desde entonces la legislación es constante, pero sin ser llevada a la práctica.

En 1918 aparece una publicación del doctor José María Lombana Barreneche sobre el tema y en 1928 otra del doctor Pablo Llinás. En 1934 el doctor Guillermo Uribe Cualla publica la primera edición de su libro sobre Medicina Legal, repetida en más de una decena de oportunidades.

En 1948 se inaugura el edificio del Instituto de Medicina Legal en Bogotá en el sitio que hoy ocupa, el cual funcionó administrativamente como un ente adscrito al Ministerio de Justicia, dependiendo presupuestalmente de éste y del Fondo Rotatorio.

Al doctor Uribe Cualla sucedieron en la Dirección del Instituto especialistas en Patología. El primero de ellos fue el doctor Guillermo Restrepo, quien trató de cambiar la imagen de esta rama de la Medicina tecnificándola inicialmente en el campo de los peritajes post- mortem. Así se logró la vinculación oficial de los patólogos a esta disciplina.

Desafortunadamente su período, como el de quienes le sucedieron, doctores Ernesto Silva Pilonieta y Odilio Méndez Sandoval, fue muy corto y por tanto no lograron la creación de oficinas regionales. Durante este lapso ha sobresalido

por su continua labor académica el psiquiatra Ricardo Mora Izquierdo, con múltiples publicaciones sobre diversos temas y en la dirección de la revista. También a su entusiasmo se debe la creación de la Sociedad de Ciencias Médico-Forenses.

Ocupa hoy el cargo de director el doctor Egon Lichtenberger, cuya meta ha sido la integración de los servicios de medicina legal departamentales y municipales con el Sistema Nacional.

Mediante el decreto N° 2699 de 1991, se le ha brindado una nueva vida jurídica a la Medicina Legal en el país, abriendo oficinas regionales geográficamente escogidas y dotándolas con un equipo técnico adecuado, de las cuales dependen las seccionales departamentales. Igualmente se han sentado las bases normativas para la implementación de un sistema único nacional más acorde con las reformas oficiales en el campo de la justicia.

Mención especial merece la seccional de Antioquia, hoy día asiento de la Oficina Regional Nor-occidental, el centro más evolucionado durante los últimos veinte años gracias a la infatigable labor de su director, doctor César Augusto Giraldo, quien merece todo el crédito. Ha logrado la construcción de una nueva sede, bien dotada y ha publicado diez ediciones de su libro.

También es autor de numerosos artículos sobre diversos temas, publicados en revistas nacionales y extranjeras, colaborador constante de «Nuevo Foro Penal», Coordinador de Casos Forenses, y su voz ha sido escuchada en múltiples eventos internacionales, como profesor invitado de algunas universidades extranjeras habiendo representado una corriente “Renovadora” (Vargas Alvarado).

III. En Santander

.....

La falta de continuidad de los archivos no facilita un recuento cronológico sobre la medicina legal; la fragmentada documentación de que se dispone sólo permite mencionar algunos profesionales que han colaborado con la justicia a nivel local, en calidad de peritos oficiales.

El primero de ellos es el doctor Gregorio Consuegra, Jefe de la Oficina de Medicina Legal de Bucaramanga entre 1915 y 1918, quien publicó su estudio sobre «Medicina Legal de los Traumatismos», según él para dar cumplimiento a la ordenanza N° 40 de 1928 cuyo precepto había sido elaborado por el entonces Gobernador de Santander, doctor Narciso Torres Meléndez. Las 130 páginas de que consta este libro “fruto de la antigua consagración a las disciplinas de la Medicina Legal y el haber sido víctimas en desempeño de funciones de esta clase”, en palabras del propio autor, en realidad están casi totalmente dedicadas a la Traumatología Forense. Tiene además una sección de cuestiones y consultas resueltas por el Honorable Tribunal Superior de Bucaramanga, tomadas de la Revista Judicial a partir de 1913. Indudablemente esta es la primera contribución seria al estudio y aprendizaje de la Medicina Legal en Santander, por lo menos en el presente siglo.

El Congreso de 1922 le da autonomía a cada Gobernación para reglamentar la prestación de dicho servicio; sin embargo la ley N° 101 de 1937 vuelve a nacionalizarlo, lo cual no es raro en este país, centralista por excelencia.

En 1938 el nuevo jefe en Bucaramanga es el doctor Francisco González García acompañado por el doctor Rafael

Ordóñez y por don Miguel Roberto Sarmiento Peralta en calidad de secretario, especialmente apropiado para ese cargo por su cultura, pues además del español dominaba el francés y el alemán; el ayudante de necropsias era Jerónimo Picón. La oficina funcionó en la carrera 14 entre calles 37 y 41, en un edificio hace ya largos años desaparecido. Al doctor González García le sucedió el doctor Rafael Uscátegui Mantilla.

Más tarde vino el doctor Aníbal Arias Philips, quien practicó la necropsia del Coronel Julio Guarín Estrada, sacrificado el 9 de abril de 1948; laboró con el doctor Jesús González Páez, quien tuvo dos vinculaciones a esta rama de la medicina: la primera entre 1943 y 1948 cuando fue reemplazado por el doctor Alberto Pinzón Murillo; la segunda cuando sucede al doctor Rafael Calderón Villamizar quien ingresó en 1947.

Siguieron el doctor Jorge Villabona Abril en 1951; el doctor Manuel Dangond Flórez en 1956, quien ingresa después de participar en un concurso con los doctores Rafael Mantilla Giraldo y Abelardo Barrera por renuncia del doctor Jorge Villabona.

En ese entonces, sin tantas normas, podían extraerse arterias para injertos, habiéndose practicado los primeros, uno de la femoral en 1957 y otro de la aorta en 1961. El doctor Martín Muñoz Olarte sucede al doctor Dangond en 1961. Estos tres últimos colegas abandonaron voluntariamente esta disciplina, lo mismo que el doctor Luis Rafael Azuero Riveros en 1973.

El doctor Mario Hazbón H. vinculado desde 1963 para reemplazar al doctor Muñoz, es el actual Jefe de la Seccional

de Santander y ha sido Profesor de la Cátedra de Medicina Legal desde su comienzo en la Universidad Industrial de Santander.

Capítulo aparte merece el doctor Roberto Serpa Flórez, actual profesor de Psiquiatría Forense en la Universidad Autónoma de esta ciudad, quien escribió en 1953 la primera edición del «Manual de Psiquiatría Forense», el cual posteriormente se reeditó en 1983. Y aún continúa produciendo artículos sobre esta ciencia.

Con el ingreso del doctor Guillermo Restrepo a la Dirección Nacional en 1974 se vincularon especialistas en Patología a las distintas Seccionales; en Santander los doctores Alberto Carrillo Villamizar y Carlos Cortés Caballero. A partir de ese año se inicia una transformación buscando mejorar la dotación y agilizar la prestación de servicios.

Gracias al apoyo del doctor Alfonso Gómez Gómez en esa época Gobernador, se adquiere equipo para el laboratorio, el cual se da al servicio el 26 de febrero de 1982.

Además se vinculan otros especialistas: Psiquiatras, Toxicólogos, Bacteriólogos y se remodelan las instalaciones. También mediante el Acuerdo N° 034 de noviembre 10 de 1978 expedido por el Concejo de Bucaramanga se logra la cesión de un lote con destino a la Seccional de Santander y se organiza el Cuarto Congreso Nacional de la Especialidad en 1984.

En este año sale la primera edición del libro «Juristas y Medicina», escrito por los doctores Carlos Cortés Caballero y Humberto Ortega Moreno. Más tarde en 1990 se inaugura la Unidad de Patología Forense, ocupando así la Seccional

de Santander un lugar sobresaliente en el país, después de Bogotá y Medellín.

La Gobernación de Santander fue la primera en integrar este servicio, mediante decreto N° 0270 del 25 de febrero de 1983, cuando regía los destinos del Departamento el médico Rafael Moreno Peñaranda.

Febrero de 1.993.

PRIMERA JORNADA DE CITOLOGÍA COSTA ATLÁNTICA

Antes de iniciar el tema que me ha correspondido, quiero que mientras miramos desprevenidamente unas filminas nos detengamos unos momentos para recordar a quienes debemos nuestro agradecimiento por facilitarnos la razón para estar esta mañana aquí reunidos.

El primero corresponde al doctor Papanicolaou y a sus colaboradores más cercanos, especialmente su esposa, Mary Papanicolaou, quien jugó un papel muy especial en los albores de la citología, pues aportó por años durante su menopausia las muestras vaginales diarias, necesarias para el estudio del ciclo hormonal de la mujer.

La siguiente es Ruth Graham, citotecnóloga que llegó a ser científica, publicó más de 50 artículos especialmente relacionados con los cambios celulares en extendidos vaginales, inducidos con radiación del Cáncer Cervical. Estableció un centro para la enseñanza de la citología en Boston y fue coautora del Primer Manual Didáctico que se editó. Su obra “The Cytologic Diagnosis of Cancer”, alcanzó varias ediciones y aún es el libro clásico de consulta para principiantes.

Se le hizo un reconocimiento nombrándola Secretaria de la Academia Internacional de Citología, fue distinguida con la Orden “Papanicolaou” de la Sociedad Americana de Citología y se le concedió el grado Honoris Causa de Doctor

en Ciencias del Colegio Médico de Mujeres de Pensylvania en 1954.

El último personaje de esta serie es Nelson Ordóñez, patólogo bumangués, alumno del profesor Hernando Latorre, compañero del doctor José Luis Sierra Callejas. Actualmente es el jefe del laboratorio de Inmunohistoquímica de Patología Quirúrgica del MD. Anderson Cancer Center, en Houston. Fue presidente honorario del XXX Congreso Colombiano reunido en Bucaramanga en 1992, donde nos hizo una excelente exposición sobre las inmunoperoxidases iniciando su intervención con las siguientes palabras, con las cuales paso al siguiente punto:

“Podrán idearse nuevas tecnologías para el diagnóstico histopatológico, pero hasta el momento ninguna ha superado el infinito valor del ojo humano”.

Comentaba hace cerca de dos años en un taller organizado en Bucaramanga para Histotecnólogos, la importancia que tiene para estos auxiliares nuestros el dejar de pensar sólo en función de dos colores, la hematoxilina y la eosina y en cambio ampliar el campo de su actividad a otras tecnologías, también a su alcance en nuestro medio.

Hoy quiero aprovechar la gentileza de ustedes al permitirme acompañarlos desde este escenario, para insistir en la necesidad imperiosa que tenemos de preocuparnos no sólo por controlar la calidad de nuestras preparaciones, sino también por garantizarla y embarcarnos en el conocimiento de otros sistemas, a fin de no conformarnos con la rutina que implica el uso cotidiano de un mismo procedimiento.

En el Editorial Diagnostic Cytopathogy Vol. 1 Nº 1994, decía el doctor Bedrossian: “A menos que tomemos pose-

sión del beneficio de las innovaciones que trae la tecnología moderna, los citopatólogos llegaremos a ser cosechadores de células para los oncólogos experimentales, los biólogos moleculares y los citogenetistas clínicos”.

Nos quejamos a veces de la monotonía temática en eventos como éste, sin querer comprender que la culpa no recae en los organizadores sino en lo monotemática que hemos convertido a nuestra actividad. Por ello me ha parecido importante traer algunas consideraciones diferentes con el ánimo de que mutuamente nos estimulemos en la búsqueda de nuevos horizontes, antes de que nos apoden los tecnólogos del Papanicolaou o del Bethesda en moda hoy.

Aparecen en las revistas una serie de artículos, que si acaso tenemos tiempo de consultar, no podemos digerir bien por la falta del conocimiento de una terminología que no dominamos en el diario quehacer. También se nos atemoriza recordándonos que la automatización ha llegado y que seremos desplazados, con mayor efectividad, sin peligro de cansancio y con mejor precisión, como apareció recientemente en un programa de la televisión americana.

Es bien sabido que uno de los retos que enfrenta el profesional de la salud consiste en determinar el pronóstico en casos de neoplasia. Se habla del tamaño de la lesión, del compromiso histológico y de otros factores. Nosotros podremos contribuir a la evaluación de algunos de esos parámetros. Por ello, sin presumir de experto o dominador del tema, quiero simplemente hacerlos partícipes de mi interés porque cambiemos para mejorar las cosas y nos preparemos sin temor para afrontar los retos que se avecinan. Soy consciente de que cada uno de los tópicos a tratar hoy daría para muchas

horas y por ello he tomado la parte microscópica sola. Por eso no tocaré nada relativo a:

1. Microscopio electrónico.
2. Microscopio de barrido.
3. Microscopio con focal, etc.

Tampoco mencionaré lo concerniente a la reacción en cadena de la polimerasa o de la citogenética, por ser técnicas demasiado especializadas.

Los siguientes son los tópicos en los cuales me detendré no sin antes hacer a manera de introducción un breve repaso de lo más elemental:

1. Citología rutinaria.
 - 1.1. Métodos clásicos.
 - 1.1.1. Control de calidad.
 - 1.1.2. Garantía de calidad.
 - 1.2. Métodos rápidos.
 2. Citoquímica.
 3. Inclusión del sedimento – Cell Block.
 4. Improntas.
 5. Inmunofluorescencia.
 6. Inmunocitoquímica.
 7. Hibridización in situ.
 8. Morfometría.
 9. Automatización.

Como ven, he mostrado una serie de métodos aparentemente sencillos pero algo difíciles de implementar por requerir un equipo o material sofisticado y costoso. Pero recuerden que ninguno de ellos tiene propiedades mágicas como algunos medios de propaganda y difusión quieren

mostrárnoslos, dejando la falsa impresión de que ya no nos necesitaran. Como dice el doctor Koss: "El diagnóstico citológico sólo depende del ojo humano".

Ya para concluir repito otras palabras del doctor Bredossian, Editor en Jefe de Diagnostic Cytopathology: "No hay duda de que la citología sobrevivirá a pesar del futuro incierto que nos quieren pintar. La cuestión es si lo hará bajo una identidad nueva y más poderosa que el Papanicolaou o el Bethesda. En nuestras manos descansa la responsabilidad de rehusar el que nos indiquen los derroteros y trazar nosotros mismos nuestro propio futuro" Y agrego yo: «Y queda en ustedes, presente y futuro de la Citología en Colombia, el tomar la iniciativa».

Cartagena, 15 de octubre de 1994.

RECUERDOS DE MI COLEGIO

Decía alguien esta mañana que cuando hemos madurado hasta el tope empezamos, entre otras cosas, a decir que nuestro pasado fue mejor y que si se comparan los conceptos entre una generación y otra, se equilibran.

Yo, sin embargo, prefiero seguir con esa convicción y por eso recuerdo muy gratamente mis dos últimos años de bachillerato en el Colegio Santander, así como toda mi vida de estudiante. Y no porque los añore con nostalgia, sino con la satisfacción de haberlos vivido intensamente.

Me impresionaba el blanco impecable de nuestro uniforme para los días especiales; misas, desfiles, revistas de gimnasia, etc.; los apuntes de mis compañeros con quienes competíamos, no académicamente por lo menos yo; por ser el más gracioso del grupo, Luis Herrera junto con Antonio Sarmiento y Mario Vargas, entre otros; algunos de los apodos que usábamos por la feliz ocurrencia de alguien, formaban parte de nuestra jerga diaria. Cómo olvidar las batallas campales de tiza que en una oportunidad casi comprometen el rostro de uno de nuestros directivos.

Alguna vez bajo mi dirección resolvimos evitar alguna clase con el profesor Abdías Gómez y yo me inventé el rosario más largo que haya podido rezar en toda mi vida, hasta con letanías en latín; para algo me sirvió de experiencia mi paso por el Seminario.

Quién olvida las clases sencillas pero didácticas del profesor José Reyes Rodríguez sobre el uso apropiado del lenguaje; las aceleradas del profesor Daniel Ramírez López que nos hacía aparecer como muy fácil la física; las monótonas del Padre José Joaquín Cáceres sobre filosofía que nadie comprendía como él la enseñaba; las entusiastas del profesor Jorge Franco sobre la literatura colombiana y las profundas del “pleistocénico” Jaime Gómez Barrera; las pesadas de latín del profesor Efraín González Palomino que en alguna oportunidad llevaron a mi paisano Antonio Sarmiento a preguntar cuándo se nos impondría la sotana; las misas dobles para los internos cuando el rector era el Padre Néstor Luna Gómez; las intervenciones vibrantes de Ciro Santander Navas; la enérgica voz de mi entrenador de Básquetbol y profesor de Educación Física, Don Guillermo Acuña.

Habría tantas cosas más por narrar al desenrollar esta antigua película de medio siglo de existencia, pero debemos dejar espacio para los demás; simplemente quiero aprovechar estas líneas para expresar mi gratitud a la institución llamada Colegio Santander porque me ha permitido repetir con orgullo su nombre como bachiller egresado cuando suelo hacer mi autopresentación y además deseo rendir un sincero y quizá tardío homenaje a mis profesores. Ellos me enseñaron con su ejemplo, su dedicación, su paciencia y su apostolado; solo dependían de un salario, pero su profesión y su hobby se confundían en un solo objetivo: la docencia. En mis seis años de vida universitaria muy pocos docentes los superaron en este campo.

Finalmente, esa etapa de mi vida me dio la oportunidad de acrecentar el número de mis amigos y de ahondar nexos con

algunos; puedo decir que he disfrutado a plenitud habiéndolos conocido y compartido con ellos nuestros momentos de gozo y de sinsabores. Estas cosas no se olvidan fácilmente.

Bucaramanga, 15 de septiembre de 2003.

LOS OJOS SON COMO POZOS
GRANDES DE TRISTEZA, PERO
EL GESTO DE LA FIGURA NOS
MIRA CON ALGÚN DESDEN.

PARECE RECORDARNOS EL
DOLOR Y ALGUN RESENTIMIENTO
DE MILES DE EXCLUIDOS, YA
POR LA ECONOMÍA YA POR
LA ESTRUCTURA SOCIAL.



PERFIL DEL MÉDICO DE PROVINCIA

No es usual que un médico nacido fuera de la capital, pero ejerciendo en ella su especialización, acuda ante una selecta concurrencia a compartir algunos conceptos sobre el Perfil del Médico de Provincia. Ello lo interpreto como una gentileza del Comité Organizador de este evento por lo cual estoy muy agradecido.

El hecho de hallarme desvinculado de la docencia en las aulas médicas, podría restar autoridad a las opiniones que habré de esgrimir ante ustedes. Sin embargo son el fruto de las observaciones diarias acuñadas en mi propia experiencia y de otras surgidas del contacto con colegas, pacientes, alumnos de mi cátedra en las Facultades de Derecho, en la Corporación Tecnológica de Santander y en el Laboratorio del Tribunal de Ética.

En la década de los cincuenta, cuando era asistente de primera fila en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, me tocó vivir una etapa de transición por la llegada de los primeros especialistas procedentes de la Universidad de Michigan, quienes vinieron a iniciar sus cátedras. Con ellos se abrió paso a toda una nueva medicina, con diferentes enfoques tecnológicos que hicieron resentir momentáneamente la antigua escuela europea, eminentemente clínica. Sin embargo, pasado ese primer impacto

se equilibraron aparentemente las cargas académicas y se siguieron produciendo Médicos para Colombia.

Posteriormente la Universidad del Valle dió un paso más, llamado entonces de avanzada. Aunque en los diplomas aparecíamos todos iguales, ellos cimentaban el ejercicio profesional en la metodología para-clínica. Este movimiento se generalizó gracias a las especialidades con sus centros de formación, hasta que se fue cambiando, sin quererlo, el concepto del Médico General. Estos profesionales se fueron replegando hasta el punto de que siendo el grupo más numeroso de todos, aparentemente se retrajo, seacomplejó y fue cediendo su terreno a favor del especialista, quien se adueñó de una práctica que no era la suya.

En realidad causa desasosiego pensar cómo algunos colegas con ostentosos títulos de seudo-especialización en Administración o Gerencia, aparecen ante las cámaras de televisión para decir que la medicina general habrá que reglamentarse y que al médico general solo le quedará como labor el remitir los pacientes a especialistas, pues ni siquiera podría formular.

Seguramente en este país donde las leyes brotan inconsultamente ello no sería raro y de pronto habrá que hacer un post- grado a la usanza norteamericana, porque copiar sí nos gusta, en medicina familiar, debiéndose archivar el cartón que antes permitía el ejercicio profesional a los recién egresados. Y se sigue especulando tanto con la legislación que hace pocos días (Miércoles 6 de julio de 1994-El Espectador) apareció un artículo con el ofensivo título de ***“En riesgo la actividad del médico general”***.

Allí el comentarista habla de la elitización del ejercicio de la medicina y del papel de simple remisor que tendría el médico

general, según el proyecto de ley 201 de 1992. A pesar de que este proyecto lleva más de dos años, no conozco ningún pronunciamiento al respecto de las Asociaciones médicas.

Afortunadamente algunos estudiantes de Derecho de la Universidad Gran Colombia, en un documento dirigido a la Comisión Sexta de la Cámara, sí fijaron su posición con las siguientes consideraciones:

1. Abiertamente violatorio de la carta política.
2. No consulta la situación del país en materia de salud.
3. Se olvida que en la gran mayoría de municipios no existen especialistas.
4. Se habla de inconvenientes sociológicos.
5. Piden se archive el proyecto.

Es decir, el citado proyecto no ha tenido en cuenta que de 33.000 médicos que hay en el país, solo 13.200, el 40%, son especialistas y todo con el pretexto de evitar el “pirataje de las especialidades”.

Quizá no se les achaquen, también sin razón, los altos costos de la salud que en los países como Estados Unidos “copan el 15% del producto territorial bruto de la nación” y los “procedimientos redundantes, innecesarios o de dudoso beneficio” realizados para protegerse de demandas, según dicen.

Ventajas de un Ejercicio Profesional Integral.

1. Es el primero en ser llamado.

- Aún muchas veces en casos de niños.
- Implica el contacto inicial del paciente con la medicina.

- Es el encargado de abrir la puerta que comunica el mundo de los sanos con el de los enfermos.
- De ahí su papel importante en el establecimiento de una confianza indispensable en esa relación.

2. Todo tipo de Medicina.

Tanto la institucional como la particular y la prepagada requerirán de sus servicios; no importa cómo se les llame: familiar, filtros, etc.

3. Equipo simple portátil.

Su instrumental no ofrece ninguna sofisticación y puede ser trasladado sin sufrir deterioro de un sitio a otro. Ni siquiera precisa fuerza eléctrica.

Puede usar sistemas de diagnóstico al borde de la cama, como tiras, reactivos etc.

4. Amplio campo de acción.

Más que nadie puede cumplir con los postulados de:

- Prevenir
- Curar
- Aliviar
- Consolar
- Aconsejar

5. Papel duradero.

El especialista actúa y deja su paciente. Pero ustedes siempre lo acompañarán.

6. Disponibilidad.

El ejercicio profesional no los obliga a dejar su consultorio constantemente para practicar procedimientos o

intervenciones que obligan al cumplimiento de un horario preciso. Esto le facilitará además el poder asistir a ciertos compromisos de representación en nombre de sus colegas o desempeñar algunos cargos que requieran dedicación continua.

7. Medicina Práctica.

Su ejercicio le da un vasto campo de acción para cubrir en primera instancia cualquier emergencia.

8. Costos.

Su actuación hace razonables los costos de la salud en cuanto a consulta y terapia, pues puede utilizar una serie de medicamentos que sin ser la droga de moda o «in», si pueden ser beneficiosos y menos costosos para el paciente.

9. Regreso al hogar.

Los especialistas por diversas razones no responden llamadas domiciliarias.

El médico general podrá examinar al paciente en cualquier sitio donde se halle.

10. Práctica más humanitaria.

Sin facilismo.

El especialista no examina sino ordena exámenes.

Escuchaba el otro día a un experto profesor hablar del futuro médico y reclamaba para su formación que las Escuelas de Medicina virasen totalmente e hicieran que un profesional en los primeros semestres tuviera una orientación básica sobre el área médica y posteriormente se le diera un entrenamiento hacia un campo específico: clínico, quirúrgico, pediátrico,

obstétrico, administrativo, de diagnóstico, investigativo, informática, y demás. La consecuencia sería cambiar el título de Médico Cirujano que expiden hoy día las Facultades de Medicina, por algún otro tal vez más llamativo como Médico de la Cirugía, de la Informática, etc. Eso puede ser posible y las leyes dan para todo.

La pregunta es: *¿en realidad será éste el profesional que está necesitando el país?.* *¿Se contribuirá con ello a una mejor atención médica y más integral, así como funciona nuestro organismo, armónicamente, o estamos pensando no en hacer el uso adecuado y racional de la moderna tecnología sino en crearnos problemas gracias a la tecnología?.* Quienes ostentan cargos de dirección y liderazgo tienen hoy día una tremenda responsabilidad en esta área.

Habrá indudablemente necesidad de crear un médico para el futuro, cualquiera que él sea; pero no puede olvidarse que así reemplacemos caderas, corazones, arterias, huesos, córneas, hígados y otros órganos, el hombre como ser humano es algo integral, diferente, que no podemos halagar con simples avances tecnológicos. Considerar este solo aspecto implicaría un mayor des prestigio para nuestra profesión y un incremento de pacientes para los psiquiatras.

Podríamos continuar en la misma tónica pero haríamos interminable y fatigante esta disertación; seguramente se cancelaría la posibilidad de una nueva invitación a este puerto, lo cual no deseo. Por ello prefiero dedicar los últimos minutos a considerar el Perfil del Médico General, cómo debe ser para conquistar el sitio que se merece.

Perfil del Médico General.

1. Auténtico: verdadero, acreditado de cierto positivismo, genuino, legítimo, original. Que actúe con criterio propio; sin dejarse manipular ni por los colegas ni por los familiares.

Que sea quien determine los pasos a seguir para evitar pérdidas de tiempo y procedimientos innecesarios.

Para ello se requiere tacto, madurez y equilibrio.

2. Humanitario: Capaz de establecer una buena relación médico-paciente:

- Atendiéndolo oportunamente.
- Siendo respetuoso: escuchándolo y respondiendo sus inquietudes.
- Despertando su confianza.

Capaz de afrontar situaciones diversas: emoción, angustia, inseguridad, fracaso, frustración, ansiedad, temor.

- Capaz de dar consejo.

3. Concepción ética definida: No en el concepto antiguo de sexualidad y dicotomía sino teniendo en cuenta lo que es el hombre, sus dimensiones como tal, sus valores personales, sociales, civiles, laborales, ecológicos y espirituales.

4. Hombre como unidad: desde el punto de vista biológico, morfológico, fisiológico, psicológico, sin descuidar ninguna de estas partes.

5. Criterios profesionales definidos: Que posea una formación que le permita enfrentarse a situaciones médicas de emergencia, las cuales en nuestro medio a veces no dan tiempo para la interconsulta.

6. Prescripción adecuada: Entendida en sus dos aspectos: enfocada a contrarrestar un determinado cuadro clínico y acorde con los medios económicos del paciente.

7. Medicina del laboratorio: Debe estar familiarizado con los exámenes más comunes y con su interpretación. Conocer sus indicaciones y limitaciones.

8. Coordinar y orientar: Ser quien oriente al paciente en la búsqueda del especialista apropiado y sobre el siguiente paso a seguir, para evitar desgastes innecesarios en tiempo y dinero.

9. Conocer algo más: Según Fernando Sánchez Torres: “Debe saber muchas otras cosas, particularmente de aquellas que permitan conocer mejor al hombre a través de lo espiritual, que es donde residen las diferencias con los demás especies humanas”.

10. No ser servil: Hoy día en la época de la comercialización de nuestra medicina por la formación de empresas con distintas metas y diferentes intereses, es imperativo que quien desempeñe un cargo directivo trate de ser imparcial, es decir, sin favorecer los intereses de quienes representa en detrimento de sus colegas o de los pacientes.

Desafortunadamente en otros casos, ASCOFAME ICFES, existe una mentalidad diferente. Factores que atentan contra una práctica adecuada. De ahí la importancia de que se fortalezcan las agremiaciones de toda índole. La Asociación Médica Americana es la más fuerte en los Estados Unidos y se dice que ha sido uno de los obstáculos que no ha podido sortear la actual administración Clinton en su pretendida reforma a la salud.

En nuestro país los mismos médicos nos hemos encargado de darles entierro de tercera a algunas de nuestras agremiaciones y de ahí el caos reinante, con muchas asociaciones pero casi ninguna operante y sin marcada influencia a nivel nacional. Si acaso se les conoce es por sus logros académicos; a los demás se nos ha dicho que cada cual se defienda como pueda.

Comentaba el Doctor Patarroyo: “Nuestro problema como médicos en el panorama nacional es la falta de liderazgo, no tenemos ninguno, ni beligerante, ni decisario».

Espero colegas que continúen en la labor en la cual se hallan empeñados; esto constituye un ejemplo para muchos de nosotros que aún soñamos con una profesión médica en donde el hombre enfermo se constituya en nuestra principal preocupación. Solamente mediante un ejercicio honesto, respetuoso, constante, consagrado y ético seremos capaces de recuperar la imagen profesional antes de que el deterioro sea completo.

Este es el cuadro que todos quisiéramos presenciar: Una buena atención que se premia con una sonrisa y una cara de satisfacción de quien gustoso cumple con su deber.

DE RODIN

LA DANZA COMO FLAMAS
BUSCAN UNA EXISTENCIA

ETEREA. A VECES LA VIDA SE ABOTA
EN VAIVENES, IDAS Y
VENIDAS. BOSQUE DA INCERTA
ENTRE FICCIONES DE MOVIMIENTO.



IMPOSICIÓN AL AUTOR DE LA C R U Z D E E S C U L A P I O

Cuando a finales de aquel agosto de 1951, hallándome en la Pamplona Señorial en compañía de mí padre, quien por quebrantos de salud no nos puede acompañar hoy, acaricié por primera vez la idea de ser médico, nunca imaginé las inmensas satisfacciones que esta profesión me iba a deparar. Porque sin ser amante del ruido quiero pregonar lo feliz que me hallo en esta noche al estar en medio de ustedes, compartiendo la honrosa distinción que se hace a un médico sencillo, callado e inexpresivo, a quien por eso tildan algunos de engreído y petulante.

Soy tímido por naturaleza y por ello ni siquiera me atrevo a hacer énfasis en algunos de los aspectos que considero más relevantes en mí vida profesional; sin embargo pecaría de desagradecido al no compartirlos con ustedes, así sea someramente.

Me considero afortunado de haber tenido buenos maestros, no sólo en las aulas de mí Universidad de Antioquia, en Medellín, sino en ésta comunidad Médica.

Es imposible mencionarlos a todos, pero sí quiero que recordemos a algunos presentes en este salón, otros mirándonos desde lejos. Me refiero a los doctores Luis Ardila, Manuel Dangond, Jorge Ordóñez, Elio Orduz, Max Olaya Restrepo y Jorge Villabona. También otros ya se han marchado definitivamente, pero es preciso evocarlos como Gilberto Arias,

Francisco Espinel, Enrique Barco, Carlos H. Burgos, Armando McCormick, Gilberto Peralta, Primitivo Rey, Víctor Julio Suárez y Angel Octavio Villar.

Ellos con su ejemplo y sus consejos, sin escribir largos tratados, me han ayudado en diferentes aspectos de mí actividad profesional.

Además debo agradecer a Roso Alfredo Cala por haberme invitado a ingresar a la Universidad Industrial de Santander y a Neftalí Puentes, quien me brindó la oportunidad de ser Decano de la Nueva Facultad de Ciencias de la Salud, primer Profesor de Patología y Coordinador y Profesor de la carrera de Laboratorio Clínico.

Al Patólogo doctor Guillermo Restrepo, por haberme llamado a escribir un capítulo importante en la historia de la Medicina Legal en Santander, entre 1971 y 1990. A los Patólogos Colombianos por elegirme como Presidente de nuestra sociedad. A los Directivos de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, por nominarme su Profesor Titular.

A Francisco Espinel e Isaías Arenas por haber apadrinado mi ingreso a la Academia Nacional de Medicina. A la Corporación Tecnológica de Santander por permitirme aprender enseñando ética a los estudiantes de Instrumentación Quirúrgica.

A ellos y a muchos más que nos resultaría fatigante traer a la memoria, debo en parte este homenaje, sobrio y solemne, que para algunos poco puede representar, pero para mí significa demasiado.

Cuando hace muchos años, tantos pues ni siquiera hay constancia en el archivo, resolví tocar a las puertas del Co-

legio Médico de Santander por simple curiosidad, no imaginé que iría a hallar en esta Asociación un grupo de colegas, siempre dispuestos a revivir nuestra organización. Me inicié como todos, en el kinder de la Junta Directiva y tras varios años de opinar sin ser escuchado, me encontré presidiéndola. Son muchos los que han secundado mí esfuerzo y aquí estaremos hasta cuando ustedes decidan que nuestra labor ha llegado a su término. Como todo lo nuestro, ha tenido sus altibajos y sus momentos de crisis a los cuales no hemos estado ajenos, pero creo que ahora serán definitivamente superados a medida que se suceda la integración y la unidad médica deje de ser una utopía.

Aquí he permanecido fiel al juramento que hice un día de “defender la dignidad de la Profesión y enaltecer su ejercicio”, como dicen nuestros estatutos.

Es tiempo de hacer un paréntesis ya que lo anterior no lo dice todo o tal vez nada, pues esta noche se me ocurre que quizá estas realizaciones serían solamente un sueño si María Isabel Buitrago no hubiese llegado a ser una realidad en mi existencia. Aunque solo aparece en los últimos cinco lustros de mi vida, es precisamente durante el periodo más trascendental a mi modo de ver.

Había necesidad de dejar atrás toda una época de sana bohemia que nos permitía prolongar muchos anocheceres y vislumbrar borrosos amaneceres en “La Ciudad de los Parques y las Cigarras”, como alguno la cantara.

Ella fue el mejor recuerdo de mi paso por la Universidad Industrial de Santander; allí tuve la fortuna de conocerla y de estar a su lado y de llegar a ser el único dueño de su amor y ella “el amor de mis amores”.

Sin su compañía, sin su presencia, sin su decisión, sin su apoyo, sin su tolerancia, sin su estímulo, sin sus relaciones, sin su simpatía, todo habría sido más arduo y complicado de lo que parece. Ha sido fundamental en mi paso por este mundo; siempre ha estado junto a mí en los momentos difíciles, atenta a celebrar mis logros.

Qué mejor oportunidad que ésta de hacerle público reconocimiento; en ella se cumple lo de la monja Carmelita de Ávila: "Si quieras ser amado, ama". No es únicamente mi concepto parcializado, sino también el de Carlos Andrés, Catalina María y Ana Isabel, nuestros hijos.

Por ello quiero hacerla partícipe de esta nueva satisfacción y repetir con Jorge Montoya Toro:

*"Y yo te quiero así, tan simplemente
como el agua al paisaje; como el día
a la rosa que alza su ufanía,
frente a la primavera floreciente.*

*Te amo con sencilla transparencia
con un amor apenas insinuado
que se vuelve silencio en tu presencia
como un tan dulce corazón herido
que si yo te dijera que te he amado
lo sabrías oyendo su latido".*

Agradezco la magnanimidad de los doctores Gabriel Gutiérrez Giraldo y Rafael Orduz Pico que los llevó a proponer mi nombre para ésta condecoración y la generosidad del grupo de Colegiados presentes en aquella oportunidad, el 25 de

julio de 1991. A todos ellos mis sinceros agradecimientos; lo mismo que al entonces Presidente de nuestro Colegio, doctor Ricardo Mantilla Paipilla, por haberle dado trámite ante la Junta Directiva de la Federación Médica Nacional a esta decisión de nuestra Asamblea.

Al Presidente actual de la Federación doctor Ismael Roldán por haber hecho posible esta realidad en el día de hoy. A Roberto Serpa Flórez, mi compañero de equipo del Tribunal de Ética Médica de Santander, por sus elogiosas palabras que me motivan y hacen estremecer mi ego.

Y no podría faltar para mi fortuna, el delicado y entusiasta toque femenino representado en la organización de este acto por las doctoras María Emma García, Amparo Rey y Luisa Salamanca. Ellas han sido las verdaderas artífices del evento. Mi gratitud se torna más sentimental, por obvias razones, cuando del sexo opuesto se trata. Y a todos ustedes muchas gracias por estar aquí presentes. Permítanme considerarlos como mis verdaderos amigos y espero nos volvamos a encontrar en similares circunstancias; no para acompañarme nuevamente, pues ello indicaría autosuficiencia y egoísmo de mí parte; sino para acompañarlos a ustedes.

A veces pienso que todos merecemos mucho, pero por diversas razones muy pocos somos los afortunados a quienes nos hacen el reconocimiento cuando aún nos estamos dando cuenta y estamos libres de presentimientos al recibir distinciones como ésta.

Muchas gracias,

Bucaramanga, 24 de agosto de 1995.

*La presente obra se editó
en sistemas digitales de
Studio Gráfico
Pedro R. Meza
Bucaramanga, Colombia
Diciembre de 2005*